

EL LLANTO QUE NO CESA

I Antología Terror Cruce de Caminos

Varios autores:

JAUME VICENT · JAVIER MARTOS

JUAN MIGUEL FERNÁNDEZ FERNÁNDEZ · IVÁN GUEVARA

ALICIA DEL ROSARIO · MAR ROJO

JUAN PEDRO BETANZOS SOTO · LEONCIO LÓPEZ



EL LLANTO QUE NO CESA

I Antología Terror

Cruce de Caminos

Jaume Vicent

Javier Martos

Juan Miguel Fernández Fernández

Iván Guevara

Alicia del Rosario

Mar Rojo

Juan Pedro Betanzos Soto

Leoncio López

Primera edición digital: abril 2019

Título: El llanto que no cesa: I Antología Terror Cruce de Caminos

©2019 De los relatos: Jaume Vicent, Javier Martos, Juan Miguel Fernández Fernández, Iván Guevara, Alicia del Rosario, Mar Rojo, Juan Pedro Betanzos Soto, Leoncio López

©2019 de la portada: Mar Rojo (creativo@fabi.es)

Maquetación: David Gómez Hidalgo (administrador Cruce de Caminos)

Queda rigurosamente prohibida toda distribución, reproducción, comunicación pública y transformación, ya sea total o parcial de esta publicación, así como su incorporación a un sistema informático, su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del titular del copyright.

Todos los derechos reservados.

«El mejor amigo de un niño es su madre».

Norman Bates (Psicosis)

«Todos enloquecemos un poco a veces».

Norman Bates (Psicosis)

ÍNDICE

[PRÓLOGO](#) por Enrique de la Cruz

RELATOS

[EL LLANTO QUE NO CESA](#) de Jaume Vicent

[DESAHUCIO](#) de Javier Martos

[EL PLIEGUE](#) de Juan Miguel Fernández Fernández

[HORARIO DE VISITAS](#) de Iván Guevara

[EXPIACIÓN](#) de Alicia del Rosario

[LA PÉRDIDA](#) de Mar Rojo

[LA SIRENA DEL REY](#) de Juan Pedro Betanzos Soto

[LA ABUELA DORA](#) de Leoncio López

[Antologías Cruce de Caminos](#)

[Tienda Cruce de Caminos](#)

[Datos de seguimiento, contacto o información](#)

PRÓLOGO

Yo no he venido aquí a hablar de mi libro, que conste. Me han convocado para hablar del libro de otros, lo que es un honor para mí. Estamos aquí reunidos, pues, para celebrar el miedo, el terror, la fantasía y la literatura. Y qué manera mejor de hacerlo que mezclar todos esos ingredientes en la marmita de nuestro druida, el insigne David Gómez, y hacer que de ellos salga una fascinante y terrorífica antología de relatos. Dicho lo cual, entramos en materia.

El miedo, como sentimiento que es, tiene múltiples formas; todas ellas en función del sujeto que lo experimente. Hay quien tiene miedo a la oscuridad, aunque este miedo se da generalmente en niños; hay gente con fobia a ciertos animales o insectos; hay quien ha desarrollado incluso terror hacia los payasos. El miedo es libre y campa a sus anchas por nuestra mente. Basta una mínima señal, un juego de sombras visto desde la cama, un leve ruido a deshora y el miedo se apodera de ti. Tu cuerpo se paraliza y las pulsaciones suben. Yo no podría decir que estas sensaciones sean agradables ni mucho menos pero entonces... ¿por qué las buscamos? ¿Por qué nos encantan las historias de terror?

No sabría responder a esta pregunta pero sí sabemos que es un hecho que las historias de miedo o terror existen desde tiempos inmemoriales. De la tradición oral, germen de la literatura, nos han llegado las primeras historias de terror y fantasía; brujas, enanos, hadas y duendes ya poblaban los relatos ancestrales presentes en todas las culturas. De esos cuentos, recogidos por escritores como Perrault (S. XVII), por ejemplo, nos han llegado versiones extremadamente dulcificadas pero que en sus inicios fueron auténticos relatos de terror. Cuentos con un componente aleccionador muy importante; una manera de educar desde el miedo. Si bien el siglo XVIII no está exento de figuras notables como Anne Radcliffe, el gran cambio en el género del terror se produce a lo largo del S. XIX, con la irrupción de caracteres ilustres del

terror como el monstruo surgido de la ciencia y el vampiro. Mary Shelley y Poe destacan entre los escritores protagonistas, si bien el estadounidense sobresalió con una obra más extensa y variada, lo que hace de él un referente. Nathaniel Hawthorne o Ambrose Bierce son otros de los nombres que se nos vienen a la cabeza cuando tratamos este género y sus innumerables subgéneros, como el horror cósmico, que instauró H.P. Lovecraft, ya en el S. XX.

Antes de eso, en 1897 concretamente, Bram Stoker nos presenta a Drácula, un personaje magnífico que dejará huella en el imaginario colectivo como antes hizo Frankenstein y después haría Pennywise, el payaso creado por Stephen King. Clive Baker o Shirley Jackson son otros exponentes de la literatura de terror moderna, un género muy prolijo en estos días.

De todos estos escritores y de todos estos personajes beben nuestras dos escritoras y seis escritores para narrar sendos relatos de terror que van más allá de los cánones del género, consiguiendo dar otra vuelta de tuerca para disfrute del lector. En esta antología hay buenas dosis de mentes desquiciadas, casas malditas o personajes sobrenaturales. Todo ello envuelto en esas atmósferas viciadas que consiguen enturbiar de tal forma la mente del lector que lo atrapan hasta dejarle sin capacidad para pensar en otra cosa que no sea la historia que nos está contando.

Eso es lo que les pasará a los que se atrevan a adentrarse en estas ocho historias de terror y fantasía que, sin más dilación, les invitamos a disfrutar. Esperamos que les guste nuestra selección.

Enrique de la Cruz

EL LLANTO QUE NO CESA

Jaume Vicent

Jaume Vicent

Es consultor de marketing, copywriter y administrador del famoso blog Excentrya en la que escribe un artículo semanal que no tiene desperdicio.

Es escritor de terror y un apasionado de todo lo que huela a terror. Muchos de los artículos que publica en su blog versan sobre él.

En 2015 publicó su novela [Blackwood: piel y hueso](#) (Pulpture).

Ha participado en muchas antologías conjuntas y también ha publicado una recopilación de sus mejores artículos en el blog.

Ha colaborado en muchas revistas digitales como La Piedra de Sísifo, MoonMagazine o Argonautas.

EL LLANTO QUE NO CESA

Jaume Vicent

Nunca hubiese imaginado que una simple llamada pudiera cambiar mi vida.

Cuando el teléfono sonó aquella mañana, estaba junto a la máquina de café, charlando con uno de mis compañeros sobre una película que queríamos ver el próximo fin de semana. Miré la pantalla y vi que era Tania. Antes no hubiese contestado, pero desde que nació la niña siempre surgen problemas, así que estoy mucho más pendiente de sus llamadas.

—¿Sí? —contesté.

—¡Tienes que venir a casa! —dijo. Estaba excitada, su tono era nervioso, lloraba y, de fondo, podía escuchar el murmullo de muchas voces.

—¿Qué pasa, Tania? ¿Dónde estás?

—Estoy en casa... Tienes que venir. Tienes que venir ya —dijo, cada vez que repetía las palabras, las acompañaba de una especie de quejido largo y lastimero, como el sonido que hacen unas uñas al rozar contra el cristal. No sé por qué, pero me puso los pelos de punta—. Tienes que venir, ha pasado algo terrible.

Ni siquiera me dio tiempo a contestar, colgó. Me quedé un par de segundos mirando la pantalla del teléfono, pensando en volver a llamarla, pues parecía que se había cortado. No lo hice. Algo dentro de mí, me empujó a salir corriendo de la oficina.

Cuando llegué a casa me encontré con un montón de coches de la policía y de la Guardia Civil. Los vecinos estaban asomados a las puertas y me miraban interrogantes, como si yo supiera lo que estaba pasando. Bajé del coche y corrí hacia la puerta, que estaba abierta, custodiada por un par de agentes que charlaban distraídos.

Toda la casa estaba patas arriba, había policía por todas partes. Me

encontré a Tania sentada en el sofá del salón, encogida y temblando como una hoja, lloraba desesperada y sostenía entre las manos el altavoz del escuchabebés. Cuando me vio, su rostro se contrajo en una mueca terrorífica y empezó a llorar más fuerte, al tiempo que se mecía adelante y atrás, con el altavoz apretado contra el pecho. Me senté a su lado y la abracé. No recuerdo si pregunté algo a los agentes o me quedé sentado en silencio, con mi esposa entre los brazos... Solo sé qué pensé «algo ha pasado con el bebé».

—La pequeña... —gimió Tania.

—Señora, tranquilícese —dijo un agente de la Guardia Civil, que se presentó como Gutiérrez—. Tiene que contarnos otra vez qué fue lo que sucedió.

Tania, sin poder contener el llanto, les explicó de nuevo lo sucedido durante la tarde. Su historia arrancaba con ella escribiendo en el ordenador. La niña estaba durmiendo en su habitación. Dejó el escucha bebés al lado de la pantalla y escuchaba a la niña respirar. La pequeña dormía. Entonces alguien llamó a la puerta de abajo, Tania se levantó y fue a ver quién era, resultó ser un vendedor. Quiso despedirlo, pero el tipo insistió y la tuvo un rato en la puerta, mientras intentaba por todos los medios que se largara. Cuando lo consiguió, regresó arriba, se sentó y volvió a escribir... Entonces, tras un momento, se dio cuenta de que ya no escuchaba a la niña por el altavoz. Fue corriendo a la habitación y se encontró con la cuna vacía. Fue habitación por habitación buscándola, sin encontrar nada y entonces bajó, recorrió el primer piso y se encontró con la puerta de atrás abierta, la que daba al jardín.

Eso fue todo. Salió al jardín a buscarla y como no vio nada llamó a la policía.

El agente no dejaba de observar a Tania, tomaba notas y hacía más preguntas. Volvía sobre lo mismo una y otra vez, como si quisiera saber hasta dónde podía aguantar sin equivocarse o sin cambiar la historia. Algunas veces se detenía en detalles estúpidos, «¿Cuándo se dio cuenta de que no escuchaba respirar a la niña?», «¿Estaba segura de que antes la escuchaba?», «¿Qué quería venderle ese hombre que llamó a la puerta?». Recuerdo que me puse muy nervioso... Algunas preguntas la hacían llorar con más fuerza, otras la dejaban en una especie de trance; cesaba el llanto y sus ojos se perdían en

algún punto detrás del agente, desenfocados, luego regresaba a la realidad y balbuceaba una respuesta... Me enfadé, no pude evitarlo... Nuestra hija había desaparecido y ese hombre estaba fusilando a mi esposa a preguntas, lo que tenía que hacer era buscar a la pequeña.

Aquel fue un día terrible y agotador. Tania no se movió del sofá, con el altavoz pegado al pecho se quedó allí llorando y dormitando. Uno de los chicos de la unidad médica tuvo que darle un calmante. Yo me encargué del resto. Me hicieron algunas preguntas que no supe responder y les di todo lo que necesitaban.

Hacia las nueve de la noche se largaron todos. Nos mantendrían informados de la investigación, las primeras horas eran cruciales y, por suerte, Tania había llamado en seguida.

Esa fue la primera noche que Tania durmió con el escuchabebés al lado.

Al día siguiente llamé al trabajo y les pedí, por favor, que me dieran algunos días libres. No hubo problemas, me desearon suerte y se ofrecieron para ayudarnos en todo lo que fuera necesario. Yo se lo agradecí y respiré aliviado. No había dormido en toda la noche, con Tania al lado, moviéndose y llorando sin parar.

Por desgracia iba a ser la única buena noticia en mucho tiempo. Pasaron los días y seguíamos sin saber nada de la pequeña.

Una noche me desperté sobresaltado, Tania había saltado de la cama como si tuviera un resorte. Recuerdo que la vi levantarse a toda velocidad, cogió el escuchabebés que tenía siempre en su lado de la cama y atravesó la habitación como una exhalación. Corría como un gamo, a grandes zancadas, me recordó a un personaje de dibujos animados, con la cara contraída en una mueca extraña y cruzando la habitación como un rayo, estirando mucho las piernas hacia adelante. Me levanté y fui tras ella, tuve tiempo de verla entrar en la habitación de la pequeña. Cuando llegué la encontré rebuscando por todas partes, se movía de un lado a otro, como un perro que olfatea y busca una presa. Me acerqué y la cogí de los hombros, estaba tensa y su primera reacción fue apartarme de un golpe. Tenía el escuchabebés en la mano.

—Tania —dije en un susurro.

No contestó. Continuó rebuscando por toda la habitación. Miraba debajo

de las mantas, en la esquina, detrás de la mecedora, en el armario. La cogí de nuevo por los hombros, esta vez con más fuerza. La abracé y la atraje hacia mí. Pude sentir como luchaba en vano por liberarse.

—Vamos —dije.

De repente se quedó muy floja, dejó de luchar, sus brazos cayeron a los lados y dejó caer un largo suspiro, como si me dijera que se había rendido por fin. La llevé a la cama y la acosté. Me senté un segundo a su lado y le acaricié la cabeza.

—La escuché —me dijo en un susurro con los ojos fijos en el altavoz—.La oí llorar y vine a buscarla.

Durante los días siguientes fuimos recibiendo llamadas de la Guardia Civil, de vez en cuando íbamos al cuartel o se personaban los agentes en nuestro domicilio, pero nunca nos dijeron nada que pudiera darnos ni un mínimo rayo de esperanza. Siempre nos hacían preguntas, casi siempre se las hacían a Tania, le preguntaban una y otra vez sobre pequeños detalles de aquel día. Cómo iba vestida, cómo iba vestido el hombre que había llamado a la puerta. Ella contestaba y, de nuevo, se debatía entre el llanto y esa especie de estado catatónico que se había convertido en habitual durante los últimos días.

A medida que pasaba el tiempo sentía que se me caía la casa encima. Cada día se me hacía más pesado estar encerrado con mi esposa, a la que ya apenas reconocía. Un día, harto de escucharla gimotear en el sofá con el altavoz pegado a la oreja, me escabullí y subí a la segunda planta. Me senté en el ordenador y revisé mi correo. Tenía varios mensajes de compañeros del trabajo, respondí a los que pude y me quedé un rato sentado, mirando el escritorio. No quería bajar, no me apetecía sentarme en el sofá con ella. Verla arrastrar aquel trozo de plástico a todas partes me ponía nervioso. Rebusqué un rato en el ordenador y, no sé muy bien cómo, acabé abriendo una de las carpetas del trabajo de mi esposa.

Ella trabajaba desde casa, escribía artículos para blogs y revistas y también gestionaba las redes sociales de diversas publicaciones. Encontré entre todos sus archivos una especie de diario. No era más que un archivo de texto sin nombre, lo que llamó mi atención rápidamente, pues Tania era una de

esas personas que parecen casi obsesionadas con el orden. Cuando lo abrí me encontré con una especie de diario que, por la fecha, debió comenzar en el hospital, poco después de dar a luz a la niña.

Lo que encontré en el archivo me puso enfermo. Con profunda tristeza descubrí que mi esposa odiaba a la niña desde el momento en que la vio nacer. Cada palabra escrita en su diario era una ofensa para cualquier padre. La despreciaba, para Tania la niña había sido la fuente de todos sus males. Si se encontraba mal, era culpa de la niña. Si se sentía gorda o era incapaz de perder los kilos ganados durante el embarazo, culpaba con amargura a nuestra hija. En una de las entradas más recientes la culpaba de haber perdido varios de los trabajos que tenía, según Tania, la niña había conspirado en su contra, haciéndola perder tiempo para que le quitasen esos encargos y se los dieran a otras personas con más tiempo libre, sin cargas, sin niños.

No podía creer que esas palabras hubiesen salido de la mujer con la que me había casado. Esa no era la persona que yo amaba y conocía.

Desesperado y sin saber a quién acudir comencé a buscar en Internet. No tardé en encontrar información sobre casos similares, al parecer, era mucho más habitual de lo que yo me pensaba y se trataba, simplemente, de una depresión post—parto.

Enfermo y asqueado, cerré el ordenador.

Las noches con Tania se convirtieron en un infierno. Jamás se alejaba del dichoso escuchabebés, cuando parecía dormirse, se despertaba de repente de un salto, se incorporaba y cogía el aparato, pegaba la oreja a él y se quedaba un rato allí, muy quieta y rígida, como si pudiera escuchar algo.

En las semanas siguientes tiré el maldito altavoz a la basura hasta en tres ocasiones y cada vez que lo hacía, volvía a encontrarlo sobre la mesa de la cocina o junto al sofá, casi siempre sobre su mesilla de noche. Estaba claro que salía hasta el cubo de basura, rebuscaba y lo recuperaba. Con el tiempo, me daban escalofríos solo con ver ese pedazo de plástico blanco. Era terrible, cada noche se acostaba junto a esa cosa y se dormía repitiendo: «No deja de llorar, pero no sé dónde está... ¿Por qué no deja de llorar?». Ponía los pelos de punta verla enroscada en su mitad de la cama, con el altavoz entre sus

manos crispadas, repitiendo una y otra vez las mismas palabras.

Pasaron tres semanas desde la desaparición de la niña y las noticias —o la falta de ellas, en realidad— hicieron mella en mi ánimo. Cada vez que sonaba el teléfono saltaba del sofá y corría, con el corazón desbocado y un nudo en la garganta; si al descolgar escuchaba la voz familiar de algún amigo me desanimaba y rompía a llorar, si escuchaba al voz plana de algún vendedor colgaba furioso y si el que me hablaba era algún agente de la Guardia Civil, las manos me temblaban y perdía la voz, solo para recuperarla cuando invariablemente me decían que seguían investigando y que aún no habían logrado encontrar ninguna pista.

Todo me parecía vano. Toda la investigación se centraba en torno a la casa y a Tania, que siempre repetía lo mismo. Cansado ya de esperar e incapaz de estar más tiempo encerrado con aquella mujer que se consumía por momentos, regresé al trabajo. Llevaba demasiados días en casa y necesitaba salir y estar con otras personas pues mi esposa parecía haberse encerrado en sí misma, repitiendo una y otra vez que escuchaba llorar a la niña y que no podía encontrarla.

Decidí que buscaría ayuda, no soportaba verla así. Estaba totalmente consumida, en pocas semanas había perdido muchísimo peso y tenía unas enormes ojeras, dos bolsas negras que colgaban de sus ojos como monos de una rama.

La noche en la que todo voló por los aires estaba especialmente cansado, al día siguiente volvía al trabajo después de varias semanas y la tensión me consumía, así que me tomé algo para dormir. Tania tenía un montón de pastillas y de tranquilizantes, así que era como entrar en el quiosco y escoger una chuchería.

Lo hice y pronto me sentí soñoliento.

Desperté asustado de una oscuridad sin sueños. Alguien gritaba histéricamente. Más que gritos eran chillidos. Agudos, como los de un animal moribundo. Me incorporé, tratando de quitarme de encima esa especie de sopor químico que me embotaba la cabeza, mientras los gritos se hacían cada vez más y más claros. Estaba oscuro, aun así pude ver a Tania de pie sobre la

cama. Su silueta se recortaba negra, contra la luz plateada que se filtraba de la calle. Estaba muy delgada —creo que fue en ese momento, al verla recortada contra la ventana, cuando me di cuenta de lo mucho que había adelgazado—. Estaba de pie sobre la cama, con el altavoz en una mano y gritaba sin cesar... Casi bramaba, completamente fuera de sí, con la vista fija en el techo de la habitación.

—¡Se lo merecía! —gritó a la lámpara— ¡Dios mío, claro que se lo merecía! Lo hacía a propósito... ¡Sabes que sí! ¡Yo no miento! ¡Sabes que lo hacía a propósito! Lloraba y lloraba y lloraba...

Me levanté, de pie sobre la cama como ella y traté de calmarla. Quise abrazarla y volver a acostarla... Quería... ¡No! Necesitaba que callase, que parase de decir todas aquellas cosas... Sin embargo, en cuanto mis dedos rozaron su flaco hombro saltó como una bestia salvaje. Fue un salto increíble, durante un segundo pareció flotar en el aire, aterrizando muy lejos de la cama. Atravesó la habitación hasta el rincón, se acurrucó allí y comenzó a gemir... Era un plañido horripilante, una especie de quejido seco, que le contraía la cara. Acurrucada, se mecía adelante y atrás con las manos en los oídos... En una de ellas todavía sostenía el maldito altavoz.

De repente, levantó el rostro, con los ojos hundidos en las cuencas y muy abiertos. La escasa luz se reflejaba en ellos y le daba un aspecto febril y enloquecido. Comenzó a hablar y finas gotitas de saliva salieron disparas, brillando como perlas en el reflejo de la luz.

—¡Nunca se callaba! —graznó—. Si lograba que se durmiera, ¡se despertaba! ¡El silencio nunca duraba lo suficiente! ¡En el mismo momento en que yo me sentaba delante del ordenador, ella se ponía a llorar de nuevo! ¡Y nunca paraba! Lloraba y lloraba y lloraba... Entonces me levantaba otra vez— dijo en un tono dulce, casi lastimero— iba hasta la cuna, la tocaba y se callaba... Así de sencillo, me miraba, sonreía y se callaba.

»Sonreía siempre al verme y yo sabía lo que estaba pensando con aquella cabecita suya tan pequeña... Yo lo sabía, lo intuía, porque soy su madre y lo sentía en lo más hondo de mis entrañas. Me miraba y sonreía pensando: «te tengo dominada, idiota. Te tengo dominada porque me diste la vida, sacrificaste tu carrera por mí, sacrificaste tu vida por mí, de eso se trata lo de

ser madre, ¿no lo sabes? Te tengo dominada, imbécil y por mucho que te empeñes en darle a esas teclas con esos dedos viejos e inútiles, nunca lograrás nada, porque te tengo dominada y yo seré todo y tú serás nada».

»Eso era lo que me decía con su sonrisita desdentada—gimió Tania acurrucada—. Eso era lo que significaba su sonrisa siniestra de bebé.

De repente, como un cadáver que regresa a la vida, se estiró y se quedó muy callada, mirándome con ojos enloquecidos. Gritó y en un mismo movimiento, se levantó de un salto y salió corriendo de la habitación. Yo la seguí tan rápido como pude, con la cabeza dándome vueltas, incapaz de procesar todo lo que acababa de escuchar y que se parecía tanto a lo que había leído antes en su ordenador. La seguí hasta la habitación de la pequeña y la encontré encorvada sobre la cuna, con una mano enroscada en la barandilla y la otra caída a un lado, sosteniendo el altavoz del escuchabebés. Su rostro se crispó y de nuevo comenzó a gritar, no había cambiado el discurso y siguió gritando a la cuna vacía durante un buen rato.

La dejé allí, gritando obscenidades a la cuna vacía, creo que algo se rompió dentro de mí, de repente empecé a comprender la insistencia de los agentes en preguntar a Tania. Con el corazón roto, bajé y llamé a la policía. Mientras estuve al teléfono no cesaron los gritos y las risotadas de mi esposa desde el piso de arriba. Gritaba y gritaba, algunas veces le fallaba la voz y el grito se convertía en una especie de gañido, un sonido chirriante y roto, alojado entre la ronquera y la risa histérica.

Cuando los agentes llegaron yo estaba sentado en la escalera. Tania seguía chillando como una posesa y los policías se quedaron mirándome, yo me encogí de hombros y les conté lo que había pasado. Uno de ellos, usando el comunicador que llevaba en el pecho pidió que enviaran una ambulancia. Subimos juntos, yo iba delante.

Cuando llegamos, Tania estaba saliendo por la puerta de la habitación de la niña. Yo me quedé congelado en mitad del pasillo, salía con la cabeza colgando y los brazos en alto, una de sus manos aún sostenía el maldito altavoz. Uno de los agentes me puso la mano en el hombro y me hizo a un lado suavemente.

Tania levantó la cabeza muy despacio. En la oscuridad, sus ojos brillaron

llenos de lágrimas.

—Por fin —dijo al ver a los dos policías—. Por fin vienen a por mí, ¿verdad? Ya sé que lo saben... Sabía que ustedes también la escuchaban, lo supe desde el primer momento... Lo supe por la forma en la que me miraban... Sé que la oyeron llorar el primer día.

Un espeso silencio cubrió el pasillo. Los dos agentes se miraron durante un instante. ¿Qué era exactamente lo que sabían? Uno de ellos, el que me había apartado se adelantó, el otro habló por el altavoz del comunicador, no pude oír lo que decía. No podía dejar de mirar a Tania que avanzaba por el pasillo con las manos por delante.

—¡No se hagan los tontos! —bramó de repente, el policía se hizo atrás de un salto, por instinto se llevó la mano a la porra y la dejó allí, flotando a poca distancia del arma— ¡Sé que ustedes la oyen llorar en el jardín! ¡Todo este maldito vecindario la oye llorar cada noche! ¡Nunca se calla! ¡Llora y llora y llora! —cayó de rodillas en mitad del pasillo, a pocos pasos del policía que seguía muy quieto, con la mano a poca distancia de su arma. Levantó las manos y las juntó, con el gesto inequívoco de alguien que quiere ser esposado — ¡Yo la maté! ¡Yo la maté y ustedes lo saben! ¡La maté y la enterré allí! ¡Sáquenla y hagan que deje de llorar de una vez o me volveré loca!

El agente la esposó y ella se dejó hacer. La levantó y la llevó con mucho cuidado por el pasillo, pasaron por delante de mí y ni siquiera pude moverme. La vi caminar, acompañada de aquel hombre, con la cabeza caída y el pelo cubriéndole el rostro. Bajaron y el otro policía me tomó del brazo, me dijo algo que no escuché y me acompañó hasta el salón.

Tania estaba sentada en el sofá, el agente que la había esposado estaba delante de ella, hablando por el comunicador. Ni siquiera levantaba la cabeza, seguía sosteniendo el altavoz del escuchabebés en sus manos.

—Yo la maté —repitió sin levantar la cabeza—. Está en el jardín... En la esquina, debajo de las zarzas, lo juro. Juro que está allí... Pero por favor, hagan que pare de llorar, no lo soporto más... No soporto más ese maldito llanto, por favor, hagan que pare.

Entonces, como si me hubiese alcanzado un rayo, eché a correr. Los dos agentes gritaron algo a mi espalda, pero ya no les escuchaba. Corrí tanto como

pude, sentía las piernas pesadas y la cabeza me daba vueltas. Encendí la luz del porche y corrí atravesando el jardín, hacia la esquina más alejada, aquella en la que crecían las zarzas.

Llegué y sin detenerme atravesé las ramas, sentí como las espinas se me clavaban y desgarraban la tela del pijama con sonidos secos, como crujidos de ramitas rotas, noté el dolor, pero ya nada importaba.

Entonces lo vi.

En la esquina más alejada, justo en el ángulo de nuestro terreno, bajo las ramas de las zarzas y de los arbustos que crecían allí, había un pequeño montón de tierra removida y junto a él, el monitor del escuchabebés.

Desahucio

Javier Martos

Javier Martos

Nacido en septiembre de 1982 es traductor y escritor español. Licenciado en Administración y Dirección de Empresas por la Universidad de Sevilla. Ha publicado tres novelas: 'Promesas de que algún día' (2014), 'Ojos de circo' (2013) y 'En el lago' (2017), las dos últimas en coautoría con Jesús Gordillo. Ha escrito más de 60 relatos cortos, algunos de los cuales se han recogido en la antología 'Una hamburguesa para cenar' (2014). Ha traducido al español autores de la talla de Stephen King, Joe Hill, Bradley Denton, entre otros.

Puedes contactar con él en Twitter: @m4rtos o en su web oficial: www.javiermartos.net

DESAHUCIO

Javier Martos

Edward Lotz, que se sentía como uno de esos perros a los que él mismo daba puntapiés en el desierto de Iowa, entró de golpe en el salón de su casa farfullando a media voz, dejando que los demonios le devorasen las tripas. Soltó bruscamente la caja de herramientas sobre la sucia moqueta y el estrépito asustó a su madre, sentada en la mecedora desfondada de siempre. De alguna manera se las había arreglado para encender el televisor. El presentador de las noticias hablaba de la inflación, un concepto que Ed apenas comprendía.

En la sala hedía a humo y orines, una peste cada vez más concentrada. Las persianas estaban echadas y la penumbra dominaba los rincones.

—¡Por fin, maldita sea! Tráele una cerveza a tu madre, pequeño bastardo—ordenó la anciana con voz ronca.

El joven respondió con una nueva retahíla de imprecaciones. Lanzó sobre la mesa la carta que había sacado del buzón aquella mañana antes de salir a trabajar y bramó otra serie de juramentos.

—¿Qué cojones te pasa?—inquirió de nuevo la mujer—. ¡Espero que no le hayas dado otro golpe al coche!

—¿A ti qué más te da? ¿Acaso piensas ir a alguna parte?

Ed entró en la cocina y sacó una lata templada de la nevera. No cogió ninguna para él, porque la cerveza que podían permitirse tenía un sabor horrible. De hecho, aún se preguntaba cómo su madre podía engullir aquel mejunje repugnante.

Volvió al salón y le puso la lata en la mano. Encajó una bofetada que olía a excrementos. Ed pensó que apestaba como si una rata se le hubiera metido en la boca y hubiese muerto allí dentro. Además, un poco de espuma gris le colgaba de la comisura de los labios.

—¿Has vuelto a cagarte encima? —protestó el joven.

—¡No puedo llegar hasta el baño yo sola, joder!

—Maldita sea, mamá. ¡Estoy harto! ¡Estoy hasta los cojones de ti!

La señora Lotz miró hacia Ed pero no lo vio. Tenía una red infinita de arrugas alrededor de los ojos y el cabello muy largo (pero dentro de los límites aceptables, puesto que Ed se lo recortaba a menudo). Era corpulenta y la mecedora crujía cada vez que se movía. Estaba ciega desde hacía más de diez años, cuando por accidente se roció los ojos con un producto corrosivo que utilizaba en la lavandería industrial en la que trabajaba. Desde entonces, Ed Lotz se había visto obligado a ocuparse de ella todo el tiempo, algo que desde luego no hacía con ninguna diligencia, sino de mala gana y con un profundo hastío que crecía con el transcurso de los días. Naturalmente, eran más los que no le prestaba atención, por mucho que la anciana le llamara a gritos.

La mujer, debido a la inactividad y la desazón, adicta a la bollería de mantequilla y la cerveza, empezó a envejecer y ganar peso a pasos agigantados, y en la actualidad no era más que una vieja gorda, rancia y repugnante. Ed la detestaba con todas sus fuerzas, no solo ahora, sino desde mucho antes de su accidente.

Ella llevaba años increpándole. Le insistía una y otra vez para que buscara trabajo, dejara las drogas y abandonase esas amistades tan peligrosas con las que se juntaba. Le recordaba todos los días que era un inútil, un parásito, una lacra del sistema, y que así no lograría convertirse en un hombre de provecho. Le recordaba una y otra vez que era clavado a su padre, al *hijo de puta* de su padre, que los había abandonado a los dos cuando Ed apenas tenía cinco años. En innumerables ocasiones, lo amenazó con echarlo de casa si no encontraba cuanto antes un empleo y aportaba unos cientos de dólares a la ya de por sí inexistente economía familiar.

Edward prefería, sin embargo, quedarse todo el día en el parque, bebiendo latas de cerveza y fumando cigarrillos de marihuana. Arreglar el mundo y quejarse de sus desdichas desde el cobijo de un banco de metal bajo el sol de octubre cubría todas sus expectativas. Cuando necesitaba algo..., no tenía más que ponerse una media de licra de mujer en la cabeza y atracar una tienda de licores. Ya lo había hecho otras veces y las consecuencias no habían sido

demasiado graves.

Había estado en chirona. El juez Ramsey le advirtió de que no quería verlo más en el juzgado. Le ordenó que recondujera su vida y que, si no seguía a rajatabla sus recomendaciones, lo enviaría una larga temporada a prisión la próxima vez que los agentes lo pillaran trapicheando por el barrio. Además, solicitó a los servicios sociales que ayudaran al joven a encontrar un empleo.

Edward no duró más de dos semanas en ninguno de los trabajos que le ofrecieron.

¿Por qué diablos iba a tener que ser él quien barrierá las escaleras de los edificios de oficinas? ¿Quiénes se creían los mequetrefes y chupasangres del gobierno para que Ed tuviera que limpiar escaleras, retretes o alcantarillas? ¿Acaso no había bastantes negros y maricones para hacer todas esas cosas? Trabajar en la construcción cansaba mucho y había que madrugar otro tanto. Lavar platos y preparar sándwiches en los restaurantes de comida rápida no era lo suyo. Hacía demasiado calor para repartir publicidad y folletos informativos. En la fábrica de tubos sufría jaquecas por culpa del ruido. El alquitrán apestaba y alisar el alquitrán era un trabajo muy pesado. Tenía...

Siempre hallaba una excusa con la que cubrir sus ganas de rascarse las pelotas.

Si no desistía él mismo antes de acabar la semana, lo despedían después de que el encargado lo descubriera tomándose un descanso a deshora para echar un cigarrillo.

Ed medía un metro sesenta y siete y pesaba ciento veinte kilos bien provistos de grasa. Quizá su rostro no era lo bastante feo como para considerarlo un horror, pero estaba lleno de acné y de granos y lucía un par de llamativos ojos bizcos. En realidad quería ser piloto de aviones comerciales, pero ni siquiera había terminado la escuela básica. Tenía hipermetropía y algo de estrabismo. De todos modos, aunque su vista fuera perfecta, apenas sabía leer.

Como él mismo solía decir, todo estaba en su contra. Todos iban a por él.

Ni siquiera había sido capaz de encontrar una buena mujer. Christie, la voluptuosa putilla del bar de striptease no quiso salir con él cuando le pidió una cita. La chica lo había tratado con tanto desprecio que Ed había acabado

pegándole una bofetada. Los miembros de seguridad del bar le dieron una paliza tan generosa que tardó más de dos semanas en poder volver a moverse sin sentir dolor en las costillas. No se le ocurrió aparecer más por allí.

Se sentía lleno de rabia y exasperación. Desplazado, también muy solo.

Para colmo, tenía que cuidar de la vieja, y como no disponían de seguro médico, había dejado de recibir asistencia y medicación, y sus dolores eran cada vez más intensos. Ahora, se pasaba toda la noche berreando y llamándole desde su habitación. Ed hacía caso omiso. Aun tapándose la cabeza con la almohada, no lograba conciliar el sueño hasta que la mujer se desmayaba por el dolor o el cansancio. Naturalmente, eso no ocurría hasta casi rozar las primeras luces del alba.

Entre los lamentos, el alcohol y la ineptitud, ninguno de los dos se acordó de las facturas. Si bien la luz eléctrica la obtenían gratis de un empalme ilegal a una de las farolas del alumbrado público, y el agua la sacaban del pozo casi seco del patio de atrás, dejaron de pagar los impuestos y los seguros. Tampoco había mucho dinero para comida, así que a menudo su dieta semanal se limitaba a una caja de cereales y agua del grifo. Ed se habría encogido de hombros si alguien le hubiese preguntado qué era un préstamo hipotecario. Él no se preocupaba de esas cosas, al menos no hasta que el joven recibió la notificación aquella mañana.

La gota que colmó el vaso, el empujón que necesitaba para dar un paso que llevaba tiempo rumiando en su interior. Naturalmente, no fue consciente de ello hasta que Percy, su escualido y larguirucho compañero de trabajo —solo llevaba tres días contratado y ya estaba decidido a abandonar—, le leyó la carta y le explicó tres veces lo que implicaba su contenido.

Ed enfureció de súbito y volvió a casa hecho un basilisco.

Ignoró las protestas de su madre y se acercó al armario de la entrada de la cocina. Rebuscó en la parte alta, apartó varias cajas de cartón y sacó un viejo rifle que su padre había olvidado antes de largarse con un puñado de billetes de diez dólares que guardaban en el tarro de las galletas.

Tanteó el mecanismo y decidió que estaba en buen estado. Dispararía sin problemas. Si no, usaría la culata. Luego abrió una caja de cartuchos y cargó el arma.

Había llegado la hora de tomar medidas.

Regresó al salón y se asomó a través de las cortinas de la ventana. Fuera no había nadie.

—Ed, pequeño cabronazo, ¿por qué no me dices nada?—inquirió. Luego carraspeó y tragó una bola de flema—. ¿Qué hay hoy de comer? Tengo hambre, joder.

El joven se acercó a la mecedora y colocó del rifle en la frente de su madre, que apartó la cabeza al notar el tacto frío del cañón.

—¡Eh! ¿Qué es eso? —protestó. Sus ojos velados miraban a ninguna parte. Ed no respondió y volvió a apuntarle.

Cuanto menos se demorara, más fácil le resultaría. Odiaba a aquella mujer, por supuesto que sí, y había deseado su desaparición una infinidad de veces, pero a la hora de la verdad, apretar el gatillo parecía ser una losa muy pesada.

Se esforzó por reunir toda la cólera que existía en su interior, recordó las veces que le había cambiado los pañales, las ocasiones que había tenido que meterla en la bañera porque la mierda le corría piernas abajo, su cuerpo desnudo y arrugado, lleno de llagas. ¿Y dónde estaba su gratitud? ¿Eh? ¿Dónde?

Sintió un acceso de repulsión y reprimió las ganas de propinarle un golpe con la culata. Se mordió la lengua con todas sus fuerzas y al poco notó un sabor cobrizo en la boca. Contó mentalmente hasta tres y entonces disparó. El sonido fue atronador. Un pequeño orificio apareció en la frente de la mujer, pero la parte de atrás de su cabeza se abrió como un melón aplastado por un bate de béisbol y los sesos salieron despedidos hacia la pared. La sangre comenzó a brotar del cráneo destrozado.

No le dio tiempo a chillar.

El grito que Ed oyó acababa de salir de su propia garganta.

Sintió cómo las piernas le flaqueaban y creyó que iba a desmayarse. Tambaleándose, dio unos pasos hacia atrás y se sentó en la silla de madera junto al televisor encendido. La voz del presentador de las noticias se mezclaba con sus jadeos.

Colocó el rifle en el suelo, del revés, y durante un segundo se asomó a los orificios humeantes. Olía intensamente a pólvora. Estiró el brazo y apoyó los

dedos índice y corazón en el gatillo. Abrió la boca y se introdujo el cañón entre los dientes.

Miró de reojo la carta que yacía encima de la mesa. Estaba salpicada de sangre. Ed no distinguía las palabras, ni tampoco recordaba lo que Percy le había leído exactamente. De todos modos, tenía claro lo que significaba: una orden de desalojo.

Un segundo antes de apretar el gatillo, Edward Lotz pensó con todas sus fuerzas que nunca les quitarían su casa.

¡No nos quitarán la casa!

Luego todo se volvió negro.

La vivienda, de estilo español y tejado rojizo, ubicada en el número ocho de la calle Dorset, no había sufrido ningún cambio importante en los últimos cinco años, solo el producido por el abandono y el natural transcurrir del tiempo. Laura Jacobson llevaba un par de meses trabajando en la agencia de bienes raíces House & Life, la cual se hizo con los derechos de la propiedad en una poco concurrida subasta pública, pero hasta la fecha no había sido capaz de captar a ningún inversor interesado.

Una vez cruzado el umbral de la entrada daba la sensación, un tanto siniestra, de estar a punto de venirse abajo. El recibidor era tétrico. La moqueta, de color ceniza, con manchas oscuras y quemaduras de cigarrillo, cubría completamente el suelo; en los rincones estaba despegada y retorcida hacia atrás, revelando el moho y la mugre de debajo. De las paredes, de un ocre indescriptible, colgaban abstractas telarañas. Aquí una pintada, allí un grafiti. El polvo formaba una fina película sobre el mobiliario. La sangre del salón era ahora una mancha oscura, y la cinta policial que impedía el paso hacía tiempo que había desaparecido de la puerta de entrada.

Laura soltó un sonoro suspiro y asimiló que la restauración les saldría por un buen pellizco. Al menos el precio de adquisición había sido lo bastante bajo como para poder asumir las reparaciones necesarias para una posterior venta que les reportara beneficios.

Durante tres semanas, una cuadrilla de operarios, entre los que se contaban

fontaneros, carpinteros, electricistas, albañiles, pintores y herreros, se encargó de las reformas hasta dejar la casa prácticamente irreconocible.

Luego colocó un letrero de SE VENDE en el jardín y aguardó unas propuestas que no acababan de llegar. El calendario empezó a perder sus hojas y nadie preguntó por el inmueble. Laura sabía que la gente solía ser supersticiosa, pero siempre había creído que con bajar el precio varios miles de dólares bastaría.

Llevó a cabo todas las técnicas de venta que se le ocurrieron. Se devanó los sesos tratando de encontrar una fórmula para alcanzar la meta con éxito. Quizá le hacía falta más experiencia en el sector o tal vez había pasado algo por alto. No era razonable que ni una sola persona mostrara el más mínimo interés. De hecho, todos los inquilinos potenciales parecían rehuir de la casa.

Laura estaba desesperada. ¿Qué más podía hacer? El precio no era desproporcionado, incluso podría considerarse asequible; el barrio tenía un índice de criminalidad casi nula; la economía de la ciudad disfrutaba de una tendencia al alza; y la compraventa de viviendas se situaba en índices moderados. Además, había podido cerrar otras operaciones sin problemas.

Cierto, dos personas habían fallecido en el interior. Pero era algo sin importancia. Todos los días morían cientos de personas en sus casas. No iban a derruir toda la construcción por esa razón.

La joven era incapaz de comprender por qué no había forma de vender aquella maldita vivienda.

Durante los catorce meses siguientes, no recibió ni una sola llamada de teléfono preguntando por la referencia correspondiente, los anuncios que puso en diversas plataformas online fueron quedándose en las últimas posiciones, carentes de visitas; y en el catálogo de papel que enseñaba a los clientes, ninguno de ellos se fijaba en la fotografía que mostraba la renovada fachada de color mostaza. A Laura le resultaba curioso que, a pesar de su insistencia para que los compradores dieran una vuelta por la propiedad, la gran mayoría descartase la posibilidad de manera categórica.

En una ocasión en que propuso la idea a un matrimonio de personas mayores, la mujer negó frenéticamente con la cabeza mientras no dejaba de santiguarse. Aunque Laura les ofreció la casa con una propuesta de

financiación muy atractiva, los ancianos, al conocer la dirección, se pusieron en pie, nerviosos, y se marcharon de la inmobiliaria balbuceando una suerte de disculpa.

Era una lástima que aquellas dos muertes hubieran gafado el negocio.

En la próxima reunión trimestral de gestión de la compañía, no le quedaría otra opción que admitir su derrota y traspasar a otro compañero la tarea.

Dave Richardson, su encargado en la sucursal de House & Life, se rio por lo bajo y le dijo que no cerraría la venta ni siquiera regalándola sin costes. Ella lo miró con detenimiento, aturdida:

—¿Por qué sois tan supersticiosos aquí?

—La gente es así, siempre lo ha sido. No llevas el tiempo suficiente viviendo en la ciudad. Ya te acostumbrarás.

Laura se encogió de hombros y suspiró.

—¿Por qué no me contasteis el problema al asignarme la propiedad?

—¿Habría cambiado algo? —Dave le hizo un gesto con la mano—. Has hecho todo lo que has podido. No te hagas demasiada sangre con este asunto.

La joven hizo una mueca.

—¿Por qué la compró la agencia? ¡No lo entiendo!

—Fue decisión de la central —se excusó Dave—. Ellos no creen en estas cosas, solo se fijan en las cifras. Esa casa tenía un precio que podía considerarse una ganga.

—Ya podían haber considerado el resto de las circunstancias...

—Para ellos en un activo más, uno como cualquier otro. No tendrían ningún escrúpulo a la hora de invertir en un campo de concentración para hacer un resort de vacaciones. Probablemente en la próxima reunión te permitan tirar el precio de venta y ya verás cómo alguien picará el anzuelo. ¡No es la primera vez que una agencia de bienes raíces compra una casa encantada!

Laura frunció el ceño y fingió estar enfadada.

—Ojalá lleves razón... —dijo al poco.

—Aquí nadie quería encargarse de esa operación —confesó Dave—. Tú te trasladaste en el momento menos oportuno y nos aprovechamos de que no tenías prejuicios que te condicionaran.

—Ahora sí que los tengo, créeme...

En aquel momento, un hombre de mediana edad, con el cabello ribeteado de canas y con unos profundos ojos verdes, entró en el local y pidió por favor que le informaran sobre las viviendas disponibles a las afueras del pueblo. Dave Richardson esbozó una sonrisa de hito en hito, se presentó con cortesía y le rogó que se sentara en la silla que había frente a su mesa.

Laura los observó durante unos segundos y luego volvió al trabajo, aunque en el fondo de su mente no dejaba de darle vueltas al número ocho de la calle Dorset.

Tras la reunión trimestral con la gerencia, en la cual se discutieron cuentas de resultado, beneficios parciales y partidas de gastos que tenían que ajustarse, Laura recibió el beneplácito para reducir el precio de la propiedad a un nivel de punto de equilibrio. La joven pensó que si vendían la casa por el precio de adquisición más la inflación de los últimos cinco años, ya podrían darse con un canto en los dientes y considerar la operación como un gran éxito.

Poco después, como regalo adelantado de Navidad, una pareja de recién casados que tenían que mudarse a la ciudad por motivos de trabajo desde Carolina del Norte, se interesó en hacer una visita y valorarla como su nuevo hogar. Robert Cross, joven abogado, lucía una larga cabellera negra y un torso musculado. Su mujer, Julia, conservaba el esbelto cuerpo de la animadora del equipo de fútbol que había encarnado durante los años de instituto.

A pesar del entusiasmo inicial, Laura no tenía demasiadas esperanzas en completar la operación con aquellos jóvenes, sobre todo si llegaban a descubrir las historias de viejas que se contaban antes de que estamparan su firma en el contrato de compraventa. Tenía que darse prisa, de modo que fijó la cita para el siguiente jueves a las diez de la mañana, solo dos días después.

Al cruzar el umbral percibió una emoción diferente a la que había experimentado al entrar en la vivienda por primera vez. Ahora el lugar era agradable, las paredes estaban pintadas pulcramente, la moqueta mullida incitaba a pasear descalzo por los pasillos y los amplios cristales del salón

dejaban pasar la luz resplandeciente del sol aún cálido de finales de noviembre. Por un instante, Laura sintió el impulso de quedársela para ella.

Acompañó a la pareja al interior y recorrieron poco a poco la planta baja. Les mostró todas las estancias y fue enumerando con detalle las excelencias de la vivienda: cocina amueblada, un salón completamente reformado —en esta ocasión, omitió que era el lugar donde se habían producido las muertes de los antiguos propietarios—, doble cristal térmico en las ventanas, aire acondicionado centralizado en todas las habitaciones, una chimenea instalada en la sala de estar tras las últimas reformas, las tasas de contribución municipal pagadas durante el próximo año...

Fue en mitad de las escaleras mientras subían a la planta superior cuando el suelo comenzó a sacudirse.

—¿Qué está ocurriendo? —preguntó Julia.

Robert pasó un brazo por encima del hombro de su esposa y la pegó a su cuerpo.

Laura les instó a subir los últimos escalones y a colocarse debajo del quicio de la puerta de la habitación principal.

—No se preocupen —dijo—, es solo un temblor.

De pronto cesó.

Julia soltó una risita nerviosa y miró a Robert.

—Parece que ya ha pasado todo —dijo él.

—Sí —confirmó Laura—, en esta zona es muy raro que se den terremotos. No existe ninguna falla debajo de nosotros. Debe de haber sido algo muy puntual.

Abandonaron el hueco de la puerta y entraron en el dormitorio.

Entonces, cuando la joven iba a explicarles que aquella estancia podía usarse como despacho o como sala de juegos para un futuro hijo, el temblor volvió a sacudir el suelo. Empezó en el desván. Puertas cerrándose, persianas que subían y bajaban, sacudiéndose. Los grifos que corrían. La cisterna de los retretes desaguando.

Julia, aterrada, se cobijó en los brazos de Robert, que miraba en todas direcciones con ojos desorbitados.

Laura dejó caer la carpeta con la documentación y flexionó las piernas,

decidida a lanzarse al suelo con las manos cubriéndose la cabeza.

Por el rabillo del ojo detectó que la luz del día parecía atenuarse, como si una nube densa y cargada de agua hubiese cubierto el sol. La habitación se llenó de sombras. Bajo sus pies, el suelo se hinchó y formó una ola que a punto estuvo de derribarlos. En las paredes parecían verse rostros ondulantes e iracundos.

Junto al sonido atronador de los portazos, los cristales de todas las ventanas estallaron hacia fuera y un aguacero de esquirlas aporreó el césped replantado del jardín delantero. El estrépito fue como el crujido de un rayo al caer en un poste de teléfono en mitad de una tormenta eléctrica, sin lluvia. A continuación se oyó un grito, rápido y furioso, que sepultó los sollozos de Julia.

Fue como una ráfaga de viento que formaba sílabas huracanadas. Laura reconoció las palabras pero no fue hasta mucho más tarde cuando las recordó y les dio significado.

De súbito, tal y como había empezado casi veinte segundos antes, todo acabó.

Robert agarró de la mano a Julia y la instó a salir de allí cuanto antes. Laura los siguió escaleras abajo y los tres salieron a la calle. Antes de pisar el caminito de entrada, el abogado procedente de Carolina del Norte había marcado las teclas de su teléfono móvil y hablaba con la policía.

Laura, consciente de los vecinos que paseaban por las aceras y los coches que circulaban por la calle como si nada hubiese sucedido, trató de recuperar la compostura. Respiró hondo y se recolocó la camisa. Se sacudió la falda y se pasó una mano por el cabello. Luego contempló el jardín delantero, repleto de puntos de cristal que resplandecían bajo el sol, que ahora volvía a brillar con intensidad. Miró hacia la casa, a continuación al joven matrimonio y otra vez hacia la casa.

Soltó una carcajada, una risa estridente mezcla de un profundo terror y la certeza de que la transacción definitivamente se había ido al traste.

Robert y Julia Cross la miraron con curiosidad.

El agente Jackson no parecía demasiado interesado. Su compañero, el ayudante Coleman, ni siquiera llegó a bajarse del coche patrulla.

Jackson comprobó por radio con la central si se había registrado algún temblor de tierra en las últimas dos horas, pero la respuesta fue negativa. Salvo por los cristales y un par de marcos astillados, no había nada de lo que informar. Sí le resultó curioso que las ventanas hubiesen estallado hacia el exterior, detalle que echaba por tierra su argumento de que tal vez un grupo de niños, los habituales gamberros del barrio, se habían puesto de acuerdo para lanzar piedras contra ellas. A Laura le exasperó que el agente de policía no considerase el concluyente hecho de que no se encontró ninguna piedra en el interior de la casa. Además, de haber sido así, los trozos de vidrio también estarían dentro.

Sin embargo, la joven optó por guardar silencio.

La pareja de recién casados insistió en repetirle una y otra vez al policía el abrir y cerrar de puertas que habían presenciado, la oscuridad que había embargado la casa durante un instante y la voz que aseguraban haber escuchado. Jackson arguyó que no creía en fantasmas y que las historias que circulaban sobre la vivienda no tenían ningún fundamento. Quizá la sugestión les había jugado una mala pasada. En cualquier caso, ellos eran representantes de la ley, y su deber consistía en detener a los criminales, no a unos espíritus descarriados. No había nada que pudieran hacer para ayudarles: en el departamento no poseían ningún grupo especial de cazadores de espectros.

Aquellas últimas palabras las pronunció entre dientes, tratando de contener la risa.

Julia rompió a llorar y, entre jadeos, pidió a su esposo que la sacara de allí. Bajo ningún concepto quería vivir en el número ocho de la calle Dorset, aunque fuera la única casa en la faz de la Tierra. Por supuesto que no, pensó Laura.

Los agentes se marcharon con la promesa de seguir investigando, pero bastante antes de girar el coche patrulla en la siguiente esquina, prácticamente se habían olvidado de lo ocurrido. Cuando llegaron a la comisaría echaron a suertes quién de los dos redactaría el informe correspondiente y enseguida lo archivaron como un caso de vandalismo más.

Al fin y al cabo, el seguro de la agencia inmobiliaria se encargaría de arreglar los cristales y cualquier otro desperfecto de la vivienda.

Laura Jacobson regresó al trabajo después de almorzar en la hamburguesería de la esquina de la calle de la agencia, aunque no probó bocado. Cuando trató de coger el vaso de cerveza, se dio cuenta de que aún seguía temblando.

Y enfadada.

Aquella maldita casa nunca se vendería. También se sentía confusa. Había vivido una experiencia aterradora, pero en su interior pesaba más la venta frustrada. Quizá si bajara un poco más el precio...

Sentada de nuevo frente al ordenador de su escritorio, Dave Richardson entró en el local y la miró con una mueca burlona mientras se quitaba la chaqueta.

—Pero ¿qué te ha pasado, Laurita? Eres la comidilla de todo el pueblo.

La joven puso los ojos en blanco y trató de devolverle la sonrisa.

—Qué rápido corren las noticias por aquí...

—¿Te encuentras bien?

—Sí —dijo Laura—. No ha sido para tanto...

—Ha sido tu primera experiencia paranormal, ¿cómo que no ha sido para tanto! ¡Cuéntamelo todo!

Laura se quedó callada durante un instante. Luego habló en voz baja.

—Oí una voz.

Dave se quedó expectante, con la boca abierta y las cejas enarcadas.

—Ellos también la oyeron —añadió—. Era una voz grave, enrabiada. Me dio mucho miedo.

—¿Miedo, tú?

Laura miró de soslayo a su compañero y reprimió una tímida sonrisa.

El timbre del teléfono los interrumpió y la joven atendió a alguien que estaba interesado en poner a la venta un local comercial. La llamada duró al menos veinte minutos.

—¿Qué dijo? —preguntó Dave en cuanto colgó.

—¿A qué te refieres?

—A la voz. ¿Qué te dijo?

Ella no respondió, negó con la cabeza y volvió al trabajo. Abrió el correo electrónico y revisó la bandeja de entrada. Tenía varios asuntos urgentes que solventar antes de que acabara el día.

Dave esperó un instante por si la joven decidía seguir con la conversación, pero enseguida decidió que lo mejor no era insistir. Ya volverían a hablar de eso. Quizá un día de estos la invitara a tomar una copa. Quizá cuando estuviera lo bastante achispada...

Dave cogió el teléfono de su escritorio y llamó a su esposa para preguntarle cómo se encontraba.

Laura trató de mantenerse ocupada el resto de la tarde, pero en realidad no dejaba de darle vueltas al asunto. En un momento dado, sintió un escalofrío que le erizó el vello de la nuca. Las palabras estruendosas de aquella voz grave eclipsaron fugazmente todos sus pensamientos.

¡No nos quitarán la casa!

El pliegue

Juan Miguel Fernández Fernández

Juan Miguel Fernández Fernández

Autor asturiano de novelas de corte terrorífico y sobrenatural, que ya editó algunas de sus obras con sellos editoriales como Dólmen, Atlantis o Dissident Tales. También ha participado en diversas antologías de relatos de diferentes géneros literarios y en más de una ocasión presentó sus trabajos en prestigiosos festivales como Celsius 232.

EL PLIEGUE

Juan Miguel Fernández Fernández

Aunque ya era de noche, aún hacía bastante calor. Ni una sola nube estorbaba la visión del firmamento y la carretera se hallaba solitaria. En aquel tramo la iluminación artificial era nula y no se habían encontrado con vehículo alguno desde que salieran de San Vicente de la Sonsierra. Llevaban unos quince minutos rodando sobre el asfalto cuando se desató la discusión. Rubén había permanecido taciturno hasta entonces, pero no pudo reprimirse por más tiempo. El Renault Laguna avanzaba a velocidad moderada por aquellas tierras de llanuras jaspeadas de viñedos y campos de trigo. Su mujer, que iba al volante, no quitó la vista de la calzada cuando él empezó a murmurar entre dientes.

—No debiste ponerte tan idiota —inquirió él con gesto ceñudo—. Ya sabes que mi madre es bastante mayor y tiene unas ideas muy tradicionales. Ella no tiene la culpa, la han educado así desde pequeña. Con haber ignorado sus comentarios y cambiar de conversación habría sido suficiente.

Mientras decía aquello, se mesaba la arreglada perilla rubia. Era un hombre de unos treinta años, pelo muy claro y un poquito de sobrepeso. Su rostro redondeado poseía magnetismo. Se podría decir que era un tipo atractivo.

Su esposa, de cabellos oscuros y largos hasta los hombros, ojos verdes y cuerpo esbelto, era de carácter tranquilo, pero cuando la sacaban de sus casillas llegaba a ser impetuosa.

—Ya te vale, ¿no? Ahora encima me insultas a mí —protestó ella resentida. Hasta el momento ninguno de los dos había alzado la voz, pero se palpaba un ambiente tenso entre ambos—. Yo solo di mi opinión y nada más. Fue ella la que se puso borde. Ya sé que es una señora mayor y que le debemos respeto, pero eso no quiere decir que no podamos opinar en las

conversaciones. Además, una cosa es que tenga una educación tradicional, y otra que diga cosas tan brutas sobre temas como la homosexualidad. Pero, Rubén, joder, si dijo que «los maricones merecían que los incineraran a todos vivos».

—Venga, Lorena, no me jodas. Solo fue un comentario sin importancia. Si ella no mataría ni a una mosca. La culpa es de la mierda de la televisión, que considera que hay que poner en las noticias cosas de ese tipo. ¿A quién cojones le importa si los gays se sacan ahora fotos dándose el lote y las cuelgan en la red para reivindicar su condición?

—Ahora va a resultar que no pueden dar por los telediarios cosas sobre homosexuales —replicó Lorena, alzando un poco, ahora sí, la voz.

—Me importan una mierda los gays y todo eso. Lo único que digo es que mi madre no entiende ciertas cosas de nuestros tiempos porque nació en una época donde todo eso estaba muy mal visto. ¿Tan difícil hubiera sido que te guardaras tus opiniones y cambiaras de tema? La pobre se ha quedado muy dolida por tu culpa.

—No me jodas más, Rubén. Si solo di mi opinión. No me puse idiota ni nada de eso como dices tú. La que saltó como un miura fue ella. No se le puede decir nada y...

La discusión no pasó de ahí. Lo que Lorena intentaba explicar, ya con el rostro arrebolado por la indignación, fue sofocado de golpe por una extraña circunstancia. Una fuente de luz cruzó de pronto la carretera de lado a lado, a unos cien metros del morro del vehículo. Su forma era de esfera. Nunca habían visto nada igual. Atravesó de un arcén al otro, flotando, en apariencia, a varios centímetros del suelo. El orbe luminoso surgió sin mayor aviso de unos matorrales que se agolpaban a la derecha de la calzada. Luego, tras atravesar la misma, fue a internarse entre las achaparradas siluetas de unas cepas que crecían en un viñedo de la parte izquierda. La luz intensa de aquel globo pareció extinguirse de golpe, con la misma rapidez con la que había aparecido.

Lorena dio un frenazo llevada por la sorpresa. El coche se detuvo a unos veinte metros del lugar donde acababan de contemplar la manifestación lumínica. El chirrido de las cubiertas sobre el hormigón rasgó el silencio de la

noche.

—¿Qué coño ha sido eso? —preguntó alarmada la chica, con la respiración un poco alterada a causa del sobresalto.

Rubén escudriñó la oscura silueta de las parras que había a la izquierda de la carretera; no pudo observar nada extraño. Durante varios segundos se preguntó si ambos habrían sufrido algún tipo de alucinación. Sin embargo, luego se dijo que la luminaria sí estuvo allí. No podía tratarse de una jugarreta de sus mentes.

—No sé —contestó el joven al fin, dubitativo, con el rostro lívido a causa del miedo incipiente que sucedía a la sorpresa inicial—, igual era alguna motocicleta que venía por ese lado del campo y luego cruzó y fue... y fue a estrellarse al otro... No lo sé, Lorena, es todo muy extraño. Además, ahora no se ve nada en ese viñado. Debería haber algo. Esa luz era muy brillante, no puede haberse volatilizado así como así.

—Era como un globo, Rubén. No podía ser una moto ni nada parecido. Su luz casi me cegó por un momento. Eso... eso no puede ser de este mundo. Tenemos que salir de aquí cuanto antes. Alguna vez he leído cosas sobre extraños objetos aparecidos en mitad de carreteras solitarias como esta. Decían, en esas revistas, que aquellos conductores que se pararon para comprobar de qué se trataba, terminaron contaminándose con radiación o algo parecido. Murieron poco después de una forma horrible. Sus cuerpos se disolvieron durante el transcurso de las semanas siguientes y...

—¡Ya vale, Lorena! Eso no son más que chorradas de paranoicos y gente ociosa. Tiene que haber una explicación más sensata para todo esto.

Aunque Rubén fue tajante en su aseveración, en realidad comenzaba a pensar que algo sobrenatural debía haber en todo aquello, pero se negaba a admitirlo. Su mente racional apartaba todas aquellas ideas que su subconsciente emitía con insistencia. Durante los siguientes segundos ambos permanecieron callados. Aguzaron sus oídos e intentaron escuchar cualquier sonido que pusiera de manifiesto algún tipo de presencia allí donde habían observado cómo la luz se desvanecía. Pero lo único que captaban sus sentidos era un vacío y un silencio inquietantes. Era como si de golpe todo hubiera enmudecido en varios kilómetros a la redonda. Una sensación de irrealidad

atenazó sus entrañas. Ni el canto de un grillo, ni el soplo de la brisa o el eco lejano de otro vehículo les rescató de esa ensoñación.

Rubén y Lorena miraban a ambos lados de la calzada con nerviosismo. A la derecha, tras los arbustos, se extendía un campo, cuyo trigo había sido cosechado hacía unas semanas. Fue por ese lado por donde surgió la esfera de luz. A la izquierda, las achaparradas formas de las cepas y nada más.

—Rubén, voy a poner el coche en marcha de nuevo. Todo esto comienza a escaparse de nuestro entendimiento. No puede traernos nada bueno. Me estoy poniendo muy nerviosa.

El miedo crecía en su mente. Rubén también estaba asustado, sin embargo, era más poderoso en él el deseo de descubrir la procedencia de aquella luminaria. Sujetó el brazo derecho de Lorena, quien en esos momentos apoyaba su mano sobre el pomo de la palanca de cambios. Con el gesto, Rubén, pedía un poco de calma. Anhelaba tener más tiempo. Quería saber qué se escondía tras todo aquello.

—Espera un segundo —manifestó al fin, dubitativo—. No podemos marcharnos sin más. Quizá la oscuridad nos haya jugado una mala pasada. ¿Y si después de todo no era más que algún hombre con una linterna que se ha ido a caer tras esas cepas? Puede que sea alguien que esté herido y necesite ayuda.

—Vamos, Rubén, tú has visto igual que yo que no se trataba de eso. Por favor, vayámonos de aquí mientras estemos a tiempo.

Lorena resopló, presa de la impaciencia. No tenía ganas de discutir otra vez con su marido, y menos en semejante situación. De pronto, tuvo la certidumbre de que algo les observaba. Pensó que si hablaban demasiado alto ese algo también les escucharía, conociendo, de este modo, cuáles eran sus intenciones.

—Escúchame bien, Lorena —le pidió Rubén, en tono conciliador—: tan solo quiero bajar un momento y acercarme hasta el arcén. Necesito comprobar que no hay nadie ahí en una situación delicada. Puedes creerme si te digo que volveré en cuanto me haya asegurado de que nadie nos necesita. Tan solo déjame comprobar eso y nos marcharemos.

Rubén no estaba siendo sincero. En realidad, no pretendía proporcionar socorro a un posible accidentado. En su fuero interno sabía que allí afuera no

se encontraba ser humano alguno en apuros. Lo único que deseaba era inspeccionar el terreno en busca de aquello que había producido minutos antes la fuente de luz. Algo le llamaba desde las sombras que inundaban el viñedo. Un magnetismo, más fuerte que cualquier miedo que pudiera sentir, estaba ejerciendo en su mente una poderosa atracción.

Lorena volvió a resoplar, esta vez con resignación. Su estómago estaba siendo azotado por las poderosas corrientes del nerviosismo y la impaciencia.

—Joder, Rubén, no sé por qué siempre tengo que acabar haciéndote caso. Más vale que seas rápido, porque de lo contrario te juro que te dejaré aquí y me marcharé a todo lo que da este cacharro hasta la ciudad más cercana.

Rubén le dedicó una sonrisa conciliadora que, sin embargo, en nada apaciguó el estado de intranquilidad de su mujer. El joven sabía que ella jamás sería capaz de abandonarlo allí a su suerte.

Los dos notaron algo muy extraño cuando Rubén abrió la portezuela del lado del copiloto. La maniobra no produjo sonido alguno. Ni siquiera escucharon las bisagras o el viento que debió desplazar la chapa al moverse. Luego, cuando el joven posó su pie derecho sobre el asfalto, la suela de su bota no levantó ni un débil murmullo. Daba la sensación de que se habían adentrado en una especie de burbuja espacio—temporal. Pero eso no detuvo a Rubén. Quizás el magnetismo de aquello que le atraía desde el viñedo seguía atrapándolo con demasiada intensidad.

Lorena se dispuso a protestar de nuevo. Sin embargo, aquel halo opresivo que les envolvía sofocó sus palabras antes de que llegara a pronunciarlas. Extendió su mano, temblorosa, hacia el cuerpo de su marido, pero éste se acababa de bajar del vehículo. Le observó, paralizada por el miedo, mientras cruzaba por delante del morro del coche. Rubén caminaba despacio, pero sin detenerse. La única luz que iluminaba allí el terreno era la de los faros del Renault Laguna. Como era obvio, los haces luminosos regaban principalmente la zona que había justo frente al coche. El viñedo al que se dirigía el hombre, por tanto, permanecía sumido en una total oscuridad.

Rubén se detuvo justo al llegar al borde del campo, sobre la franja del arcén. Permaneció allí durante varios segundos e intentó ver algo entre las sombras de las cepas. Estiró su cuello cuanto pudo y escudriñó el terreno. Por

la expresión que adoptó entonces su rostro, Lorena supo que no había descubierto cosa alguna.

—Vamos, joder, Rubén —masculló Lorena entre dientes, mientras apretaba sus manos sobre el volante y la palanca de cambios en un gesto de tensión extrema. Su corazón palpitaba con rapidez y su cuerpo comenzó a transpirar de forma copiosa—. ¿Qué cojones es lo que esperas ver ahí metido? Esto se escapa de nuestro entendimiento, coño. ¿Cuándo te darás cuenta de ello, jodido cabezón?

Sus palabras eran apenas un susurro contenido. Pero escuchar su voz, aunque fuera débil y quejumbrosa, le ayudó en cierta medida a conservar la poca calma que le restaba. Duró poco sin embargo ese momento de relativa tregua. Lorena observó luego cómo su marido se agitaba. Parecía que, al fin, había visto algo entre las cepas. La joven prestó atención, aguzando sus sentidos al máximo. Rubén acababa de hablar, pero no pudo descifrar el significado de sus palabras. De lo único que estaba segura era de que el joven acababa de llevarse algún tipo de sorpresa, pues se adentró un poco más en el viñedo. Al principio, lo hizo con timidez, pero luego Rubén comenzó a moverse con más presteza y penetró de lleno entre las vides.

—¡Rubén, no! —exclamó horrorizada—. No te metas ahí, por lo que más quieras. Dios mío, este hombre es un idiota.

Lorena no aguantó más dentro de su vehículo. Haciendo acopio de valor y, sobre todo, ante la terrible perspectiva de ver a su marido en peligro, se apeó del coche con el corazón desbocado. Sus zapatillas deportivas tampoco provocaron el característico sonido de pisadas sobre el asfalto. Sin embargo, no prestó demasiada atención a aquel tipo de circunstancia; tenía que ir en busca de su marido y llevarlo de vuelta al coche cuanto antes. Aunque tuviera que obligarle por las malas, se propuso persuadirle de seguir allí para que huyeran de una vez.

—¡Rubén, por Dios, vuelve aquí de una vez! Iremos corriendo hasta la población más cercana para pedir ayuda. Si hay una persona en peligro, no tardarán en mandar aquí a alguien que pueda ayudarla. Pero, por lo que más quieras, vuelve conmigo de una vez. Te lo pido por favor, estoy muy asustada.

Antes de que hubiera terminado de decir aquello, la joven ya había llegado

al borde del viñedo. En esos momentos sintió ganas de llorar de desesperación, aunque no lo hizo. Escudriñó las sombras con gesto frenético. Se dio cuenta, aterrorizada, de que su marido había recorrido un largo trecho a la carrera. Parecía perseguir algo, alejándose cada vez más de ella y del coche.

Rubén ni siquiera oyó lo que su mujer le decía. Estaba seguro de haber visto la figura de un niño, o una persona muy bajita agazapada tras una de las cepas. Cuando preguntó a gritos si allí había alguien, comprobó cómo el ser se levantaba con rapidez para emprender la huida campo adentro. Rubén lo persiguió, movido en mayor medida por el magnetismo que se había apoderado de él, que por prestar ayuda a un posible herido.

—¡Espera!—pidió a voz en grito, mientras procuraba no perder de vista al extraño hombrecito—. Solo quiero ayudarte. No traigo malas intenciones.

En esos momentos, Rubén pudo observar algún detalle más de la fisonomía del ser. Su cabeza, un tanto desproporcionada en comparación con el resto del cuerpo, se veía desprovista de cabello. Tenía las extremidades cortas y compactas, como si fueran bastante musculosas. Sus ropajes eran extraños, confeccionados con algún tipo de tejido de naturaleza reflectante y tono plateado. Pero Rubén no pudo captar ningún detalle más, pues una de sus botas de montaña resbaló sobre una gruesa piedra. A causa de ello estuvo a punto de perder el equilibrio, lo que le obligó a detenerse en mitad del paraje. Echó mano a su tobillo derecho tras notar que se lo había retorcido.

—¡Joder! —exclamó con una mueca de dolor—. ¡Me cago en la puta hostia! Duele de cojones.

Se aferró el tobillo dolorido con la mano derecha al tiempo que se sujetaba con la izquierda a una de las ramificaciones de una parra. Fue en ese momento cuando por fin escuchó las súplicas de su mujer. Pero había algo extraño en aquella voz que llegaba desde algunos metros tras él. Sonaba como distante, apagada, incluso un tanto distorsionada e irreal. De golpe, ya fuera del influjo de aquel poder que lo había arrastrado hasta allí, sintió mucho miedo. Luego, una angustia insoportable le obligó a caminar de vuelta a la carretera. Sintió un deseo incontenible de abrazar a su mujer para luego salir juntos de allí como alma que se lleva el diablo.

Durante los siguientes segundos la sensación de irrealidad se intensificó. Procuró ignorar el dolor que sentía en el tobillo y avanzó todo lo rápido que pudo hacia la carretera. Las piedras que había sobre la dura tierra del viñedo entorpecían su paso. Empezó a respirar con agitación, mientras el corazón le galopaba desbocado.

—¡Lorena, espérame! ¡Lorena, no te vayas sin mí, por favor!

La mujer llevaba ya casi una hora intentando encontrarle. Parecía como si Rubén se hubiera volatilizado por completo. No había ni rastro de él por el viñedo ni por las inmediaciones. O la tierra se lo había tragado, o el hombre logró correr como un endiablado atleta hasta perderse en la lejanía. Fue entonces cuando el sonido de aquel coche atrajo la atención de Lorena. Un vehículo se aproximaba por la carretera hasta la posición donde ellos habían dejado el suyo. No lo dudó un instante; se dirigió todo lo rápido que pudo hasta su automóvil. Antes de llegar comprobó que se trataba de un viejo cacharro cuyo motor emitía un rugido lastimero. Era una ranchera Fiat de color azul descolorido. Su carrocería presentaba varios desconchones y zonas oxidadas. Sin embargo, a fin de cuentas, llevaría a personas que podrían ayudarla. Por aquel entonces el desconsuelo la había doblegado casi por completo.

—¡Esperad, por favor! Necesito ayuda, no os vayáis —gritó, alzando ambas manos con desesperación. Su voz sonaba distorsionada a causa del sollozo.

Un tanto aliviada, contempló cómo aquella reliquia aminoraba la marcha hasta detenerse justo detrás de su Renault Laguna. Lorena llegó al fin a la carretera. Su respiración era jadeante a causa del esfuerzo y la frustración de no encontrar a su marido.

Un par de hombres se apeó de la vieja ranchera. Su aspecto no inspiraba mucha confianza. Eran tipos altos y de rostros curtidos por el sol, manos grandes y cabellos grasientos y desgredados. Al estar más cerca, la mujer dudó por primera vez de lo que estaba haciendo. ¿Y si pedir ayuda a aquellos hombres no era la idea más acertada? Luego, apartó sus prejuicios a un lado y pensó en su marido. Qué importaba que aquellos hombres parecieran un tanto

rudos y se desplazaran con aquel cacharro descascarillado. Con toda seguridad serían personas un tanto desaliñadas, pero ello no quería decir que le negaran su ayuda, o representaran peligro alguno.

—¿Le ocurre algo, señora? ¿Por qué ha dejado su coche aquí en medio de la carretera con el motor encendido? —la pregunta la hizo el más joven de los dos. Además era el más barrigón. Vestía una roñosa camiseta de color negro y sin mangas. Los vaqueros ajustados que llevaba estaban rotos en varios puntos y cubiertos de grasa. Llevaba el rostro medio oculto por unas barbas negras y los cabellos algo largos por la parte de atrás.

Lorena recuperó la confianza al notar cómo se dirigían a ella con unos modales un tanto toscos, pero en apariencia bienintencionados.

—Es mi marido, se ha perdido entre esas parras. No sé adónde ha ido. Vimos algo en la carretera hace cosa de una hora. Después, él se empeñó en mirar si alguien había tenido un accidente. Corrió al descubrir algo entre las cepas. No he vuelto a saber de él. Por favor, tienen ustedes que ayudarme a encontrarlo. Quizás... quizás alguien nos ha tendido una trampa y ahora esté en peligro... —Explicó ella, de forma atropellada y entre jadeos.

—Tranquilícese, señora —le pidió con calma el otro hombre. Tendría unos sesenta años. Era enjuto de carnes y de piel muy morena, repleta de arrugas. Ambos tenían un marcado acento, como solía ocurrir con las gentes del campo en aquella zona.

Cuando Lorena estuvo al fin a apenas un metro de ellos, notó el olor rancio que se desprendía de sus cuerpos, pero en ese momento no le importó en absoluto. Necesitaba ayuda y por ahora aquellos hombres eran los únicos que podrían prestársela.

Ellos se acercaron con cautela. Parecían temer que la mujer se dejara llevar por la histeria. El más alto y joven llevaba un sombrero de paja, lo que le daba un aspecto de cowboy moderno.

—No se preocupe, nosotros la ayudaremos a encontrarle —aseguró el «vaquero». Por el tono de su voz y el gesto de su rostro, ella supuso que no la habían creído. Debían de pensar que era una drogadicta bajo los efectos de algún tipo de estupefaciente o algo similar.

La desesperación creció de nuevo en sus entrañas.

—¡Tienen ustedes que creerme, maldita sea! No estoy loca, joder. Ya sé que todo esto es una puta locura sin sentido, pero les juro por mi puta vida que digo la verdad.

Algo hizo entonces que el corazón de la joven diera en un vuelco. Una voz estridente surgió de la parte de atrás de la ranchera. Hasta entonces no había prestado atención a los asientos traseros. Además, las ventanillas estaban tan mugrientas que se hacía difícil observar desde afuera lo que había dentro. Al dirigir su mirada hacia allí, pudo contemplar a una mujer anciana. Era ella la que gritaba con tan desagradable tono.

—¡Es otra ramera hija del demonio! —La escuchó decir, mientras gesticulaba como una posesa y la señalaba con un dedo artrítico y nudoso—. Miradla, está drogada la muy puta y os quiere engatusar. ¿Se puede saber a qué coño esperáis para darle la lección que se merece, malditos degenerados? En el fondo sois tan pecadores como todas estas cochinas salidas del coño del infierno.

Lorena reuló varios pasos, espantada, sin dejar de vigilar, de manera alternativa, a la anciana y a los hombres.

—¡Cállese de una vez, madre! —Inquirió el hombre más viejo—. No se preocupe, señora. Es solo que nuestra pobre madre no está ya muy bien. La pobrecita no sabe lo que dice. Pero no se asuste, por favor.

Mientras decía aquello, él y su camarada se acercaron a Lorena con pasos cautelosos. El más viejo de los dos estiró sus brazos, con las palmas señalando al suelo, como si ella fuese un perro asustado al que pretendía tranquilizar. La mujer detectó algo entonces en la mirada de aquel desconocido que no le gustó en absoluto.

—¡Cállate de una puta vez, mamá! —El grito irritado del hombre más joven sobresaltó a Lorena. Ahora el vaquero parecía estar perdiendo la calma. Presentaba una actitud mucho menos amistosa y sosegada. Su madre no dejaba, sin embargo, de aporrear la ventanilla de la ranchera, aún dentro del vehículo.

—No le faltes al respeto, Matías —le advirtió el otro en tono gélido—. Madre no se merece que le hables así.

—Pero es que me saca de quicio, joder —replicó el vaquero—. Ya va, mamá, ya va, maldita sea. Intentamos hacer las cosas a nuestro modo, sin que

todo se complique por las putas prisas.

—¡Te lavaré esa sucia boca con un estropajo cuando llegue a casa, cabrón malhablado de mierda! —Aseveró la madre.

Lorena ya se había dado cuenta de que allí su vida corría el mayor de los peligros. En cuanto creyó percibir que los otros se despistaban, dio media vuelta y se dispuso a correr otra vez hacia el campo, pues su vehículo estaba demasiado cerca de aquellos dementes. Mientras llegaba al borde del viñedo, su corazón parecía querer salirse por la boca. Sintió ganas de llorar, aunque ahora de puro terror. Un segundo antes de adentrarse en el campo vio surgir a un tercer hombre de la parte trasera de la ranchera, lo que incrementó su miedo. Era un individuo de rostro enjuto. Sus facciones mostraban algún tipo de malformación. Poseía extremidades huesudas y fibrosas. Puso pie en tierra y para total desesperación de Lorena, en una de sus manos portaba un garrote repleto de costras y manchas oscuras.

—¡Joder, detén a Judas, Matías! —Ordenó el mayor de los hombres a su camarada—. Hay que hacer las cosas a nuestro modo. La última vez ya nos costó un huevo limpiar toda la sangre que desperdigó este tarado que tenemos por hermano.

Lorena tropezó al borde del viñedo y se fue de bruces justo cuando escuchó aquellas alarmantes palabras. Desde el suelo percibió los pasos de aquellas botas recubiertas de barro a escasos centímetros de su posición. Sin embargo, los hombres parecían forcejear entre sí. El que más alterado se mostraba era el tal Judas. Gritaba como un desalmado, golpeando con su garrote sobre el asfalto y la parte trasera de la ranchera.

Una hora antes...

Él sabía que su mujer sería incapaz de abandonarlo. A pesar de ello, en esos momentos, la angustia lo transformó en un ser asustadizo. Estaba arrepentido por no haber escuchado a Lorena cuando le pidió que no se alejara de la carretera. Había sido un completo estúpido, y acababa de darse cuenta. Renqueando sobre el suelo compactado del viñedo, mientras estiraba su mano derecha en un intento de alcanzar a su mujer, sintió cómo la desesperación

calaba hondo en sus entrañas. Entonces, volvió a sentir la voz de Lorena. Aquello no le alivió en absoluto, pues el sonido llegaba cada vez más débil y apagado. Daba la sensación de que algo les alejaba cada vez más. En ese momento él no sabría catalogar la naturaleza de ese «algo», pero tenía claro que estaba ejerciendo su poder sobre aquel lugar y sobre ellos.

«Vuelve... vez... sea... Rubén, por lo que más... asustada y no... verte, algo me lo está... ganas de llorar, por el amor de dios... algo de una vez». Las palabras llegaban entrecortadas, envueltas en un halo de irrealidad y lejanía. Era como si la superficie de una burbuja acristalada se interpusiera entre ellos.

Rubén gritó con todas sus fuerzas, pero estaba claro que Lorena ya no le podía escuchar.

—¡Lo siento mucho, Lorena! —Aulló entre sollozos. Cayó de rodillas, abatido. La desesperación doblegó sus fuerzas. Se llevó las manos al rostro arrasado por las lágrimas—. ¡Te quiero, Lorena, te quiero y siempre te querré! Dios mío, quiero despertar de esta maldita pesadilla.

Permaneció durante algún tiempo de aquella guisa; su pecho agitado por el desconsuelo y su rostro contraído por la angustia. En realidad, el tiempo perdió para él todo su significado. Más tarde no podría asegurar si transcurrieron minutos u horas mientras estaba allí arrodillado.

Al cabo de ese lapso indeterminado, notó cómo una fuerza opresora tiraba de él desde atrás. Tuvo la sensación de que algo muy intenso envolvía su cuerpo, como si se hubiera cernido sobre él un campo electromagnético poderoso. A partir de ahí las visiones se sucedieron de manera frenética. Primero se vio a sí mismo a bordo de una extraña esfera de paredes diáfanas; a veces podía observar lo que había fuera de esa suerte de cápsula. Se dio cuenta de que al otro lado brillaban las estrellas y algunos asteroides. Empezó a pensar que deliraba. Aquello parecía el espacio exterior. Luego, se percató de que había un par de presencias en el centro de la cápsula, cerca de él. Eran seres de igual fisonomía al que persiguiera minutos antes, pero ahora su aspecto suscitó en él un miedo atávico. Sus formas, pequeñas y cabezonas, no parecían especialmente amenazadoras, sin embargo, sus semblantes eran muy extraños. Aquellas facciones despertaron en su pecho algún tipo de temor

ancestral. Tenían los ojos grandes y carecían de nariz, aunque sí poseían orificios nasales. Sus bocas eran una delgada línea sobre la barbilla afilada. Iban ataviados con aquel atuendo plateado y brillante. Su piel era de un tono gris apagado.

Pero Rubén no pudo captar más detalles en ese momento. De pronto, la cápsula comenzó a agitarse de manera ostensible. Era como si el viento la estuviera golpeando por todos lados al mismo tiempo. Sin embargo, era imposible que allí fuera, en el espacio, tuviera lugar semejante fenómeno. Debía ser otra fuente de energía la que agitaba la esfera. A continuación, la visión del firmamento se emborronó. Rubén tuvo la sensación de que habían entrado, de golpe, en un túnel de paredes difusas y tono fosforescente e indefinido. Daba la impresión, y puede que así fuera, de que se desplazaba a una velocidad imposible de concebir por la mente humana. Rubén había oído hablar a su mujer, en alguna ocasión, de cosas parecidas, aunque nunca le había prestado la atención suficiente. A él ese tipo de temas no le atraían en absoluto, e incluso pensaba que la mayoría de ellos eran chorradas sin sentido. Ahora, sin embargo, una serie de conceptos desfilaron en rápida sucesión por su mente. Eran ideas del tipo viaje interestelar, agujero de gusano, pliegue espacio—temporal. Pero su mente racional se resistía a creer que estaba viviendo alguna de esas experiencias. Su subconsciente, no obstante, le indicaba algo muy distinto.

A partir de ahí, todo fue mucho más confuso. Las imágenes se aceleraron, superponiéndose de manera desconcertante. Notó cómo penetraban en una atmósfera densa, pero primero creyó ver una esfera planetaria de colores parduscos y dimensiones colosales. El astro luminoso que derramaba su luz sobre aquella tierra era de un tono rojizo intenso.

Lo siguiente que recordaba fue descubrirse sobre una especie de lecho frío y blanco. Parecía encontrarse en una sala de paredes deslumbrantes, construidas con un material desconocido. Encima de él se inclinaban unos rostros similares a los de las criaturas que había visto en la cápsula, pero ahora había por lo menos cinco o seis de aquellos seres. Daba la sensación de que lo examinaban con detenimiento. Se dijo que el lecho sobre el que reposaba estirado debía estar a ras del suelo, atendiendo a la corta estatura de

los humanoides.

Del algún modo, intuyó que se comunicaban entre ellos. Lo advirtió en el destello cambiante de sus miradas. Sin embargo, no abrieron sus bocas en ningún momento: no gesticulaban. Era como si aquel intercambio de impresiones tuviera lugar a un nivel mental.

Lorena pudo escuchar, una vez más, cómo se abría una de las portezuelas de la ranchera. Sus chirriantes bisagras emitieron un quejido aterrador.

—Matías, intenta que esa zorrита no se escape. No le quites los ojos de encima. Ahora «madre» se ha posado también. Tengo que convencerla para que vuelva a subir a la ranchera. Joder, ¿por qué coño tienen que complicarse siempre tanto estas cosas?

Cuando Lorena intentó incorporarse, una sombra se cernió encima de su cuerpo. Ya se había dado la vuelta en el suelo, allí en el arcén, cuando el garrote cayó sobre su cabeza, dejándola casi sin sentido. Notó cómo un reguero de sangre tibia resbalaba por su frente. Luego, las fosas nasales comenzaron también a chorrear y se sintió tan mareada que empezó a verlo todo muy borroso.

—Joder, Judas —escuchó rugir al tal Matías, aquella especie de vaquero barrigón y desaseado—. ¡Que te tranquilices ya, hostia! Déjanos hacer las cosas a nuestro modo.

Matías empujó a su descontrolado hermano para apartarlo. Éste emitió una serie de gemidos lastimeros. Parecía un niño enrabiado y caprichoso. Golpeó varias veces sobre el asfalto con su garrote, ahora manchado también con la sangre de Lorena. Por aquel entonces la mujer había logrado ponerse de rodillas sobre la carretera. Intentaba llegar hasta el viñedo, creyendo, por alguna extraña razón, que allí encontraría la salvación, aunque estaba demasiado aturdida para conseguirlo.

—¡Mierda, Judas! —Exclamó Matías sorprendido—. Vas a conseguir que me distraiga y se nos escape la zorrита.

Por toda respuesta, Judas articuló otra serie de alaridos. Estaba enfurecido por completo.

Lorena estiró su mano derecha más allá del arcén. Se agarró a uno de los

arbustos cercanos al campo. Entonces, sintió un dolor espantoso recorriéndole la espalda. Al intentar aferrarla por la blusa, Matías había hundido en su carne sus largas y mugrientas uñas.

—¿Adónde va, señora? No podemos dejarla marcharse así. Nuestra madre no nos lo perdonaría jamás. Además, tenemos un deber que cumplir: hay que mantener esta zona limpia de demonios. Ya sé que usted no tiene la culpa de haber caído bajo esta maldición, pero las cosas son a veces demasiado duras.

Unos brazos fuertes la arrastraron de vuelta a la carretera. Se rasgó los pantalones a la altura de las rodillas, produciéndose sanguinolentos rasponazos. Judas, al ver que Matías estaba ocupado, intentó descargar un nuevo golpe sobre la cabeza de la mujer. El garrote rozó en esta ocasión la sien de Lorena, lo que provocó que la carne de esa zona se desgarrara.

—Por favor... solo quiero... mi marido, tengo... encontrarle —suplicó Lorena, desesperada.

—¡Haz callar a esa zorra de una vez, Matías! —Inquirió el hombre más mayor, que en esos momentos intentaba convencer a su madre para que volviera al vehículo.

Lorena pudo apenas entrever la silueta de la anciana, quien intentaba desplazarse hasta su posición. La imagen incrementó su horror. El cuerpo encorvado, los cabellos grises, desgñados sobre su rostro huesudo y aquilino, los pómulos repletos de capilares, los raídos ropajes oscuros, las varicosas piernas desnudas bajo la falda que cubría su figura espeluznante hasta las rodillas. Todo ello conformaba una visión espantosa que ahora se podía distinguir gracias a la luz de ambos vehículos.

La imagen quedó emborronada cuando Matías descargó sobre el rostro de la joven un despiadado puñetazo. Uno de sus ojos se cerró tras el impacto. Pronto se le hincharía como una pelota. La piel que cubría su pómulo derecho sufrió un corte a causa del impacto sobre el hueso. Pero Matías no quedó satisfecho y descargó un segundo golpe en la cara de Lorena, que escupió dos dientes bañados en sangre. La visión de la mujer quedó nublada, adornada por manchas grises. Parecía que su cabeza iba a estallar entre relampagueos de dolor. Se desplomó sin fuerzas sobre la carretera. Matías aferró su cuerpo laxo por las axilas y la arrastró junto a la ranchera. Judas aprovechó la

ocasión para lanzar dos garrotazos más. Uno erró en el blanco y el madero se astilló por la parte de arriba al impactar sobre el suelo; el segundo cayó con brutalidad encima de la rótula derecha de Lorena. Un crujido espantoso hizo saber a la joven que aquel hueso se había fracturado. Gritó, espabilándose un poco a causa de semejante martirio.

—Isaías, deja a madre un momento y haz que este puto tarado pare de romperle los huesos a esta zorra —sugirió a gritos Matías a su hermano mayor.

El hermano mayor, Isaías, se acercó hasta Judas, no sin antes dejar a su madre al lado de la portezuela trasera. Aferró al desquiciado por los hombros, haciendo que se echara a un lado e impidiendo que entorpeciera más toda la operación. Lorena estaba por entonces desvanecida. Matías la arrastró un poco más sobre el asfalto, al lado de la ranchera. Lo hizo aferrándola otra vez por las axilas, deslizando su cuerpo con la espalda de ella contra el suelo.

—Miradla, qué zorra —masculló la vieja, al tiempo que adoptaba un gesto de repugnancia—. Viste como una puta. Esa blusa deja ver sus vergonzosos pechos grandes y esos pantalones ajustados parece que le marcan hasta las venas de las piernas. ¡No le mires las tetas, Matías, que te veo!

—Pero, madre —protestó con un bufido el vaquero—, si no se las estoy mirando. No puedo arrastrarla hasta la ranchera con los putos ojos cerrados, coño.

La vieja se inclinó un poco sobre el cuerpo de Lorena. Al hacerlo, su rostro se contrajo en una mueca de dolor: la artritis la tenía martirizada. Aferró los cabellos de la joven con sus dedos nudosos y apartó un poco su cabeza hacia atrás. Después, lanzó un sonoro escupitajo sobre las facciones hinchadas de la muchacha.

—Mis hijos ten enseñarán a respetar las leyes del señor, ramera. Si has terminado aquí, sucumbiendo al poder de esos demonios que se arrastran en las noches calurosas, es porque tu alma estaba ya corrupta.

Cuando Matías se disponía a llevar el cuerpo hasta la parte trasera del vehículo, para introducirlo en el maletero, algo hizo temblar el suelo. Isaías se quedó petrificado mientras abría la portezuela del compartimiento para los equipajes. Su rostro perdió el color de golpe. Todos observaron el cielo estrellado con nerviosismo. Conocían bien las señales de venida de lo que

ellos llamaban demonios. Aquella era una de ellas. Luego, un sonido chirriante y ensordecedor torturó sus tímpanos. Una fuente de energía hizo que sus cabellos se erizaran mientras tenían serias dificultades para guardar el equilibrio con semejantes temblores de tierra.

—¡Daos prisa, idiotas! —gritó la vieja con voz estridente. Se había alejado bastante del vehículo y ahora estaba en el carril contrario de la carretera. Observaba con gesto frenético los cielos, a la vez que lanzaba ininteligibles maldiciones en dirección a las estrellas—. Esos hijos del demonio vuelven otra vez. Estoy segura de que pretenden ayudarla.

La anciana, a pesar de su cuerpo anquilosado por la artritis, no dejaba de agitar los brazos con frenesí. Incluso dio un par de saltos que la hicieron parecer una marioneta defectuosa. Con intención de lanzar una nueva serie de maldiciones al aire, abrió su boca medio desdentada. Sin embargo, aquello que iba a pronunciar jamás llegó a traspasar el umbral de su garganta; una fuente de luz poderosa se aproximó a ella a gran velocidad. Aquel objeto arrastraba consigo un torrente inmenso, pero concentrado, de energía. Azotó su figura cheposa, calcinando su carne en una fracción de segundo. Su cuerpo se transformó en un despojo ennegrecido. La vieja apenas tuvo tiempo de lanzar un grito de agonía. Lo único que quedó de ella fue un conjunto de restos negruzcos que humeaban sobre el suelo, lanzando una peste insoportable.

—¡Dios mío, madre no...! —Exclamó, sobrecogido, Isaías. Intentó acercarse a los restos, pero pronto tuvo que echarse hacia atrás. En aquel punto exacto de la carretera el hormigón se estaba derritiendo y el calor que transmitía hizo que se abrasara los pies.

Matías había enmudecido, y su rostro presentaba una lividez digna de un cadáver. Incluso Judas cayó abatido por la pena. Tras tumbarse junto a la rueda trasera del vehículo, se aferró las rodillas con los brazos y hundió su cabeza entre las piernas. Sollozaba como un niño.

—Hay que largarse de aquí cuanto antes, Isaías —indicó el vaquero, dejando sobre el suelo a Lorena—. Vamos, coge al imbécil de hermano y mételo en la ranchera. No hay tiempo de meter a esta zorra en el maletero. Ya lloraremos a madre luego, o terminaremos como ella.

El mayor asintió. Su hermano llevaba razón. Pero cuando intentó levantar a

Judas del suelo, donde estaba sentado junto a la rueda trasera, este se negó a irse.

—Levántate de una vez, maldito cabezón —protestó, irritado, Isaías. El otro negaba frenéticamente con la cabeza, como un niño caprichoso. Ni siquiera levantó la mirada del suelo ni dejó de llorar.

Lorena, entre tanto, giró sobre sí misma. Sacó fuerzas de donde ya no creía tenerlas y se arrastró para alejarse de la ranchera, notando el calor que el asfalto desprendía allí. Entreabrió los ojos, no sin esfuerzo. Pudo contemplar, entre los nubarrones que enturbiaban su vista, las figuras de Isaías y Judas. Matías ya se había puesto al volante del vehículo. Se dio cuenta de que el mayor de los hermanos levantaba al más desequilibrado a la fuerza. Luego, vio el garrote justo a su derecha; Judas lo había dejado allí tirado cuando todo se torció para ellos. Lorena tenía la rótula fracturada sin lugar a dudas. Estaba aún aturdida y veía muy borroso, pero el odio alimentó en esos momentos su espíritu, insuflando en sus entrañas la energía necesaria para levantarse, no sin serias dificultades, ayudándose del garrote que usó a modo de bastón. Por aquel entonces los tres hermanos ya estaban dentro de la ranchera.

El vehículo se puso en marcha sin dilación, pero antes de que saliera de allí, Lorena llenó sus pulmones, apoyándose en la pierna sana y tomó impulso con el garrote en su mano derecha. El madero atravesó el cristal trasero lateral de la ranchera justo cuando esta se ponía en marcha. La ventana se hizo añicos al instante. La mujer notó, exultante de satisfacción, y mientras alzaba un grito rabioso al aire, cómo el garrote impactaba con fuerza en la cabeza de Judas. El artefacto quedó atravesado, tras golpear al hombre, entre la cara de este y el asiento delantero. Lorena pudo escuchar un sonido de huesos rotos cuando el garrote hizo palanca mientras el coche avanzaba y el madero se quedaba atascado entre la ventana y la cabeza del desequilibrado. Estuvo segura de que aquella maniobra había terminado con la nariz del hombre aplastada, rota, hecha un amasijo de carne y cartílago. Pensó que también era probable que su pómulo se hubiera fracturado con tan brutal impacto. Volvió a gritar de forma salvaje, alzando la cabeza al cielo. Se sostenía en una sola pierna, aunque su mirada reflejaba grandes dosis de triunfo. Los gritos de dolor que surgieron de la ranchera avivaron las llamas de aquella sensación de primitivo placer.

La mujer soltó el madero para no lastimarse en las manos y la rancheara aceleró y se alejó a toda velocidad, con un chirrido de neumáticos. Al poco, se perdió en la negrura que desdibujaba los contornos del horizonte.

Minutos después, Lorena cayó rendida. Tras la huida de los locos que intentaron asesinarla, le pareció que el tiempo transcurriese de manera extraña; como si la realidad y el entorno estuvieran en medio de un proceso de reestructuración que no podía comprender. Las ideas se agolpaban en su mente de manera confusa. Durante un lapso indeterminado, se sintió incapaz de hilar algún tipo de razonamiento con coherencia. Podía recordar, de forma vaga, lo acontecido desde la discusión que sostuvo con su marido, pero todo se le antojaba como una pesadilla. Cada detalle desfilaba por su mente de manera difusa. Trató de templar sus nervios para asentar esos rescoldos de pensamiento, aunque el dolor que atenazaba su cuerpo le dificultó dicha tarea. Se arrastró como pudo, entre gemidos, sobre el asfalto recalentado y se despellejó los codos con el movimiento. Le costaba mantenerse consciente, pero se obligó a abrir los ojos y no desvanecerse. Escudriñó el paisaje que la rodeaba y se dio cuenta de que percibía la textura del mundo como a través de una neblina fluctuante.

Justo cuando ya creía que no podría luchar mucho tiempo más contra el desvanecimiento, por el rabillo del ojo detectó un ligero movimiento. Desvió sus ojos hacia una silueta que se agitaba a varios metros de ella, cerca del arcén. Al cabo de unos segundos se dio cuenta, esperanzada y aturdida, de que era su marido. El hombre estaba tendido a un lado del asfalto, fuera del perímetro que desprendía calor. Milagrosamente estaba vivo y, poco a poco, fue despertándose.

—Dios, amor mío, no te lo vas a creer. —La voz sonaba pastosa, pero era inteligible—. Ellos me lo contaron todo, no sé cómo ni mediante qué lenguaje, pero me lo explicaron. Justo aquí hay algo así como un portal directo, un... pliegue espacio—temporal que comunica con otro mundo. Ellos tuvieron un contratiempo cuando veníamos por aquí con el coche. Accidentalmente, llevado por mi morbosa curiosidad, me metí dentro de ese portal cuando

todavía estaba abierto. No tuvieron más remedio que llevarme en su cápsula. Luego, decidieron traerme de vuelta. Me dijeron que borrarían mi mente de todo recuerdo al llegar, aunque debieron tener otro accidente, pues algo se interpuso en medio de su trayectoria. Creo que solo yo he sobrevivido tras el impacto. Pero, ¿qué narices te ha ocurrido? Estás herida —observó al final, incorporándose un poco junto al cuerpo de su esposa.

—No es nada, amor —musitó ella, al borde de la inconsciencia. Arrastraba las palabras con languidez, pero en sus ojos destellaba un repunte de esperanza—. Solo que me tropecé, mientras te buscaba, con unos desequilibrados que se creían los justicieros de Dios. Han avistado más veces a esos seres, y piensan que son demonios a los que tienen que enfrentarse. Por favor, ayúdame a salir de aquí. Tengo la rodilla rota y la cabeza hecha una pena. Por cierto, creo que el tiempo no transcurre igual allá adonde quiera que te han llevado. Tienes la barba mucho más crecida y hueles como si no te hubieras duchado en días.

Horario de visitas

Iván Guevara

Iván Guevara

Iván Guevara (Buenos Aires, 1973) reside en Barcelona desde 2003. Entre 1998 y 2007 ha trabajado como guionista de cómics para diversas revistas de *Ediciones Récord* (Argentina), *Eura Editoriale* (Italia) y *Ediciones La Cúpula* (España). Parte de este material fue publicado también en Francia, Holanda y USA. A partir de entonces, ha colaborado como redactor en diferentes medios gráficos y digitales, españoles e hispanoamericanos. Además de participar en varias antologías, ha publicado los libros de relatos «Crónicas de Genteovejuna» (2015) y «Terrafutura» (2016) y las novelas «Una noche de veinte mil años» (2015, ciencia ficción) y «Bodas de plomo» (2018, novela negra).

HORARIO DE VISITAS

Iván Guevara

Hoy nos visitó Dulce. Nos alegramos mucho. Hacía más de dos semanas que no venía. De eso, justamente, estábamos hablando con Amalia esta tarde.

—Hoy vendrá, verás que vendrá —me decía ella mientras yo intentaba no volver a confundirme. Ya había tenido que deshacer tres hileras porque me había olvidado de retorcer el punto derecho. Últimamente me olvido de todo, no sé por qué me complico tanto en retorcer el punto. Si no fuera por lo que dicen, que este invierno será el más crudo en veinte años... Está quedando hermoso, el jersey, pero mi vista ya no es la que era.

—Ya verás que vendrá —volvió a decir Amalia. Me miraba sin moverse. Hace casi un año que los temblores en sus manos le impiden tejer.

—Si no es hoy, será mañana —de dije para tranquilizarla—. Dulce siempre se acuerda de nosotras. Seguramente estará muy ocupada, pero en cuanto tenga un tiempo libre...

Eran las cuatro y pico de la tarde y soplaba una brisa agradable. Hay que aprovechar estos últimos días, antes de que empiece el frío. Después ya no podremos salir al jardín.

—Vendrá hoy, lo presiento...

Como si la hubiese escuchado, Dulce apareció por la puerta de atrás y vino a saludarnos.

—¡Horario de visitas! —dijo con una sonrisa en los labios. Dulce siempre sonríe.

—¡Hija, qué milagro!

—¡Te lo dije! —se alegró Amalia. Intentó incorporarse de su silla, pero no pudo.

Dejé mi labor y me acerqué a darle la bienvenida. Dulce nos abrazó a ambas.

—Amalia pensaba que te habías olvidado de nosotras...

—No digas eso, Luisa, va a creer que se lo estamos reprochando.

—Es verdad —dijo Dulce—. Últimamente he tenido mucho trabajo, ¿cómo, si no, iba a querer privarme de vuestra compañía, con lo que quiero yo a mis chicas?

Reímos por lo de «chicas».

—Prometo compensaros a partir de ahora. Este mes me tendréis por aquí, como mínimo, dos o tres veces por semana. ¿Cómo sigue tu pierna?

—Ya lo ves, hija —dijo Amalia—, hoy estoy un poco mejor, pero va por días...

—No será para tanto, entonces. Verás cómo mejorarás con un poco de reposo.

Tal vez no fuese verdad, pero estoy segura de que hoy le molestará menos el reuma. Dulce se lleva todos los dolores con su sola presencia. Tiene ese don.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó, señalando mi tejido.

—Es un jersey para mi nieta. Espero poder terminarlo antes de que comiencen los primeros fríos, aunque no sé para qué me molesto, si ella nunca se acuerda de su abuela...

—Seguro que sí, sólo que a veces es complicado compaginar la vida diaria con los horarios de visita.

—Ya, hija, ya, pero no cuesta nada levantar el teléfono. ¡Hace meses que no sé nada de ella! Mira cómo tú sí encuentras tiempo para todo. Debería regalarte a ti el jersey.

—Tengo suficiente ropa de abrigo, te lo agradezco. Seguramente a ella le hará más ilusión... Y, hablando de regalos, ¿sabéis lo que tengo para vosotras?

La última frase la pronunció en voz baja y nos hizo un gesto para que nos acercáramos. Abrió su mochila y sacó un puñado de bombones.

—¡Son de licor! —exclamó Amalia.

—Que no los vean las enfermeras —recomendó con un guiño cómplice. Dulce suele traer alguna cosa para nosotras. Flores, bombones, galletas, ovillos de lana... A Ramón le trae siempre uno o dos paquetes de cigarrillos negros, que luego él se esconde en el cobertizo para fumar.

Hoy estuvo casi media hora conversando con nosotras. Nos preguntó por nuestros nietos, nuestros achaques y por Josefa. Le dijimos que la pobre ya casi no sale de su habitación. Está muy mal, Josefa. Se inventa palabras y cada día cuesta más comprender lo que dice. Dulce se preocupó por ella, dijo que luego iría a visitarla. Se preocupa por todos nosotros, Dulce. A veces, cuando le cuento mis desdichas, me descubro consolándola yo a ella. Parece sufrir en carne propia todos nuestros padecimientos. Es una chica muy sensible, por eso prefiero hablarle de cosas alegres, para no apenarla.

Yo creo que, hace mucho, debe haber perdido a alguien muy querido en este hogar y viene aquí a recordarlo. Lo digo porque nadie sabe, a ciencia cierta, en qué momento comenzaron sus visitas. Dulce no es pariente de ninguno de nosotros ni forma parte del personal. Ramón, que lleva más tiempo que nadie viviendo aquí, dice que cuando sus hijos lo trajeron ella ya era conocida por todos los viejos. Una vez le pregunté por ella a Marta, la única enfermera con la que se puede hablar, pero ella hizo como si no entendiera lo que le decía.

A eso de las cinco, Dulce entró al hogar y nosotras la seguimos —se había levantado viento y el cielo estaba nublado—. En el comedor, bajaron el volumen del televisor cuando la vieron aparecer. Les dio sus regalos a todos y pasó un buen rato charlando con Elvira, con Carmen, con Dominga y con Eugenia. José María nunca habla con nadie, pero cuando ella viene, la escucha con atención. Y no es por la botellita de jerez que suele obsequiarle, qué va, Dulce tiene la cualidad de deslumbrarnos con su conversación, aún sin pronunciar palabra.

Acerqué mi silla al corrillo que se había montado a su alrededor y, para no estorbar a quienes todavía no habían hablado con ella, continué con mi tejido. Llámelo magia, sugestión o como quieran, pero créanme que mi vista siempre mejora en su presencia.

—¿Me llevarás a tu casa alguna vez? —preguntó Rosa.

—Alguna vez—. Dulce siempre sonreía—. Hoy no. Debería preparar una habitación para que te quedes... ¡Tengo la casa hecha un desastre! Espero que sepas disculparme.

Todos rieron y ella acarició la mejilla de Rosa.

No sé si pasaron horas o minutos —el tiempo se detiene en su compañía—. En cierto momento, María habló de sus cataratas y Dulce se ofreció para leerle las últimas cuarenta páginas del libro de Danielle Steel que había dejado inconcluso. Todos escuchamos embelesados el final de aquel relato y, aún sin conocer el principio —que adivino vulgar—, no pude reprimir las lágrimas (disculpen el cliché). La voz de Dulce emociona por sí misma y, si nos detenemos a pensarlo, todo principio es vulgar hasta que conocemos el final. Y viceversa.

¡Como sea! Nos llamaron a cenar y Dulce aún se las arregló para jugar con Ramón la segunda mitad de una partida de ajedrez que había quedado inconclusa tres martes atrás. Tiempo atrás, Ramón fue un gran estratega, pero ahora necesitaba que le otorgasen esa ventaja para la meditación que reclaman los años...

No sé cómo terminó la partida, pero cuando terminó, Dulce pidió que la llevásemos a la habitación de Josefa.

—Se está haciendo tarde —dijo—. Va a acabar el horario de visitas y no quiero irme sin hablar con ella...

Ahora viene toda una hilera de punto revés. Este es fácil, no hay que retorcerlo, solo tengo que acordarme de hacer una lazada al final.

En rigor de verdad, a Dulce no le importa demasiado el horario de visitas. Ella puede quedarse con nosotros todo el tiempo que quiera, nadie se lo impide.

Josefa miraba (¿mira?) hacia la nada desde hace meses. Al ver a Dulce, sin embargo, enfocó sus ojos en ella, —revés, revés, revés, lazada—, como recuperando la conciencia de sí misma.

—Me dijeron que no se siente bien, mi pequeña —dijo Dulce al entrar. Quiso ir a abrir la ventana para airear el ambiente, pero no pudo, porque Josefa se levantó de esa cama en la que había estado postrada durante no sé cuánto tiempo y...

—¡Mamá! ¡Viniste! —dijo. Nadie se atrevió a contradecirla.

Por respeto, cerramos la puerta.

Derecho, retorcer. Derecho, retorcer. Derecho...

Hoy había sopa, pollo, puré y gelatina de naranja. Muy rico todo.

Con Amalia nos quedamos hasta el final, porque primero retiran a los que están en silla de ruedas (¿será que dan más trabajo?). José María nunca habla, pero se ríe. A veces me pone nerviosa. No lo quiero mirar. Desenvuelvo mi tejido y vuelvo a...

Retorcer, retorcer. Punto derecho, retorcer...

Se abre la puerta y sale Dulce abrazada a Josefa.

—Me la llevo a casa —dice.

—¿Puedo ir yo también? —pregunta Amalia. Amalia y Rosa siempre preguntan lo mismo.

—Todavía no —les responde Dulce—. No tengo lugar en casa, pero pronto, pronto...

Y se van.

Sé que está mal lo que voy a decir, pero siento envidia de Josefa. Hace más de un año que Dulce me viene prometiendo que me llevara con ella. ¿Por qué a Josefa sí y a mí no?

Intento no pensar en ello. Dulce es demasiado buena, sería incapaz de mentirnos. Si dijo que algún día todos podremos irnos con ella, es porque algún día todos podremos irnos con ella. Solo hay que tener paciencia, saber esperar nuestro turno. Ella jamás se olvidaría de nosotros.

—Adiós.

—Adiós.

—Adiós —contesto.

Y es el final de la hilera. Ya no hay que retorcer el punto.

Revés, revés, revés. Esta es la parte más fácil...

Antes de que llegue el invierno estará terminado.

Revés, revés, revés...

Expiación

Alicia del Rosario

Alicia del Rosario

Alicia García nació en Oviedo en 1982. Es Técnico Superior en Diseño y Producción Editorial, aunque actualmente no desarrolla esta actividad de manera profesional. Gran aficionada al mundo de las letras, participa activamente en certámenes literarios. En el último año ha resultado ganadora en el I Certamen Literario de Ediciones Negras con el relato *Renacimiento*, publicado en la antología *Susurros*. Con *Descubrimiento* fue finalista en el 11º Concurso de Microrrelatos de Terror del Festival de Cine Molis de Rei y el relato *Acuarela* ha sido seleccionado en el III Certamen de relatos de Ultramar para formar parte de una antología que ha sido publicada recientemente.

Escribe y es consumidora de literatura negra y de ciencia ficción, principalmente. Vive en Asturias, está casada y es madre de dos hijos.

EXPIACIÓN

Alicia del Rosario

Aunque había pasado mucho tiempo desde que había abandonado la aldea, en cuanto el frío suspiro del ábrego se coló por la ventanilla abierta y le aguijoneó el rostro, sintió como si nunca se hubiese marchado. El traqueteo del taxi, un elegante Lancia Ardea de 1940, que con una cadencia extrañamente constante teniendo en cuenta el firme irregular del camino, había contribuido a adormecerlo durante gran parte del trayecto, parecía haberse animado a medida que se iban acercando a San Antonio. Ángel, sentado cómodamente en el asiento trasero, bajó la ventanilla y sacó la cabeza con el rostro vuelto hacia la panza gris del cielo otoñal, cerrando los ojos y dejando que los viejos aromas del ocaso lo reconciasen con los fantasmas que, encastrados en el tiempo, habían reclamado su vuelta.

El taxista tomó con precaución la última curva cerrada del camino, al borde de la cual arrancaba el montículo sobre el que estaba construida la casona, y Ángel abrió los ojos a tiempo para ver cómo las hojas del viejo castaño de tronco regio y ramas gruesas como patas de elefante que daba la bienvenida a *Villa Bonita*, salpicaban de oro el crepúsculo caracoleando en los breves remolinos de viento antes de rendirse, sumisas, sobre la tierra.

Ángel se bajó del taxi y la incipiente luz de la luna se refugió al instante en el brillante charol de sus zapatos. Pagó al conductor, recogió la pequeña maleta que llevaba como único equipaje y, con un gesto que con los años se había convertido en automático, se recolocó el sombrero con la mano izquierda, enfundada como siempre en un guante negro de piel de cabritilla, de modo que la sombra del *Fedora* le cubrió la parte derecha del rostro casi por completo. El taxi arrancó y el ruido del motor se fue perdiendo en el horizonte hasta dejar a Ángel solo delante de su pasado. Después de diez años de ausencia, el último brote de la familia Perera del Valle, la que fuera dueña de San Antonio y de prácticamente todos los terrenos colindantes, regresaba a

Villa Bonita.

Desde lo alto de la colina, la casona proyectaba su fantasmal espectro sobre San Antonio. Con tranquilidad, pero más despacio de lo que había previsto, inició el ascenso de la loma que alzaba la casona del resto de viviendas del pueblo. Caminó cuesta arriba hasta alcanzar la reja oxidada y rodeó los barrotes herrumbrosos con ambas manos, pero sin solar la maleta. Las siluetas de los muertos parecían recortarse tras las ventanas sin cristales de la casa, pero Ángel no podía permitir que en el momento final le asaltasen los pensamientos románticos acerca de *Villa Bonita* que jamás había tenido, así que acarició el asa de la maleta con el pulgar para recordarse su objetivo, sintiendo el duro marfil debajo del cuero del guante. Un cuervo graznó desde algún lugar cercano.

Entre el juego de claroscuros de la luna llena y medio oculta por la maleza salvaje del jardín, se dejaba descubrir la carcasa del que había sido su hogar. A pesar de los años de abandono, la casa aún conservaba el porte y la majestuosidad de antaño: dos niveles, muros de piedra caliza, cubierta de pizarra a cuatro aguas y corredor bajo con balaustrada de madera tallada por las manos, entonces inexpertas, del propio Ángel. El cerramiento de ese espacio con hermosos vidrios coloreados importados de Francia, convirtiéndolo una galería iridiscente que bañaba de color tanto el interior como la parte alta del jardín, había sido el orgullo de su madre. La pobre doña Águeda había entretenido sus días entre telas, azulejos y pinturas, intentando rodearse de belleza y maquillar la oscuridad que habitaba en *Villa Bonita*. Por suerte para ella, no llegó ver sus vidrieras hechas añicos, el gres inglés del patio interior resquebrajado, los muebles de caoba desmembrados alimentando cocinas de carbón en San Antonio o la cabeza de su adorado esposo clavada en la verja de la entrada.

Ángel metió la mano en el bolsillo del pantalón de su elegante traje de *tweed* y la apretó con fuerza sobre la caja del reloj que había llevado oculto todos aquellos años. Sintiendo el relieve delicado de las filigranas a través del cuero del guante, empujó la reja, que se quejó con un chirrido breve y agudo, y entró en la propiedad. La casa lo recibió con el calor con que se abraza a un viejo amigo.

Caminó sin prisa por las estancias vacías en las que los ratones y otras alimañas habían encontrado hogar, hasta llegar al que fue su cuarto. En las paredes, desconchadas y mohosas, aun podían verse restos de papel pintado. Bajo unas telas roídas, descubrió con nostalgia los florones granates de la tapicería de su antigua butaca: al parecer, había sobrevivido al desvalijamiento de la casona. Retiró las telas y se dejó caer en el asiento, desatando una nube de polvo blanquecino y un olor pútrido a humedad y heces animales. Ignorando la peste que dominaba el aire, abrió el reloj de leontina, caliente y sudado de haber estado atrapado en su puño, y la mirada gris de una mujer lo saludó en blanco y negro desde un tiempo lejano.

Nora. La mujer que le salvó la vida. El único amor que conoció y la única muerte de la que se sentía responsable.

*

Se conocieron en la cocina de *Villa Bonita*. Nora atendía las vacas de algunos habitantes de San Antonio, entre ellos las de don Eliseo Perera del Valle. Primero lo había hecho su madre, y al fallecer ésta, era Nora quien todas las mañanas, bien temprano, acudía a ordeñar la leche fresca que los señores tomarían en el desayuno. Una vez por semana, también hacía quesos, cuajada y manteca para llenar las fresqueras de la casona. Normalmente, solo se cruzaba con Obdulia, el ama de llaves, que era quien le abría la puerta de servicio para que ella dejase los productos en la despensa aladaña a la cocina, pero Obdulia llevaba varios días algo enferma. Tenía un mal en el estómago que no la dejaba dormir la obligaba a visitar la letrina con frecuencia día y noche. Como Nora llegaba tempranísimo y la chica era de fiar, quedaron en que dejaría la puerta sin llave para que Nora entrase a dejar sus cosas sin que ella tuviese que bajar a abrirle y poder aprovechar así unos minutos más acostada. Nadie tenía por qué enterarse y Obdulia enfrentaría el día con algo más de fuerza en sus agotadas carnes. No contaba con que el señorito estaba contagiado del mismo mal en las tripas y aquella mañana, saliendo de la despensa con cuatro queseras debajo del brazo, se topó de frente con un Ángel aún imberbe que buscaba con desesperación algo que le aliviase el dolor de barriga.

Nora le preparó un té con canela y miel que le devolvió el color a las mejillas del chico. Ángel, agradecido y venciendo su timidez, la invitó a sentarse con él para compartir la infusión y a Nora le bastaron pocas palabras para descubrir la triste y solitaria existencia de lujos de Ángel. Ella, a escondidas, lo llevó a conocerla realidad, la que no estaba adornada con el exótico acento de sus tutores extranjeros. Así, a los trece años largos, descubrió las vibrantes melodías que escondía la vida fuera de las paredes de *Villa Bonita* y vio nacer su vocación entre las rizadas virutas que caían de las manos callosas del padre de Nora y se amontonaban a los pies de ambos cuando éste lo enseñaba, con toda la paciencia del mundo, a cortar, tallar y pulir la madera. También descubrió un amor tan puro e inocente que, a pesar de haber recorrido el mundo de punta a punta, jamás volvió a encontrar en ningún lugar.

Cinco años después de aquel primer encuentro, Ángel huyó de la casona. Don Eliseo no aceptaba que su hijo quisiera ser ebanista: solo un loco o un necio creería que podría tan siquiera considerar por un segundo semejante estupidez. ¿Un Perera del Valle carpintero? ¡Y casarse con una lechera! Hacía tiempo que don Eliseo no necesitaba motivos para convencerse de que su único hijo legítimo no era más que un memo soñador que jamás podría hacerse cargo del vasto legado familiar. Ese niño había sido un error desde el mismo momento de su concepción. No entendía cómo había conseguido sobrevivir en el vientre de Águeda sin matarla. Debería haber muerto al nacer y ahora él estaba pagando por no haber hecho lo que debía en su momento.

Lo que más quemaba por dentro a don Eliseo, era reconocer que la culpa era solo suya. Se había encaprichado de aquella mujer como un maldito principiante. Águeda era realmente hermosa, pero no más que cualquier otra joven en la plenitud de los veinte años. Quizás fue la aparente indiferencia que ella mostraba en su presencia, el desdén de su trato, lo que hizo que se obstinase como un adolescente. Ella, tan burguesa y tan por encima de todos y él, que jamás dejaba pasar un reto... Eliseo se había dejado llevar por una pasión absurda que, lógicamente, se apagó en cuanto la poseyó un puñado de veces. Para entonces, ya tenía el anillo en el dedo y se había atado a una joven que no le aportaba nada más que dolores de cabeza. Cuando recibió la noticia

del embarazo de su mujer, lo hizo con verdadera alegría, pues la gestación jamás se llevaría a término en una mujer como Águeda sin llevársela por delante: en solo unos meses sería un viudo libre de su metedura de pata. Pero no, aquel engendro se había aferrado a la vida y él, en vez de matarlo entonces como debería haber hecho, lo había dejado vivir más que nada por desviar hacia el niño la atención de Águeda y no tener que aguantarla. Aunque ahora el daño ya estaba hecho, ese mentecato de Ángel era un lastre que duraría poco.

Tirando de algunos de esos hilos sin conciencia que solo reconocen el olor del dinero, había resuelto quitarse de en medio al chico ingresándolo en un sanatorio mental. Después, reconocería a alguno de los muchos bastardos que mantenía inteligentemente a su alrededor, aquellos que, irónicamente, sí eran vástagos reales suyos, y lo nombraría heredero legítimo. Así, seguiría el ciclo de sucesión en la familia y él mismo volvería a San Antonio cuando hubiesen pasado los años suficientes, como siempre había sido. Doña Águeda, no tuvo fuerzas para enfrentarse a su marido ni siquiera en semejante situación. Ella hacía años que se consumía en un inmenso pozo negro disfrazado con los brillos de dorados de la opulencia, y poco después de que Ángel abandonara *Villa Bonita*, falleció sola y en el más absoluto silencio, tal como había vivido desde que, tras contraer matrimonio con el hombre del que estaba desesperadamente enamorada, descubriera que la hermosa fachada que mostraba Eliseo en público no era más que la máscara de un tirano.

—Claro que te puedes quedar —le había dicho Nora, resuelta, cuando Ángel se plantó en su puerta en mitad de la noche pidiendo un techo, una manta o un milagro que hiciera a su padre entrar en razón—. Ya sabes lo golosas que son las historias de mozas solteras y, desde que murió mi padre, ya soy la comidilla de la plaza. Ahora, por lo menos, les daremos motivos para que hablen —rió.

Una mañana, meses atrás, Nora había encontrado a su padre recostado contra las puertas de la carpintería sobre un montón de serrín. El hombre tenía en el rostro una expresión de paz que contrastaba con el terrible destrozo que habían hecho con su cuerpo. No era el primero que aparecía en semejantes circunstancias.

Después de un examen visual rápido y bastante cuestionable, el practicante

de San Antonio llegó a la conclusión —como en las otras ocasiones—, de que había sido atacado por un animal salvaje, tal vez un lobo o un oso, y Nora, entre la sorpresa macabra del hallazgo y el duelo por la pérdida de su padre, no se percató de que, ni en todo el perímetro alrededor de la casa ni en el cadáver del hombre, había ni una sola gota de sangre.

—No tengo nada que ofrecerte, Nora —se excusó Ángel con desesperación—. Me he marchado con lo puesto.

—Eso no es problema. Tienes manos de artista y yo un taller de carpintería cerrado —y firmaron el trueque con sus cuerpos al calor de un polvoriento colchón de paja.

*

Ángel se hundió en la butaca, ahogándose en el tufo de los años. Cerrando los ojos, se dejó llevar por el recuerdo de Nora. Por ella había vuelto, por ella había hecho todo lo que había hecho. Paladeó nuevamente el sabor de su piel, perfumada con el aroma de la leche tibia y se durmió en ese dulzor salado del amor que lo invadía cuando ella, saciada de besos y suspiros, reposaba la cabeza en el hueco de su cuello y su cabello se le derramaba entre los dedos en espesas ondas castañas.

Las luces de la puesta de sol se deslizaron como hilos de fuego entre las grietas de las contraventanas cerradas tejiendo una red ámbar sobre las sucias tablas de madera del suelo. Ángel se incorporó del asiento con el cuerpo dolorido y el hedor del abandono adherido a la tela del traje. Se estiró como un gato, lenta y perezosamente, recreándose en el recuerdo de sus sueños. Había dormido el día entero y, a pesar de la incomodidad de la butaca, había descansado bien: era la primera vez en años que no lo atormentaban las pesadillas. Había llegado el momento de terminar el trabajo.

La casa parecía crujir por cada una de sus esquinas, invocando los espíritus de aquellos que alguna vez la habían habitado. Ignorando las súplicas de *Villa Bonita*, Ángel inició el descenso de la escalera principal con el eco de sus zapatos rebotando en los desconchones de las paredes peladas. Con la mano enguantada, arrastraba el polvo que los años habían ido pegando a la barandilla de hierro forjado mientras una pátina luminosa se derramaba por la

superficie carcomida de la madera al contacto de la caricia de la palma de cuero de Ángel. Cada paso revestía la casa con el reflejo de la vida que albergó en su día. Al llegar al último escalón, sintió cómo su pecho se abría y, atravesando una membrana invisible, fue transportado a la ilusión vívida de otro tiempo.

Está tumbado boca arriba sobre un montón de hojas podridas y húmedas, en el bosque. El frío es intenso, la noche ha caído hace varias horas y la vacilante claridad de la luna se cuele silenciosa entre los robles y atraviesa la fina piel de sus párpados cerrados. Quiere levantarse, pero no puede. Intenta abrir los ojos y tampoco es capaz. Oye algunos susurros entrecortados que se mezclan con el rumor del viento haciendo que, por momentos, sean casi un clamor en el silencio. El miedo hace posesión de su cuerpo antes incluso de que se dé cuenta de que lo tiene.

Trabajosamente, consigue despegar los ojos y tras parpadear con rapidez unas cuantas veces, logra fijar la visión. Reconoce el claro donde se encuentra: es el mismo lugar donde, antes de perder el sentido, estaba cortando madera para fabricar los reclinatorios que le ha encargado el padre Olegario. Ángel siente el gélido abrazo de octubre atravesándole el pellejo, rompiendo las fibras de sus músculos hasta convertirlos en diminutos cristales de hielo. Es entonces cuando se da cuenta de que está desnudo y cada respiración es como un puñado de alfileres clavándose en sus pulmones. El silbido del aire levantando las hojas muertas es acompañado de repente por un fugaz crujido que se pierde entre los troncos de los robles.

Pasos rápidos entre la maleza. Ángel vuelve de golpe la cabeza hacia el lugar donde ha creído oír el ruido y un cañón se dispara dentro de su cráneo y le revienta el cerebro, contrayendo su rostro en una grotesca mueca de dolor que se incrementa al ritmo que crece el calor que empieza a notar en la mano izquierda. Abrasador, sube en llamaradas por su brazo, deteniéndose en cada nervio, ardiendo en cada poro, y al llegar al cuello pulveriza las partículas de piel arrasando la epidermis, fragmentando su carne e impulsando un aullido de dolor que le destroza la garganta y obliga a una bandada de alcatraces a

levantar el vuelo y perderse en el cielo nocturno. Con un movimiento tan rápido que no puede ser humano, levanta la mano izquierda hasta dejarla delante de sus ojos y comprueba con horror que las todas las falanges excepto el pulgar, han desaparecido. De los extremos cercenados nace la savia oscura que lo está destrozando por dentro, derramándose y penetrando en las venas negras que palpitan bajo su piel traslúcida. Éstas absorben ansiosas el veneno y lo extienden por todo su cuerpo, inflamándolo de muerte. Ángel convulsiona. Una, dos, mil veces. Pierde la cuenta y la consciencia. En los breves instantes de tregua entre sacudida y sacudida, es capaz de advertir entre las sombras, unos ojos amarillos que lo observan a través de un velo de niebla y le provocan el terror más profundo que jamás creyó sentir. Luego, el silencio.

Tras unos minutos de paz, como si alguien tirase de unos hilos invisibles cosidos a su pecho, se incorpora de golpe hasta quedar plantado de pie en el claro. Sus brazos cuelgan inermes, balanceándose a ambos lados de su torso. Los jadeos sin aliento que se escapan de sus labios apenas perturban la tranquilidad que reina en el bosque. Ya no siente dolor ni frío a pesar de su desnudez. Acaba de morir.

Sin mover apenas la cabeza, mira con serenidad a su alrededor buscando sus dedos amputados. No están allí, se los han llevado. Pero él sabe quién ha sido y dónde encontrarlo. En su barrido de búsqueda, ha descubierto su hacha ensangrentada entre las ramas cortadas. La gruesa hoja de acero ha comenzado a derretirse bajo el contacto de la sangre pastosa y negra de Ángel.

*

Nora está preocupada. Ángel ha salido de casa al amanecer, es noche cerrada y aún no ha vuelto. No es propio de él. Se envuelve los hombros y el pecho con una toquilla de lana y sale de casa encaminando sus pasos hasta el acceso de tierra prensada por el que Ángel se adentra en el bosque cada vez que necesita madera para trabajar. El padre Olegario ha sido muy generoso al ofrecerles a ellos el trabajo de los reclinitorios de la Colegiata de San Antonio: con las numerosas huelgas, el taller ha estado más tiempo cerrado que abierto y el dinero empieza a escasear, pero es peligroso tener tratos con la Iglesia.

La tensión ya era palpable en San Antonio desde que tras el intento de golpe de estado del General Sanjurjo y de los incidentes de Casas Viejas, donde campesinos anarquistas habían muerto a manos de la Guardia de Asalto, se hubieran convocado las elecciones que habían dado el triunfo al Centro— Derecha, acabando así con las reformas sociales del gobierno anterior. En todo el país, las revueltas anarquistas han sido la respuesta a esta victoria y San Antonio, núcleo obrero, minero, y de firmes ideas de izquierdas, no es una excepción. Aunque Ángel se ha mostrado muy agradecido con el padre Olegario, Nora no confía tanto en ese encargo. Los insurrectos no se esconden, la dinamita explota en cada esquina y las noticias de cuarteles y ayuntamientos tomados por los revolucionarios llegan a diario a San Antonio. Nora sabe que el simple hecho de llevarse bien con el cura los puede poner en el punto de mira y hace horas que no se quita de la cabeza la idea de a su Ángel le ha tenido que pasar algo malo.

Marcha con cuidado entre la vegetación hasta que pierde de vista el camino mientras las sombras huidizas le lamen los zapatos. Nora se alumbra con la vieja lámpara de aceite, una *Mueseler Casajuana* de 1900, que usaba su abuelo en la mina. Hace días que la han tenido que rescatar del cuarto de los trastos ya que la noche ha vuelto a ser tiniebla pura desde que el tendido eléctrico de San Antonio hubiera sufrido el sabotaje de los alzados contra el gobierno de Lerroux. Funciona, pero alumbra poco. Algo es algo. A Nora, las ramas de los jóvenes abedules que preceden a los robles cuya madera necesita Ángel, se le antojan dedos sarmentosos que se ciernen sobre su cabeza y tironean de su pelo haciendo que tropiece y avance despacio, arañándose las piernas contra los troncos. El silbido del ábrego la sorprende por la espalda, deshaciéndole el moño y erizándole la piel detrás de las orejas. Nota un aguijonazo en la base de la nuca y se vuelve, alarmada, pero su respiración agitada cubre de un vaho mortecino su campo de visión, impidiéndole ver más allá de sus narices. Cuando la breve niebla se disipa y espera encontrarse de frente con la inocente rama blanca y pelada de un abedul, descubre unos ojos amarillos observándola y un destello blanco, metálico y letal, que la ciega por completo durante un instante.

Un dolor lacerante en el abdomen dobla a Nora por la mitad. Da un par de

pasos inseguros sin dirección, pero tiembla y resbala. Cae de rodillas, los pequeños guijarros que pueblan la hierba baja se hunden en su carne y el frescor del musgo conquista sus piernas a través de la tela de la falda. Con la palma de una mano apoyada en el suelo, siente la vibración del bosque, que se sacude en golpes secos provocando una triste lluvia de hojas muertas. Nora nota una humedad serena derramándose entre sus muslos y mete la mano libre por debajo de la falda hasta notar un líquido viscoso en la punta temblorosa de los dedos. El brillo de la sangre rompe su mirada en el mismo instante en que un aullido sobrenatural quiebra la noche, provocando la huida de una bandada de alcatraces. El frío, que segundos antes le arrebolaba candorosamente las mejillas, invade el cuerpo de Nora y se lleva todo su color. Nota un aliento gélido a sus espaldas, jadeando. El olor pútrido de la respiración llega en vaharadas intermitentes hasta su nariz. Nora permanece rígida, mirando al frente. Los dedos de la mano que aún mantiene apoyada en el suelo, se hunden en la tierra y se crispan allí, ignorando las uñas que se desprenden de la carne al arañar las piedras que encuentran a su paso. La llama de la *Mueseler* agoniza abandonada entre la hierba, tiñendo de rojo las tinieblas.

Después de un lapso de tiempo indefinido inmóvil y desoyendo los susurros quedos de la noche, Nora se pone en pie cuando el silencio reina de nuevo en el aire que la envuelve. Entonces, girando sobre sus talones, desanda a oscuras el camino hasta San Antonio. Abandonando la espesura del bosque, con el rostro arrasado en lágrimas y las piernas enredadas en los finos hilos de la sangre del hijo que ya no nacerá, enfila la ancha cuesta empedrada que lleva a *Villa Bonita*.

*

—Te hubieras desangrado, maldito desagradecido —dice don Eliseo ajustándose los gemelos y mirando con desprecio a su hijo—. Aunque no lo creas, existe un código de sangre: no puedo dejar que mis hijos mueran si puedo evitarlo. Es extraño, podría haberte matado yo mismo, pero no dejarte morir...

Don Eliseo mete las manos en los bolsillos del pantalón y se vuelve hacia la gran galería, dándole la espalda a Ángel. Durante unos instantes, se queda

perdido en sus pensamientos, dudando sobre las normas que han regido su existencia durante los últimos cinco siglos y que jamás, hasta ahora, se había cuestionado. Ese maldito chico era mucho más que una piedra en el zapato. Por culpa de Ángel había tenido que replantearse todos los planes que tenía para los próximos ciento cincuenta años y ahora, obligado a seguir las normas, estúpidas y anticuadas, cargaría con él durante toda la eternidad. Solo podía confiar en que la transformación se hubiese producido también dentro de su cabeza, pero conociendo a Ángel, era bastante improbable. Hasta muerto sería un incordio.

Ángel permanece callado en medio de la sala. Mira fijamente a su padre mientras la sangre envenenada borbotea frenética en sus venas. Nota que la tensión de la piel sobre esos caños rebosantes de ponzoña es extrema, y es consciente de que los capilares, negros como raíces laberínticas, son visibles bajo la fina capa de epidermis.

—Estaría mejor muerto —replica—. Soy un monstruo.

—¿Así es como lo ves? —trueno la voz de Eliseo, acercándose de una zancada a Ángel hasta situarse a apenas dos milímetros de su rostro—. ¿Qué dirán entonces tus hermanos? Ellos son simples *ghouls*.

—¿*Ghouls*?

—Sí, *ghouls*. Humanos dotados de ciertas capacidades. Nacidos de mujeres que recibieron mi aporte con el fin de formar mi ejército y después fueron reducidas a cenizas —explica sin ningún atisbo de remordimiento—. Me protegen y son inmortales, sí, pero carroñeros al fin y al cabo. Parásitos. En cambio, y no te negaré que a mi pesar, tú eres como yo: has bebido directamente de mí. ¡Somos prácticamente dioses! Ese aspecto durará poco —observa, caminando alrededor de Ángel y mirándolo de arriba abajo—. Las venas pronto desaparecerán y tu piel quedará limpia. Eso sí, de los dedos te puedes olvidar: tus hermanos, los que me avisaron de tu accidente, se los han comido. Merecían una recompensa, ¿no crees?

El pensamiento de Ángel viaja automáticamente hasta la extraña muerte del padre de Nora. A las autoridades y al médico de San Antonio disfrazando los asesinatos de don Eliseo con ataques de animales salvajes. Ojalá pudiera sentir al menos ganas de vomitar.

—Nora... —las lágrimas afloran en los ojos Ángel y desaguan en silencio por sus mejillas, sucias de barro y angustia—. No puede verme así. Vamos a tener un hijo...

—Ya no. Tu existencia mortal y todo lo que en ella había, incluida tu simiente, han muerto en el mismo instante que tú mismo —aclara don Eliseo—. Podrás engendrar de nuevo, pero sólo criaturas para formar propio clan protector. No me preguntes cómo has conseguido sobrevivir tú, porque todavía no lo comprendo ni creo que pueda hacerlo. Por cierto —dice dándose la vuelta y caminando hacia la puerta—, en cinco siglos es la primera vez que por un capricho pasajero provooco un desastre como este. Olvídate de la lechera o cómetela, pero no cometas el mismo error que yo con la majadera de tu madre.

El cielo rompe en llanto. Gruesas lentejuelas plateadas golpean con furia el suelo reseco de San Antonio, levantando finas partículas de polvo que martillean los tobillos de Nora. Sus zapatos se hunden en el barro fresco del jardín de *Villa Bonita* y, aunque el dolor en el vientre no ha desaparecido, camina con decisión hacia la entrada de la casona. Respira hondo al pie de las escaleras del porche para infundirse valor, sabe que no va a ser una tarea fácil. Está segura de que a Ángel le ha pasado algo horrible y Don Eliseo es su último recurso, pero necesita ayuda y está desesperada, así que rogará y suplicará lo que sea necesario.

Un relámpago rasga la densidad acuosa de las nubes e ilumina las vidrieras de la galería de la casona en un arcoíris de muerte. Nora se queda clavada tras el ventanal. Los alegres reflejos azules y rosados pintados en acuarela tras la cortina de agua que nubla su visión, unidos a la titilante luz desprendida por la magnífica lámpara de araña, se derraman sobre un bulto agazapado en medio del salón y lo iluminan lo suficiente como para que los ojos grises de Nora puedan reconocerlo. En la penumbra, el cuerpo desnudo de Ángel se cierne sobre algo que yace tumbado en la alfombra. Ángel, inmenso, horada con saña la carne del abdomen del cuerpo que tiene ante él. Rompiéndola con deleite, sorbe y escupe a la vez, vaciando a su presa de una sangre negra y borbotante que se desliza por la piel de alabastro de ambos y forma un charco viscoso en el elegante *kilim* de lana turco. Mientras, la vida

se resiste a abandonar a la víctima, cuya pierna derecha golpea arrítmicamente el suelo en sus últimos estertores.

Un grito de pánico se queda atascado en la garganta de Nora cuando el ser con el que ha compartido casa, cama y sueños durante los últimos once meses, sumerge profundamente su sonrisa de colmillos afilados en los despojos de don Eliseo y, con un movimiento seco, rasga la última trenza de músculos y tendones que mantienen la cabeza unida al cuerpo. La cabeza del cacique rueda hasta dedicarle a Nora una mirada vacía de ojos tan amarillos como los del engendro que acababa de descubrir su presencia tras los cristales.

La tempestad ruge sin tregua. Una fuerza extraña, surgida del más puro instinto de supervivencia, hace que las piernas de Nora se arranquen de las raíces de barro que la tenían petrificada. Corre entre los parterres, atravesando la glorieta central y dejando atrás la fuente de mosaicos árabes. Sabe que Ángel está cerca. No puede verlo, pero lo siente. Tiritando e ignorando el dolor que machaca todos sus miembros, mira a su alrededor con el pánico atenazando su respiración. Se aparta el cabello empapado de la cara y comprueba con espanto que ha corrido en dirección contraria a la verja de salida. Desde su posición, puede ver cómo ésta ha sido coronada por un abultamiento redondo que no puede ser otra cosa que la cabeza decapitada de don Eliseo.

Ángel parece haber crecido una decena de centímetros cuando su figura majestuosa se materializa a varios metros de Nora. La lluvia ha limpiado su cuerpo de cualquier resto de sangre y suciedad. Su torso, cabeza y hombros, reciben las gotas y las devuelven fragmentadas en polvo líquido contra las luces lánguidas de la tormenta. Con la mirada fija en la joven, se pasa la lengua por la comisura de sus labios y por el borde de los dientes. El magnetismo que desprende vibra dentro de Nora, recordándole al hombre que hasta hace unas horas ha sido su compañero, y un sollozo de desamparo le quiebra el pecho. Luego, todo se vuelve negro.

Ángel abrió la maleta que portaba como equipaje y sacó de ella una lata de gasolina. El levantamiento obrero en octubre de 1934 le había venido muy

bien para que la atrocidad cometida en *Villa Bonita* hubiese quedado impune. La casa fue expoliada y abandonada. Nadie pagó por el asesinato de don Eliseo Perera del Valle. Nadie sospechó de su hijo y a nadie le importó la desaparición de éste, puesto que lo dieron por huido o muerto, como su padre.

Desenroscó el tapón de la lata y fue arrojando el combustible por toda la casa. La gasolina salía a borbotones, impregnándolo todo con el intenso perfume químico. Dejó que la pequeña llama azulada de la cerilla iluminase brevemente los restos de oscuridad que se resistían a dejar paso al día. Llevaba una década vagando en busca de una redención que solo llegaría cuando ese fósforo tocase el suelo y acabase con todo aquello que nunca debió existir.

Enormes lenguas de fuego danzaban alrededor de *Villa Bonita*, devorándola. El pestilente humo negro ascendía hasta acariciar las rosadas luces del amanecer. Un grupo vecinos, atraídos por las llamas, se habían acercado hasta formar un corro de curiosos ante la reja de la propiedad. Presos de un extraño silencio y fascinados por la magia de la destrucción, dejaban que el fuego sedujese sus pupilas reflejando en ellas su brillo incandescente.

En la parte trasera del jardín, de pie sobre las losetas cuajadas de musgo, Ángel se deshizo una por una de las prendas cubrían ese cuerpo antinatural y odiado que había tenido que vestir cada noche desde aquella fatídica tarde en la que murió. Dobló la ropa, la colocó cuidadosamente en el hueco de una jardinera de piedra y puso sobre ella el sombrero *Fedora*, su única herramienta para confundirse con el resto de sombras de la noche. Por último, se deshizo del guante que escondía los muñones de su mano izquierda.

Se recordó a sí mismo en ese mismo lugar, diez años atrás, bajo la tormenta. Saboreó de nuevo la agonía de saberse el causante del pánico absoluto que había visto reflejado en el rostro amado de Nora. Ella se había desvanecido con su presencia infernal y Ángel había caído de rodillas junto a su cuerpo exánime. Le había provocado la muerte. Enloquecido, rugió al mudo espejo de la luna y, aun habiéndolo perdido todo, supo que no podía acompañar a Nora. Esa era una paz que todavía no merecía.

A lo largo de una década de tinieblas, había matado demasiado. Aunque

había sido por necesidad y no estaba orgulloso de ello, admitía haber disfrutado buscando y acabando con todos los *ghouls* que llevaban su misma sangre, borrando la ponzoña que don Eliseo Perera del Valle había sembrado a través de los siglos. Ahora, después de toda esa oscuridad, llegaría el reposo. Volvería a ver el sol, y lo haría yéndose como había llegado: desnudo, siendo él de nuevo y en el lugar exacto donde había perdido su humanidad y lo que más quería. Él era la última tarea pendiente, por fin había acabado.

El sol se abrió paso a dentelladas entre los jirones de niebla baja. Ángel cerró los párpados y, evocando los días en que tallaba caballos de madera para su futuro hijo con la risa cantarina de Nora a su espalda, se entregó con calma al frío albor de octubre. Los haces de luz atravesaron como sables el tierno marfil de la carne, rompiendo su cuerpo en un millón de partículas doradas que se quedaron colgando en el aire unos segundos antes de que el ábrego esparciese y elevase sus cenizas más allá del horizonte.

Entre los robles del sotobosque, con una vista privilegiada de la plazoleta donde se había desmayado diez años atrás, unos ojos grises envejecidos por el llanto fueron los únicos testigos de su expiación.

La pérdida

Mar Rojo

Mar Rojo

Autodefinirme, difícil tarea. Prefiero contar historias. Ser yo a través de otros, mirarlo todo con ojos sin estrenar. Meterme en los zapatos de mis personajes, aunque a veces me aprieten o me vayan grandes. Pretendo olvidarme de mí porque es cuando más presente me siento, cuando me atrevo a asomar la cabeza tímidamente. Me gusta mirar por el ojo de la cerradura, porque está prohibido y porque puedo. Admito que soy adicta al temblor revelador, a la lágrima que se escapa, a la media sonrisa que dice “punto final”. Y así hasta el siguiente relato, hasta la próxima cerradura...

Entre las diez finalistas del Concurso Diversidad Literaria “La primavera la sangre altera” con mi microcuento “Pasión estacional”.

Seleccionada con mi microrrelato “El pintor y la guerra” para la lectura pública en la Feria del Libro de Sevilla 2018, en el evento “Mujeres de letras tomar”.

Finalista del concurso de microrrelatos “Hasta el 40 de Mayo” organizado por la librería “La casa tomada” de Sevilla, con mi microrrelato “Posteridad impostora”.

LA PÉRDIDA

Mar Rojo

Parada ante la austera fachada de piedra, volvió a sentir la incómoda comezón en el estómago que siempre precedía a sus ataques de ansiedad. Se apretó el vientre suavemente con las palmas de las manos y respiró ruidosamente el aire frío del atardecer; se estremeció. Las temperaturas habían bajado diez grados en apenas unas horas. Cogió la copa de vino que había dejado sobre la mesa de mármol del porche y entró en la casa.

Había llegado por la mañana. Necesitaba un respiro; de sus cada vez más escasos amigos, de su trabajo, y sobre todo, del apartamento que aún conservaba el rastro indeleble del marido ausente.

Miguel se había muerto así, sin avisar. Cuando se fue, Elena se quedó tan vacía que no podía respirar. Se despertaba de noche con la sensación de que le faltaba el aire, y durante el día sufría constantes ataques de pánico que la sorprendían en cualquier parte. Era demasiado consciente de su ausencia. No tenía más familia; Miguel lo había sido todo para ella. Le parecía que el vacío que había dejado era tan grande que ella podría escurrirse por él y desaparecer, como si fuera un enorme agujero negro. Empezaron a acuciarla imágenes de muerte; se entretenía pensando en mil maneras de quitarse la vida. Agobiada por ese pozo tremebundo en el que se hundía sin oponer apenas resistencia, decidió que debía pasar un tiempo en algún sitio apartado, donde no conociera a nadie. Eligió aquella casona de piedra en plena Sierra de Moura, en Galicia, porque su perfil siniestro casaba bien con las sombras de su espíritu atormentado, y allí estaba ahora, preguntándose qué hacía tan lejos de casa.

Se sentó en el viejo sofá frente a la chimenea, envuelta en una pesada manta de pelo, y se dejó acunar por el crepitar de la leña y el dulce sopor del vino. Se durmió. La copa vacía se deslizó suavemente de su mano y cayó al

suelo, chocando contra la mullida alfombra con un quejido sordo. Abrió los ojos, sobresaltada. Había alguien más junto a ella; podía sentir su respiración agitada y su aliento rancio. Olía a decrepitud y a flores marchitas. Paralizada por el terror giró lentamente la cabeza hacia su derecha y entonces la vio. Era una anciana.

—¿Quién es usted? —acertó a preguntar con un hilito de voz. La vieja no contestó.

Tenía el cabello blanco y ralo pegado al cráneo. Estaba muy delgada, y llevaba un vestido negro de paño basto. Su rostro cadavérico resultaba aún más tétrico porque las llamas de la chimenea danzaban en su cara, dándole a sus facciones un aspecto terrible. Pero lo que heló la sangre en las venas de Elena fueron sus ojos: unos ojos hundidos y devastados por las cataratas, que la observaban espantados y sin pestañear. Los tenía muy abiertos, como si estuviera tan asustada como ella.

Elena vio sin poder moverse un centímetro, como una mano huesuda avanzaba hacia ella y apretaba su pecho. La boca desdentada de la vieja se movió apenas para decirle: “No lo hagas, no te vayas”. Ella miró directamente a los ojos enfermos de la anciana, e hipnotizada, vio su propio sufrimiento impreso en ellos. Golpeada por aquel súbito dolor, apretó los párpados y comenzó a llorar en silencio. Cuando terminó, la anciana ya no estaba.

Aquella noche tuvo un sueño espantoso en el que moría asfixiada. Despertó al alba bañada en sudor. Intentó mantenerse ocupada durante el todo día. Por la mañana se acercó al pueblo más cercano y compró víveres para una semana. Se entretuvo cocinando, siempre acompañada por los sonidos de la vieja radio para sacarse el miedo del cuerpo. Por la tarde subió al desván. Aquel lugar estaba helado. El cristal de la única ventana estaba roto, y se colaba el aire silbando tristemente. El techo era completamente de madera. De la viga principal colgaba una enorme soga algo desgastada. Elena se acercó a ella como impelida por una fuerza irresistible. La tomó mecánicamente entre sus manos y rodeó su fino cuello con ella. Había pensado muchas veces en esa forma de morir, pero le había parecido lenta y agónica. Sin embargo, ahora... Ahora pensó que tal vez fuera una buena idea. Morir allí, lejos de casa; morir con aquella enorme soga al cuello, en completo silencio. Un grito desgarrador

la sacó de su ensoñación. Incrédula, vio de nuevo a la anciana en un rincón, con aquellos ojos espantados y la boca muy abierta. “¡No lo hagas!”, gritó con una voz que fue como el maullido de un gato. Elena apartó entonces la soga de su cuello casi con repulsión y salió corriendo escaleras abajo.

¿Qué estaba pasando? Creía que su experiencia del día anterior había sido una pesadilla horrible, pero ya no estaba segura de nada. ¿Estaría enloqueciendo? Las noches siguientes soñó invariablemente con la soga alrededor de su cuello, apretando. Por las tardes, siempre a la misma hora, subía como una autómatas al desván, y se quedaba allí, mirando la soga. Algunas veces se acercaba y la acariciaba con mimo. Cada vez que se la ajustaba al cuello aparecía la anciana, y algo dentro de ella la hacía abandonar sus ideas de muerte.

Una mañana brumosa, casi al final de la primera semana de estancia en la casa, decidió darse un paseo por los alrededores para despejarse. Estaba pensando en consultar a un psicólogo cuando alguien le puso una mano en el brazo y la sobresaltó.

—Perdona. No quería asustarte. Me llamo Aurora —dijo la mujer amablemente con un fuerte acento gallego—. Vivo en la casa del tejado amarillo, aquella pequeñita que se ve desde aquí. Te he visto salir de la casona y he pensado en venir a saludarte.

—Oh, gracias. Lo siento. Ando algo despistada —titubeó Elena. Luego frunció el ceño con ojos interrogantes y espetó a bocajarro:

—¿Sabe quién es la anciana que habita en la casa? Me dijeron que no habría nadie más.

La mujer enarcó las cejas apenas un segundo, la miró con preocupación y vaciló. Finalmente se decidió a hablar.

—La gente joven como tú no cree en esas cosas, pero a mí, uf, esa casa me da escalofríos; creo que tiene mal fario. Era la casa de doña Elvira; vivía allí con su hija Elisa. Siempre fue una chica muy rara la Elisa... Andaba con depresiones continuamente, y su madre ya no sabía qué hacer con ella. Un día, tendría la chica más o menos tu edad, le dio por ahorcarse en el desván.

La encontró doña Elvira, ¡pobriña!, que estaba ya medio ciega y muy desmejorada de los disgustos que le daba la hija. Le dio un infarto allí mismo

a la buena mujer. La encontraron acurrucada en un rincón, con los ojos muy abiertos del susto tan grande.

Aurora siguió hablando y lamentándose por la negra suerte de doña Elvira y su desventurada hija, pero Elena no fue capaz de escuchar nada más. ¡Así que no estaba loca, después de todo! Volvió a la casa aliviada y triste. Aquella noche no soñó con sogas; no tenía miedo. La anciana durmió con ella. Su mano huesuda apretó su pecho. “No te vayas, no te vayas”, susurraba. Todo iría bien.

Ya no estaba sola. Doña Elvira cuidaría de ella.

La sirena del rey

Juan Pedro Betanzos Soto

Juan Pedro Betanzos Soto

Juan Pedro Betanzos (Jerez de la Frontera, 1975). Tras pasar por la Facultad de Psicología de la Universidad de Sevilla, y siendo un emprendedor empedernido, desarrolla su carrera profesional como docente e inspector de calidad aeronáutica; en la actualidad compagina su trabajo con otra de sus pasiones: la traducción técnica aeronáutica y editorial. A comienzos de 2018 se incorpora al equipo de traducción de EDGE Entertainment para su línea Dungeons& Dragons.

En octubre de 2017 se suma al taller de escritura creativa de la escritora Concha Álvarez. Como parte de la práctica de la escritura comienza a presentarse a algunos concursos.

Desde entonces ha sido seleccionado en concursos de Portal del Escritor, en el IV Concurso de microrrelatos "La primavera la sangre altera", de diversidadliteraria.com, o el concurso Historias de libros, del portal Zenda (<https://www.zendalibros.com/seleccion—relatos—del—concurso—historias—libros/>)

En marzo de 2018 resulta ganador local del concurso de microrrelatos de BiMA, la Asociación de bibliotecas mancomunadas del Aljarafe de Sevilla (<https://www.facebook.com/bibliotecasBiMA/>), y finalista en el certamen regional.

Apasionado de la lectura, el rock sinfónico de los 70, la música folk y los juegos de mesa y rol, actualmente reside en la provincia de Sevilla con su mujer, sus dos hijos y Drow, su perro labrador.

LA SIRENA DEL REY

Juan Pablo Betanzo Soto

Los libros de historia reflejan la vida del rey Carlos II con sorprendente consenso. Sin embargo, hay un capítulo que, por inverosímil, ha trascendido poco a la opinión pública.

Es bien sabido que la fatalidad se cebó con el monarca desde sus primeros años en todas las formas imaginables. Los documentos que acreditan sus síndromes y enfermedades congénitas son abundantes y han sido estudiados por expertos patólogos forenses en muchas ocasiones; en todos los casos apuntan a un complejo «desastre genético» que producía terribles mutaciones en su cuerpo: bultos, excrecencias y laceraciones, que le causaban terribles dolores.

Hacer la lista de sus males y quebrantos con nombres o etiquetas era imposible para los galenos de la época, pero baste decir que, en su lecho de muerte, sus últimas palabras fueron: «Me duele todo». Al abrir su cuerpo para el amortajamiento, descubrieron sus órganos ennegrecidos y purulentos; su cerebro era como la pulpa de melón.

Como sucesor de la casa de Habsburgo, su descendencia era un asunto prioritario del reino y, para su vergüenza, tampoco fue capaz de perpetuar su estirpe en ninguno de sus dos matrimonios. Toda esta suma de desdichas no hizo sino acentuarse cuando su primera esposa, María Luisa de Orleans, falleció tras solo diez años de matrimonio. El joven rey Carlos contaba por aquel entonces 28 años y hubo de sumar una profunda depresión al conjunto de sus aflicciones.

El nuncio papal en aquella época hizo un esbozo exacto de la regia figura: *«El rey es más bien bajo que alto, no mal formado, feo de rostro; tiene el cuello largo, la cara larga y como encorvada hacia arriba; el labio inferior típico de los Austria; ojos no muy grandes, de color azul turquesa y cutis*

fino y delicado. El cabello es rubio y largo, y lo lleva peinado para atrás, de modo que las orejas quedan al descubierto. No puede enderezar su cuerpo sino cuando camina, a menos de arrimarse a una pared, una mesa u otra cosa. Su cuerpo es tan débil como su mente. De vez en cuando da señales de inteligencia, de memoria y de cierta vivacidad, pero no ahora; por lo común tiene un aspecto lento e indiferente, torpe e indolente, pareciendo estupefacto. Se puede hacer con él lo que se desee, pues carece de voluntad propia».

—o—

Dolores de Villamar tuvo el dudoso honor de adecentar la cripta de la fallecida reina María Luisa. Las marchitas coronas de flores alrededor del sepulcro, mustias por la humedad, desprendían un hedor pútrido, y una ligera bruma se filtraba desde algún secreto acuífero; todo en aquel profundo sótano para privilegiados tenía un aspecto irreal, más aún a la luz de los cirios titilantes, que proyectaban ominosas sombras por doquier.

Retiraba Dolores las primeras coronas cuando una especie de débil aullido llegó hasta ella desde la puerta de la cripta, escaleras arriba. No pudo identificar muy bien de qué tipo de sonido se trataba. Más que un aullido era un gemido; sí, un gemido lastimero que helaba la sangre.

Dolores, nacida en una aldea perdida de Pontevedra, había crecido imbuida por cientos de historias populares sobre meigas, trasgos, brujas y diablos. No las habría creído de no ser que la Santa Inquisición había hecho estragos en aquella tierra durante siglos, y quien más quien menos contaba con una abuela quemada en la hoguera por brujería o prácticas alquímicas prohibidas. Así, Dolores no solo era religiosa en extremo, sino también supersticiosa; por ello, con los ojos desencajados, fue a esconderse en una de las capillas laterales, agachada tras un reclinatorio; se persignaba una y otra vez con el bello de los brazos erizado, esperando ver aparecer de un momento a otro a toda la Santa Compañía, para llevarse el alma de la reina o la suya propia en vida.

El gemido preternatural fue *in crescendo*, amplificado por la potente reverberación del mármol blanco de la cripta. Presa de un espanto

incontrolable, Dolores pasó a murmurar avemarías entre dientes, uno detrás de otro, mientras hincaba sus uñas en la madera del reclinatorio sin darse cuenta; el terrible sonido se unía al frenético pulso de la sangre y saturaba sus oídos. Ahora ya no era un gemido, era un llanto sostenido y disorde, casi cacofónico, que habría hecho palidecer al rufián más templado.

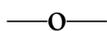
Por fin, una figura embozada emergió al pie de las escaleras; sin parar de emitir aquel sonido terrible se lanzó tambaleante sobre el sarcófago de la reina. Para estupor de Dolores, este quedó abierto y la figura embozada agarró la mano del cadáver y comenzó a besarla mientras, sin dejar de aullar, farfullaba frases apenas comprensibles: «¿Por qué has venido a este lugar, amada mía? Hace frío, y estás sola. Vuelve conmigo, vuelve; ¿cómo que no? Bueno, no temas, mi amor, yo vendré a peinarle todas las noches; sí, traeré tu peine favorito de carey...».

Las lágrimas del rey Carlos caían sobre el cadáver de la reina María Luisa. Al darse cuenta de quién era, Dolores comprendió la aflicción del monarca y, reuniendo todo el valor que pudo, salió de su escondite y se acercó. Si la oyó acercarse, el rey no dio muestras de ello, hipnotizado como estaba con la visión cadavérica de su esposa. Dolores, cuyo terror había tornado del todo en una profunda compasión por el rey, lo abrazó y, poco a poco, lo apartó del sarcófago sin dificultad. Luego comenzó a tararear una canción de cuna que había aprendido de pequeña. Después de mucho tiempo, aunque tan solo durante unas horas, el rey pudo dormir. Fue así como Carlos II entabló amistad con Dolores de Villamar.

Algo que inquietó a Dolores aquel día fue la solitaria presencia del monarca en las criptas, la ausencia de sus más leales protectores, que en ningún caso, lugar o momento debían dejarlo solo. Sin embargo, poco después lo comprendería todo muy bien: los miembros de la guardia real, que en otras circunstancias se prestarían con celo competitivo a su encomienda durante las oscuras noches en el Real Alcázar, prefería vigilarlo a distancia, ya que no toleraban estar en su presencia. El rey les infundía una mezcla de repulsión, grima y terror, por lo azaroso de sus arranques histéricos y sádicos, que en ocasiones lo llevaban a visitar las mazmorras para deleitarse torturando a los allí encarcelados. Por eso, el rey conseguía a veces, cada vez más a menudo,

dar esquinazo a sus guardias, y estos rezaban en silencio para que se resbalara por unas escaleras húmedas o cayera desde algún adarve.

Debido a estas escapadas, en que el rey “despistaba” a su guardia, Dolores se lo encontraba a altas horas de la madrugada, dando tumbos por los corredores de palacio, como un espectro perdido. Llevada por la pena y su misericordia cristiana, lo arropaba, lo llevaba a sus aposentos y le servía una infusión de tomillo, lavanda y mejorana al calor de la lumbre. A veces, le daba friegas de alcohol de romero en las articulaciones y una expresión parecida a la gratitud afloraba por unos momentos en los ojos vacuos del joven Carlos. No sabía si él se prestaba a acompañarla porque le trataba con cariño, porque le recordaba un poco a su difunta esposa, o por la simple calidez del contacto amable de otro ser humano. Sea como fuere, nunca nadie supo, salvo este que les habla, de los encuentros nocturnos de Dolores de Villamar con el que ya llamaban por entonces «el rey hechizado».



En sus últimos meses de vida, el desequilibrio físico y mental del Carlos II era tal que había llegado a creerse objeto de una diabólica maldición. Su profunda religiosidad le hizo interpretar que un conjuro del Averno, invocado por algún poder político o religioso, le mermaba la salud.

En esos días, apareció por la corte un afamado clérigo errante; sostenía conocer con certeza un remedio para las dolencias del rey. Este, desesperado por aliviar sus constantes dolores, ya estaba dispuesto a creer cualquier cosa, por lo que se prestó a los consejos del viejo. Para poder sanar debía recurrir a la magia contra la magia, derrotar al malvado demonio con sus mismas armas, pero solo lo conseguiría devorando la carne de un ser mágico en particular, uno de bondadosa pureza.

Así pues, el rey ordenó a sus médicos, ministros y consejeros usar todos los recursos del reino para encontrar una sirena. Estos no daban crédito, se miraban entre sí sin saber qué hacer. Pero era palabra del rey, y oponerse a ella era garantía de afrontar un arranque de cólera del monarca que diera con sus huesos en el potro de tortura o dentro de una doncella de hierro. Así que, convencidos de que al monarca le quedaba poco tiempo de vida, simulon

con todo lujo de detalles la partida de expediciones a los cuatro puntos cardinales del orbe en busca de una sirena.

Con el paso de las semanas, el rey se impacientaba, aquejado de dolores cada vez más insoportables. Llegado un punto, la espera se hizo insostenible y el mal humor del rey comenzó a pasar factura entre sus consejeros. Tras los dos primeros ahorcamientos, por fin se produjo el milagro.

Una de las expediciones regresó triunfal una mañana. Fue uno de los pocos días en que se recuerda al rey más despierto que de costumbre. No era ni medio día, pero allí estaba la corte, con cara de circunstancias, reunida en mesas llenas de viandas para el almuerzo; la anticipación del festín y la excitación por tener la cura tan cerca, eran palpables en la cara del monarca.

Con exagerada pompa, una inmensa fuente de plata cubierta fue colocada y destapada en la mesa real. Todos pudieron admirar entonces al mítico ser; rodeada por una guarnición de patatas y guisantes, yacía la sirena. El rey comenzó a admirarla por la cola y, muy despacio, extasiado, recorrió con la mirada su blanca y pura carne mientras uno de los sabios de la corte le explicaba los pormenores de su épica captura; explicaciones que el rey ni escuchaba. Al llegar a su cara, el gesto del monarca se torció de manera indescriptible, en una mueca grotesca, mitad asco mitad terror. Entonces, como sacado de golpe de su ensoñación, volvió a mirar a la sirena con los ojos desencajados y, asqueado, vomitó una mezcla de icor negro y bilis por toda la mesa. Al instante, los presentes se desbandaron chillando, unos vomitando a su vez y otros espantados de pavor.

Las circunstancias de la desaparición de Dolores de Villamar fueron un misterio, salvo para el rey Carlos y para dos de sus consejeros, que se vieron obligados a poner fin a la farsa de las expediciones y pensaron que una criada más o menos no iba a notarse en palacio. Mientras sus familiares y amigos la buscaban por las riberas del Manzanares o preguntaban por ella en los mentideros de la corte, la mitad superior del cuerpo de Dolores yacía cosida con descaro a una cola de marrajo, rodeada de guarnición, ante el rey.

Carlos II expiró dos días más tarde, atormentado por el dolor y la culpa, implorando el perdón de Dios y tarareando sin cesar la melodía de una antigua canción de cuna que, nadie supo, había aprendido en silencio de su única alma

afin en este mundo.

La abuela Dora

Leoncio López

Leoncio López

Ingeniero aeronáutico de formación, lo que me ha permitido vivir muy bien como creativo publicitario.

LIBROS PUBLICADOS:

El viaje del Neandertal, La dama del lienzo, Muerto 2 veces, La tabla de Prim, El astrofísico que era poeta y otras cosas peores, El ladrón de nubes

PREMIOS LITERARIOS:

- Ganador del IX Premio Onuba de Novela con la novela *El Ladrón de Nubes*. (crítica de la novela firmada por el premio Nacional de Novela Juvenil, César Mallorquí, [AQUÍ](#))
- Ganador Primer Premio del XXXI Concurso Hucha de Oro de la Fundación de las Cajas de Ahorros Confederadas, dotado con 30.000 €. Tengo que mencionar la cuantía del premio porque de todas las cosas que se mencionan en el presente correo, es la que mayor impresión produce. Al menos a mí.
- Ganador Primer Premio del concurso Tanatocuentos del Ayuntamiento de Madrid, 2003.
- Finalista en el concurso literario Antonio Machado, 2007.
- Selección de los mejores 100 relatos ultracortos de la editorial Ex Libris Instituto para el Fomento de la Cultura, Relatos tejidos en Red y otras antologías.

[MIBLOG](#)

LA ABUELA DORA

Leoncio López

La abuela Dora, que además de abuela era partera, corría de un lado para otro agitando sus sarmentosas manos por encima de la cabeza en claro gesto de que algo estaba saliendo de forma muy distinta a la esperada.

De la habitación principal salían los gritos de parto de mi madre, que a juzgar por el desgañitamiento, mi nuevo hermano iba a ser descomunal. Claro, que esa no sería su característica más destacada, pero ya hablaremos más tarde de las rarezas de mi hermanito. Mientras tanto, yo asistía, más bien asustado, al tejemanaje de toallas, baldes con agua hirviendo y otras zarandajas que las mujeres de la casa se traían entre manos, sin saber exactamente a qué se debía todo ese jaleo.

Aparte de la abuela Dora y mi tía Flavia, estaban dos vecinas con cara de pajarraco asustado y voz acorde con su apariencia de avechucho, cuya única aportación se reducía a entrar y salir de la habitación salmodiando jesuses con las manos al cielo, y a frenéticos santiguamientos descontrolados y convulsos. Se llamaban Fina y Flora, aunque en casa siempre nos habíamos referido a ellas como las hermanas pajarito, incapaces de renunciar a un apodo tan acorde con su fisonomía. De vez en cuando la abuela Dora reparaba en mi presencia como si fuera la primera vez en su vida que me veía, me preguntaba qué diantres estaba haciendo allí, y antes de que pudiera responderle ya me había dado un par de pescozones con el mensaje de que me fuera a otro lugar lo más alejado posible, lo cual, dadas las dimensiones de mi casa, no resultaba tarea sencilla y me pusiera donde me pusiera, mi abuela siempre acababa pasando por delante de mí, y la escena se volvía a repetir, con pescozones incluidos.

La casa donde vivíamos tenía dos habitaciones: la de mis padres, y la otra; en la otra dormíamos la abuela Dora, tía Flavia, algún huésped si lo hubiera, una cabra y yo. La verdad, es que nunca entenderé porqué teníamos una casa

tan pequeña si estábamos rodeados de campo, una cantidad obscena de campo que no era de nadie. Sobre todo, si había tanto campo, ¿por qué dormía también con nosotros la cabra? Mi padre decía que era cosa de mi abuela, que la metía en la habitación para poder decir que ese peculiar olor que todos notábamos era debido al pobre animal. Puede ser.

Mi hermanito se estaba haciendo de rogar demasiado y no acababa de salir para mayor sufrimiento de mi madre que ya estaba hasta la coronilla de empujar, apretar los dientes, chillar y blasfemar como un mulero. Por fin a las doce en punto de la noche empezó a asomar la cabeza, y desde ese momento hasta que terminó de hacerlo diez minutos más tarde, a los chillidos de mi madre se unieron los de las hermanas pajarito, tía Flavia y, lo más increíble, los de la abuela Dora, que era la primera vez en su vida que gritaba sin estar colérica, porque era la primera vez en su vida que gritaba porque estaba asustada.

Mi padre, con la excusa de que los partos eran cosa de mujeres, se fue a la taberna a beberse un barril de cerveza en compañía de sus amigos. Cuando llegó a casa, mi hermanito ya estaba correteando por el jardín asustando a las comadreas.

—¡Mi higo, quiero ver a mi higo! —farfulló mi padre nada más entrar, con una sonrisa simiesca proporcionada, no por el exceso de alcohol, sino por una coz que le dio una mula cuando era niño —¡Quiero,... hip, ver a mi nuevo higo!

—Se ha escapado —le dijeron al unísono las hermanas pajarito.

—¿Eh? ¿Quién se ha escapado?

—Tu higo, perdón, tu hijo.

—¿Mi higo recién nacido... se ha escapado de casa?

—Tenías que ver qué carácter ha sacado...

—Sí,... terrible... un demonio de chiquillo...

—Pero,... a estas horas es peligroso que ande solo un recién nacido por el campo, ¿no?... —razonó mi padre dentro de lo que podía— yo mismo acabo de ser atacado por un perro enano al llegar a casa...

—¿Negro, muy peludo y con los ojos cerrados? —preguntó la abuela Dora.

—Sí, no sé, le he dado una patada y me ha mordido en la pierna el muy bestia.

—¡Tu hijo!

—¿Dónde? —preguntó mi padre desconcertado, que cada vez entendía menos.

—Tu hijo es el que te ha mordido en la pierna.

—¿Mi higo, el que se ha escapado de casa nada más nacer, me ha mordido en la pierna?

La abuela Dora es de esas personas que no necesitan hablar para convencer. Su elocuencia, que es mucha, nunca se ha basado en un verbo cálido y fluido, sino en su forma de mirar, tajante y definitiva. Ya puede ser el mayor disparate del mundo, que si te lo dice la abuela Dora y eres capaz de mantener su mirada el tiempo suficiente, lo aceptarás con inquebrantable convicción. En esta ocasión, le bastaron veinte segundos para hacer que mi padre saliera a buscar a mi hermanito que del patadón había ido a parar a unas zarzas, donde lo encontró magullado y desconcertado ante su primera visión del mundo, pero sobre todo, lo encontró terriblemente enfadado.

*

—Olivia, esto no puede seguir así. Eres el desastre más grande que conozco.

Cuando hablaba Janet, las otras brujas callaban agachando la cabeza, lo cual ponía aún más furiosa a Janet.

—Y no bajas tanto la cabeza, que me vas a sacar un ojo con el sombrero.

Olivia, en un gesto instintivo, dobló la punta de su sombrero hacia abajo, dejando que el último tramo cayera sobre la frente, lo que le proporcionaba un aspecto extraño.

—Déjala —intervino Alison Dick—, es muy joven y está en la edad de equivocarse.

—¡Vaya, mira quién habló! ¡La prueba viviente, no sé por cuánto tiempo, de que las equivocaciones no son exclusivas de la juventud!

—Bueno, es que las viejas también tenemos derecho a equivocarnos, y si me apuras, más derecho que las jóvenes —se defendió Alison Dick, la bruja

más vieja del país.

—Entonces, si todo el mundo tiene derecho a equivocarse, viva la Pepa, aquí no acierta ni dios, y no pasa nada, ¿no es así?

—Mujer...

—Ni mujer ni narices, y no agaches tú también la cabeza que entre las dos me vais a dejar ciega.

—Yo creo que aún nos da tiempo a tenerlo todo preparado para...

—¡Ni una palabra más! Ya sabéis lo que tiene que hacer cada una de vosotras y esta vez no quiero ningún tipo de fallo, tanto si se debe a la falta de experiencia propia de la juventud que sustituye la estrategia por la improvisación, como si es debido al desgaste natural de las piezas que intervienen en la creación del pensamiento lógico, propio de edades más propectas.

—¿Te refieres a la pérdida de contacto entre la zona terminal del axón de una neurona con el cuerpo celular o la dendrita de la siguiente? —preguntó Alison Dick.

—Naturalmente, ¿a qué si no?

—Pues di sinapsis. Es más corto y te entendemos igual.

—Es verdad, di sinapsis.

—¡Basta ya! ¡No os soporto! ¿Pero es que no había otras brujas en toda la comarca más que vosotras dos?

—Eso creo.

—Y has tenido suerte de poder contar con nosotras.

—Aunque yo me lo estoy pensando. Con ese humor...

—Está bieeeeeen, vaaaale, las tres hacemos un equipo realmente bueno a pesar de que de vez en cuando tengamos nuestras diferencias, ¿no es así, chicas?

Janet sabía hasta donde podía llegar con sus dos pupilas y también sabía que ahora las necesitaba por encima de todo. Buenas o malas, las necesitaba.

*

Al día siguiente del nacimiento de mi hermano la casa empezaba a recobrar cierto aspecto de normalidad. La abuela Dora preparaba caldo de

gallina en la cocina para mi madre, las hermanas pajarito se ofrecieron para echar una mano en lo que hiciera falta, y mi padre seguía durmiendo como un tronco. En cuanto a mí, yo estaba ansioso por ver al recién llegado a la familia y pellizcarlo concienzudamente por venir a usurpar mi papel de alegría de la casa, pero sobre todo, tenía curiosidad por ver cómo era, ya que aunque la abuela Dora se hubiera empeñado a base de pescozones en tenerme alejado de la noticia, sabía por los comentarios oídos que no se trataba de un bebé normal. Simplemente el hecho de que cuando mi padre, después de recoger al niño en el zarzal, le dijera a mi abuela que tenía serias dudas sobre si ponerle de nombre Evaristo como el abuelo, o Tarzán, como un perro que tuvimos para guardar el ganado, me inducía a pensar que no se trataba de uno de esos bebés que salen en las cajas de galletas. Además, me tenía fascinado el hecho de que mordiera a mi padre, pues una mordedura siempre implica la intervención de una dentadura, y eso es algo que no está al alcance de cualquier bebé.

Entré sigilosamente en la habitación de mis padres, aunque yo sabía que no necesitaba ningún tipo de precaución pues a mi padre no lo despierta ni un volcán que entrara en erupción debajo de su cama, y a mi madre, tanto le daba estar despierta que dormida, pues realmente estaba desfallecida que es un estado absurdo en el que te da igual casi todo lo que ocurra a tu alrededor. Es algo así, como para la materia, el estado plasmático. Pues bien, nada más entrar, sin entretenerme en hurgar en los bolsillos de mi padre como otras veces, fui directamente a la cuna donde estaba mi hermanito. Me subí a un escabel para ver mejor, y lo que descubrí durmiendo plácidamente entre las sábanas era lo que menos esperaba encontrar. El sol se filtraba a través de una persiana de cañizo y llegaba al moisés como una fina ducha de luz con un efecto cautivador y casi mágico. Mi hermanito sonreía beatíficamente al mundo con un gesto apacible sin rastro alguno de tensión. Tenía una piel suave y tirante que se volvía cárdena ante la acción estranguladora de mis pellizcos, y unos rasgos bien definidos que lo catalogaban dentro del grupo de bebés hermosos y guapos. ¿Cómo es posible que esa criatura de rostro angelical fuera la misma que nada más nacer hizo pensar a todo el mundo que un meteorito, algo más grande que el que acabó con los dinosaurios, había caído sobre la Tierra? Sólo un chichón enorme y unos cuantos arañazos distribuidos

por su cabecita pelona recordaban a la noche anterior.

De repente noté la mano huesuda de la abuela Dora sobre mi hombro.

—¿Te gusta tu nuevo hermanito?—me susurró con su vozarrón de leñador
— Es mucho más guapo que tú, ¿a que sí?

—Ya, y yo que creía que era un monstruo...

—Sí, a nosotros también nos decepcionó bastante ayer, las cosas como son, pero fijate el cambiazco que ha dado en ocho horas.

—¿Y por qué es distinto ahora? —pregunté yo decepcionado con su evidente mejoría.

—La Luna —dijo tajante mi abuela—, ¿no te fijaste en la luna tan enorme que había ayer? La luna llena lo convierte en... lobezno. Es un bebé—lobezno, y con el tiempo se convertirá en todo un hombre—lobo.

—Ah, eso está muy bien —dije yo como si acabara de decirme que mi hermano se haría cirujano o algo por el estilo.

—No está mal. Ahora más vale que le dejemos dormir pues ha estado toda la noche cazando y está agotado.

En aquellos momentos yo no sabía lo que era un hombre—lobo, ni había oído hablar nunca de nada parecido, pero estaba tranquilo pues en casa todos se comportaban como si fuera de lo más normal. De hecho, hasta el siguiente plenilunio, como se verá, nadie de la familia se acordó de la peculiaridad exclusiva de mi hermano, incluso le pusieron de nombre Evaristo, como el abuelo. Todos rehuían hablar de lo sucedido en la noche de su nacimiento como si trataran de escapar de una realidad que no apetecía, pero está claro que por mucho que uno se esfuerce en ocultar la verdad, ésta acaba saliendo a flote por fea que nos parezca. Es como un ahogado, que pasado un tiempo en el fondo del río, tarde o temprano emerge a la superficie mostrando un cuerpo hinchado, podrido y medio comido por peces y cangrejos, y cuanto más tiempo pase en el fondo más repugnante resulta luego.

*

Las brujas que habitan en la comarca de mi aldea natal aparte de su estrafalario gorro, sólo tienen una cosa en la cabeza: ganar en la competición de brujas y hechiceras que se celebra anualmente durante el mes de octubre

con motivo de su gran aquelarre interprovincial. Acuden brujas de todo el país y todas compiten por ser las mejores en sus ritos y hechizos en una lucha feroz y despiadada. Se establecen varios premios divididos en diferentes categorías y el más codiciado siempre ha sido el de la mejor puesta en escena del llamado Rito de Iniciación Núbil, que básicamente consiste en degollar a un recién nacido sobre los pechos desnudos de una joven virgen, aunque para facilitar las cosas, últimamente ya no se exige que sea virgen.

Dada la complicación de las pruebas la forma habitual de participación es por equipos, y cada equipo está formado por tres o cuatro brujas, una de las cuales es la jefa del grupo y es quien diseña la estrategia y asume todas las responsabilidades. En general, pasada la competición desaparecen las hostilidades entre las participantes, excepto en el caso de Janet, y su gran enemiga, Wanda, que se odian desde que se conocieron, y se conocieron en el parvulario con tres o cuatro años de edad. De la misma forma que hay amores a primera vista, también hay odios a primera vista, pues al fin y al cabo ambas emociones no difieren una de otra más que en la orientación. Si con el amor eres feliz cuando lo es el ser amado y te entristece verlo padecer, con el odio ocurre lo contrario, estás encantado si tu odiado sufre, y te llevas un berrinche si sabes que se lo está pasando en grande. Claro, que en el fondo, sí hay una gran diferencia entre el amor y el odio, una diferencia que hace más perfecto al odio, pues lo convierte en una emoción más completa. La diferencia es que el odio admite diversidad; es decir, mientras que resulta imposible estar completamente enamorado de dos personas a la vez, es muy normal odiar a un grupo de varios individuos simultáneamente, incluso puedes odiar a una señora mayor a su hija y a su nieta en el mismo día sin que nadie piense que eres un perverso. Pues bien, el caso es que Janet y Wanda se odiaban con verdadera locura desde que se vieron por primera vez. Entre ellas saltó la chispa del odio apasionado y puro, un odio, aún después de tantos años, sincero y desinteresado que las hacía competir cada año en el gran aquelarre con la única idea, no ya de ganar, sino de evitar que ganara la otra. Las dos competían en la prueba de mayor prestigio, el Rito de Iniciación Núbil y a estas alturas, a un mes antes de la celebración del campeonato, a las dos les faltaba la parte más importante: un bebé al que degollar. Esa era la razón por

la que Janet estaba de tan mal humor. Sin embargo, Wanda vivía más feliz porque creía que ya tenía el suyo. Resulta que Fina y Flora, las hermanas pajarito, aunque en aquel tiempo yo no lo supiera, eran brujas y pertenecían al equipo de Wanda y en cuanto se enteraron de que su vecina, mi madre, estaba embarazada, ya tenían claro de dónde iban a sacar el bebé que necesitaba su jefa. Claro, que lo que no se podían imaginar es que naciera un bebé—lobezno, circunstancia que impidió que lo secuestraran nada más nacer.

Naturalmente, nada de todo esto afectaba de momento a Evaristo, mi hermano—lobo, que estaba recibiendo todas las atenciones posibles de la tía Flavia, en menos medida de mi madre, ninguna de mi padre, y por supuesto, la indiferencia de la abuela Dora que en el fondo le traía todo al fresco. A mí me dolía ver que alguien con pinta de chucho callejero (ocasionalmente, ya, pero esa imagen se quedaba grabada de forma indeleble), me robara el poco cariño que mi familia me dispensaba. Sobre todo me molestaba compartir la dedicación de tía Flavia, pues de todas las mujeres de la casa y de todas las de la aldea, era con la que mejor me llevaba yo. Todos los años, después de las lluvias de otoño, me llevaba a coger caracoles, y aunque no sea una actividad que destaque por lo que une a las personas, yo lo recuerdo como algo grande y este año, que ya había empezado a llover, aún no habíamos salido ningún día porque estaba continuamente con el “otro”. Que pronto se empieza a sufrir en la vida porque somos reemplazados por “otro”, pensé con mis escasos siete años mientras intentaba bajar por mis propios medios del árbol al que me había subido en un intento desesperado de llamar la atención de la tía Flavia. Ella estaba acunando a la bestia en un extremo del jardín y por un momento pensé que estaba preocupada por lo que me pudiera pasar porque se levantó gritando cuando vio que estaba a punto de matarme.

—Bájate de ahí, desgraciado, que te vas a romper la crisma. Será tonto...

No la pude hacer caso porque resbalé y me quedé enganchado por los tirantes de los pantalones en una rama sin poder subir ni bajar balanceando como un ahorcado de un lado para otro. Entonces, vi que las hermanas pajarito salían de su casa camino de la mía y se detuvieron justo debajo del árbol del que yo pendía sin advertir mi presencia. Estuve a punto de gritar auxilio cuando una intuición que aún no tenía, me hizo permanecer en silencio. Un

silencio que aproveché para enterarme de lo que estaban hablando.

—Flora, de verdad, a mí me da no sé qué matarlo,... es tan mono.

—¿Mono? ¡Es un perro! Y es la única solución.

—Podemos secuestrarlo ahora que es un bebé normal, y llevárselo a Wanda según lo planeado.

—¿Te lo vuelvo a repetir? El día de la celebración del rito de iniciación núbil será la siguiente noche de plenilunio, ¿entiendes? ¡Plenilunio! ¡Imagínate el desastre que podría organizar esa bestia! ¿Y quién serían las responsables de que la gran fiesta esperada por toda la congregación acabara en una sangría?

Flora dirigió alternativamente su dedo índice hacia sí misma y hacia su hermana.

—Ya, pero a lo mejor este año es en una noche normal... la Gran Bruja Comendadora de Hechizos no ha confirmado aún la fecha.

—Ya, pero casi todos los años ha sido en plenilunio, ¡joder, somos brujas, nos va ese rollo! Por eso tenemos que anticiparnos y decirle a Wanda que el niño se ha muerto. De esta forma dejamos claro que hemos cumplido con el compromiso de conseguirle uno, pero que la mala fortuna se ha puesto en nuestra contra y se lo ha llevado para siempre.

Flora señaló el cielo con su dedo índice. Fina, sin estar convencida asintió con desgana.

—Así, que primero lo secuestramos y luego le damos matarile —sentenció Flora.

Yo me seguía meciendo empujado por la suave brisa del atardecer sin hacer ningún movimiento que delatara mi presencia, pues aunque no entendía nada, mi intuición, una vez más, me decía que se trataba de algo que ellas preferían mantener en secreto.

*

—Chicas, el mes que viene es la gran competición, ¿cómo va lo del niño? —la voz de Janet rezumaba autoridad a pesar de sus esfuerzos por mostrarse amistosa.

Olivia y Allison Dick trataban de no agachar sus cabezas para no irritar

más a Janet. De momento no habían conseguido nada parecido a un bebé y el tiempo apremiaba.

—Ha habido años en que estaba permitido utilizar un muñeco. Los hay muy realistas —dijo tímidamente Olivia.

—Ya lo creo, hasta lloran si les aprietas la barriguita —argumentó Alison Dick.

Antes de contestar, Janet respiró hondo, contó hasta siete y procuró utilizar un tono amable en sus palabras.

—Ya, claro, pero puntúa más tener un niño auténtico y según tengo entendido Fina y Flora ya han conseguido uno para la asquerosa de Wanda. Vosotras no vais a ser menos, ¿verdad?

Una vez más, las dos brujas asistentes de Janet procuraron mantener sus sombreros en alto, sin conseguirlo.

*

Yo seguía penduleante, colgado de mi árbol, dándole vueltas a lo que había oído a las hermanas pajarito a cerca de matar a un mono, o no sé qué otro animal que finalmente resultó ser un niño, y me tenía realmente intrigado, pues no podía imaginar a ninguna de las dos matando a nadie. Esa misma noche cambié de opinión.

Aunque parezca mentira, llevaba cerca de cinco horas colgando del árbol sin que nadie me echara de menos. Estaba claro que Evaristo me había destronado. Qué gran humillación. Me encontraba cansado pero sobre todo herido por la reacción de mi familia ante mi desaparición. Daba por hecho que estarían algo preocupados, intranquilos,... no sé, tampoco es que esperara que de repente se organizaran grupos de búsqueda con toda la población de la comarca haciendo cola para alistarse, pero al menos que alguien saliera al jardín llamándome con cierta insistencia y algo de disgustillo. Pero nada. En vista de tanta indiferencia, empecé a llamar a gritos a la tía Flavia sin obtener ninguna respuesta. Tampoco mi madre se dio por enterada, ni nadie de la casa, en vista de lo cual decidí bajar del árbol por mis propios medios, tarea nada sencilla como pude comprobar inmediatamente. Me dejé caer por la fuerza de la gravedad abrazado al tronco y según descendía me iba desollando

concienzudamente, hasta que una rama con multitud de protuberancias se interpuso en mi entrepierna y me paró de una forma que jamás pude imaginar tan dolorosa. Cuando recuperé la respiración, seguí destrozándome de otras fantásticas maneras. Finalmente aterricé en el suelo y medio arrastrándome me dirigí hacia mi casa con un tobillo dislocado, las partes pudendas tumefactas, y probablemente con solo la mitad de la sangre necesaria para mantener las constantes vitales constantes. Quizá por eso perdí el conocimiento a escasos metros de la puerta de entrada, al lado de un arbusto de laurel que mi madre abonaba todos los días con plastas de la vaca. Lo recuperé ya muy avanzada la noche, serían las dos o tres de la madrugada, y ¡Oh, sorpresa! semiconsciente vi que las hermanas pajarito salían de la habitación de mis padres con un extraño bulto en las manos saltando por la ventana. Luego, con pasos rápidos desaparecieron en la oscuridad de la noche camino de su casa, pero aún pude ver como se metían en un cobertizo donde guardaban todo tipo de archiperres inverosímiles que usaban para curtir pieles y hacer todo tipo de prendas con variable resultado estético. Después volví a perder el conocimiento.

*

—Bueno, entonces nos lo cargamos ya, ¿no?

Flora hizo la pregunta mientras afilaba con movimientos mecánicos y precisos un cuchillo curvo de hoja delgada y penetrante, su cuchillo deshuesador.

—Ya sabes cuál es mi opinión. Yo me esperaría hasta confirmar que la noche elegida para el Rito será la de plenilunio, pero tú mandas.

—Pues hala, ponme al gazapín encima de la mesa que lo voy a pelar.

—Pero mira que eres bruta, hija. Se trata de que Wanda piense que el crío se ha muerto de repente y si se lo llevamos hecho unos zorros, ¿qué le decimos?: “mira, no tenemos ni idea de lo que le ha pasado, suponemos que habrá sido una cagalera,... ya sabes lo que pasa con los bebés cuando te salen delicaditos”, ¿no?, y mientras, la enseñamos el niño sin piel, como un tomate escalfado.

—Uy, sí, qué tonta, tienes razón pero es que ya sabes lo que me gusta a mí desollar. Amor al trabajo, ya me conoces.

—Anda, anda, acércame ese trapo que voy a hacer las cosas profesionalmente: tratamiento por asfixia, ya verás.

—Ya, pero donde esté un buen desollamiento...

Fina cogió el trapo que le dio su hermana y cuando lo puso sobre la cara del pobre Evaristo, algo chocó violentamente contra el ventanuco del cobertizo. El golpe se volvió a oír y las dos hermanas se miraron perplejas tratando de adivinar qué podía ser lo que seguía aporreando de forma insistente, y por tanto molesta, en su tejado. Abrieron el ventanuco y una lechuga con cara de corazón partido por la mitad, y blanca como un queso de oveja, es decir, no demasiado blanca, se coló rápidamente dentro del taller y fue a posarse precisamente al lado del bebé. Estaba algo magullada y probablemente mareada de los trastazos contra el ventanuco pero sabía mantener el tipo con dignidad.

—¡La lechuga mensajera, La lechuga mensajera! —gritaron las dos al mismo tiempo.

Rápidamente se lanzaron sobre ella y levantándola por el pescuezo cogieron el mensaje que llevaba enrollado en una de sus patas. Según lo iban leyendo sus caras se abrían en una amplia sonrisa cada vez más llena de dientes hasta que finalmente empezaron a bailar una especie de polca improvisada. La noticia que las había puesto de tan sandunguero humor venía de la Gran Bruja Maestra Comendadora de Hechizos, comunicando la fecha de la celebración del aquelarre, que sería el doce de octubre; según sus rápidos y precisos cálculos, caía cuatro días más tarde de luna llena, es decir, en luna menguante, es decir, que mi hermano había salvado el pellejo de momento.

—¿Lo ves? —dijo triunfante Fina—. No siempre se celebra el rito en noche de plenilunio, vaya suertaza que hemos tenido.

—Pues sí, somos muy afortunadas. Tenemos al candidato ideal para el Rito de Iniciación Núbil, por lo que Wanda estará encantada con nuestro trabajo. Todo lo que tenemos que hacer es esconder al interfecto hasta que llegue el doce de octubre, ¡ese será el gran día en que con su colaboración involuntaria ganemos la competición y por tanto, el prestigio y reconocimiento de toda nuestra alegre comunidad de brujas colegiadas!

—...Y sobre todo la pasta que nos dará Wanda.

—Creo que voy a desollar a la lechuza para celebrarlo.

*

Mientras Fina y Flora celebraban su fortuna, Alison Dick y Olivia languidecían por el peso del fracaso. También ellas habían recibido el mensaje con la fecha de la celebración y, dado que ya estaban a seis de octubre, tenían menos de una semana para conseguir el niño que necesitaba Janet, su jefa, para poder optar al codiciado premio. Después de recorrer toda su comarca en busca del anhelado bebé decidieron bajar al valle vecino, donde estaba mi aldea, para ver si en esos nuevos pagos tenían más suerte. Antes de empezar el trabajo, para aliviar sus penas y de paso darle un gusto al cuerpo, pensaron que sería una buena idea visitar la taberna y beberse un barril de cerveza entre las dos. Allí se encontraron con mi padre y sus amigos que también estaban empeñados en la tarea de aliviar penas vía cerveza. Y las penas de unos supusieron la esperanza de otras.

—Mi higo, ¿te lo puedes creer? ... hips... se ha vuelto a escapar de casa.

—Y volverá a hacerlo si no tienes mano dura, amigo.

—¿Mano dura? pero si nació hace veintiséis días...

Alison Dick, la bruja más vieja del país, tenía tres largos pelos en la punta de la nariz que cuando escuchaba algo de su interés se ponían tiesos como el rabo de un perdiguero oliendo su presa. En este momento, al escuchar a mi padre, se le estiraron como las antenas de una langosta. Dio un manotazo a Olivia que seguía empinando el codo y se acercaron un poquito más a la mesa donde estaba mi padre con sus amigos.

—¿Veintiséis días y ya se ha fugado dos veces?... lo que te decía, ¡mano dura!

Alison Dick apuró lo que quedaba del barril de un trago y tras soltar un eructo que casi levanta el entarimado del suelo, cogió a Olivia en volandas y juntas salieron de la taberna.

—Vamos a buscar a ese pequeño aventurero antes de que lo haga el borracho de su padre. Esta aldea sólo tiene cuatro casuchas y no será difícil encontrarlo.

—¿Y luego volvemos a por un poco más de cerveza?

*

La nariz de Alison Dick, la bruja más vieja del país, además de tener tres insurrectos pelos, estaba dotada de uno de los olfatos más finos del reino animal. Guiándose de tan excelente sistema de detección, y dado que Evaristo llevaba una buena temporada sin que nadie le cambiara los pañales, pronto llegaron al cobertizo donde Fina y Flora, las hermanas pajarito, lo tenían secuestrado. Entraron sin ninguna dificultad por el ventanuco del tejado que tenía las contraventanas totalmente astilladas, y rápidamente se encontraron en el interior del taller, donde una lechuza completamente desplumada las miraba con expresión de profundo malestar. El azar quiso que en ese momento yo estuviera sentado a la puerta de mi casa recuperándome de los quebrantos sufridos el día anterior, y vi perfectamente como las dos brujas salían del cobertizo llevándose a mi hermano debajo del brazo. Detrás las seguía, dando pequeños saltitos, lo que parecía una lechuza sin plumas visiblemente malhumorada. Era la segunda vez que alguien estaba interesado en llevarse a mi hermano y aunque yo veía con satisfacción que desapareciera, no dejaba de intrigarme que tanta gente quisiera hacerme el favor de quitármelo de en medio.

Si no fuera porque había quedado con Rufus, el pastor más animal de todo el valle, las hubiera seguido para enterarme de qué iba todo el misterio, pero una cita es una cita.

*

Ni que decir tiene que el disgusto que se llevaron las hermanas pajarito cuando se dieron cuenta de que les habían robado el niño, fue colosal. Del cobertizo llegaban, arrastradas por el viento, terribles maldiciones que proferían entre sollozos y lamentaciones. Estaba claro lo mucho que querían a mi hermano, pues primero lo roban de mi casa, y ahora que se lo habían robado a ellas, las pruebas que daban de lo mucho que lo echaban de menos, eran conmovedoras.

Al día siguiente partieron de madrugada en su búsqueda, al otro lado del valle, donde vivían Janet, Olivia y Alison Dick, la bruja más vieja del país. Me lo dijo Rufus, el pastor, que se enteraba de todo lo que pasaba en el

campo.

*

El gremio de brujas y hechiceros tiene su propio código ontológico cuya principal función es que todo el mundo sepa que existe. No hay constancia de que se haya aplicado en alguna ocasión y las probabilidades de que aparezca de repente una bruja dispuesta a guiarse por él, son remotas. Si además está de por medio la gran competición del aquelarre interprovincial que se celebra todos los años en las inmediaciones de mi aldea natal, el que alguien piense que puede haber una bruja que se comporte deportivamente está tan fuera de lugar que a los niños cuando se caen y se hacen daño les cuentan algo relacionado con esta improbabilidad para que se rían. Tanto como se estaban riendo ahora Alison Dick, la bruja más vieja del país, y su colega Olivia, mientras desenvolvían a Evaristo sobre el fogón de la cocina ante la mirada circunspecta de la lechuza que seguía la acción con el entrecejo fruncido en una clara mueca de desaprobación. A la euforia por el éxito de su operación, se unían los efluvios de la cerveza, como combustible para alimentar las carcajadas, con el resultado de una mandíbula desencajada para Olivia, y la pérdida de parte de la dentadura para Alison Dick. Cuando finalmente recuperaron la estabilidad emocional y pudieron controlar su desbordante alegría, mi hermano empezó a berrear, quizá para dejar claro, que ahí, no todos compartían los mismos intereses.

—Demonio de crío, con esos pulmones hubiera sido un monstruo de la canción.

—O pregonero.

Las dos brujas volvieron a estallar en sobrecogedoras carcajadas hasta que Alison Dick, guiada por la responsabilidad de ser la bruja más vieja del país, paró en seco sus desbordantes risotadas y levantando una mano como si quisiera detener el mundo, exclamó tan seria como nunca antes había estado:

—Mañana haremos venir a Janet para que cubra de oro las palmas de nuestras manos.

—Se va a poner tan contenta que podremos pincharla con nuestros gorros sin que diga nada, ya verás.

—Sí... de la misma forma que para ella la gran noche será la del doce de octubre, para nosotras será mañana —de repente el tono de Alison Dick cambió por otro de gran autoridad—. Por cierto, antes de irnos a la cama, limpia las cacas a este mocoso porque tengo las narices que me van a estallar.

Si de repente hiciéramos avanzar el tiempo y nos pusiéramos veinticuatro horas más tarde en el mismo sitio, veríamos exactamente la misma escena pero con más gente. Podríamos ver que Evaristo, flanqueado por Olivia y Alison Dick seguía en el fogón de la cocina (aún con los pañales repletos de lo más pestilente que se da en materia orgánica, dado que la autoridad de la bruja más vieja del país no fue suficiente para vencer la repugnancia de Olivia), pero además veríamos que acababa de entrar Janet, exultante, por la puerta de la cocina. Si aún avanzáramos otros diez minutos más, podríamos apreciar que dos figuras con cara de pájaro asustado avanzaban de puntillas, ocultándose entre la maleza, hacia la choza de Olivia y Allison Dick, y que discretamente se asomaban por la ventana de la cocina para ver qué estaba pasando en su interior. Y lo que pasaba es algo que no suele verse todos los días.

Janet, nada más ver al niño, lo cogió jubilosa en volandas, y haciendo esfuerzos para no sufrir un desvanecimiento por efecto de la corriente de aire apestoso que provocó su entusiasmo, empezó a bailar con él mientras le soltaba frases incomprensibles en un idioma inventado por ella pero que resultaba de lo más efectista. Varias veces incluía la frase “abracadabra pata de cabra” ante el regocijo de sus pupilas que apartaban el aire de delante de sus narices con severos manotazos, al tiempo que pedían a su jefa que dejara de mover al chiquillo como si fuera un botafumeiro de un lado para otro.

Las dos figuras con cara de pájaro asustado seguían desde el exterior la alegría de sus competidoras, expectantes, pero sin compartirla. Tenían que recuperar al crío como fuera sin excluir la violencia, razón por la que cada una de ellas había traído consigo distinto tipo de armamento, ligero pero mortífero. Flora, tan aficionada al despelleje, acariciaba agazapada bajo la ventana un enorme escalpelo de hoja ligeramente curva y perfectamente bruñida en la que se reflejaba una luna que empezaba a asomar tras los árboles del bosque. Una luna que según iba saliendo, se iba mostrando más y más

grande, y más y más redonda, porque esa noche era noche de luna llena. De repente, Flora vio por el rabillo del ojo el destello brillante que salía de su cuchillo, y sin apenas mover la cabeza, con un simple movimiento de los globos oculares que le quedó de lo más camaleónico, observó por un lado que el disco lunar estaba ya en todo su apogeo arriba, en un cielo que repentinamente pasó del azul oscuro al negro tizón, y por otro lado el interior de la cabaña. Y ella pasó de estar agachada bajo la ventana de la cocina de Olivia y Alison Dick, la bruja más vieja del país, a estar corriendo monte abajo todo lo que daban de sí sus flacuchas piernas. Flora se quedó el tiempo suficiente para encanecer repentinamente. Lo que vio a través de la ventana de la cocina durante décimas de segundo, antes de emprender también la huida tras su hermana, hubiera hecho palidecer de miedo a todos los osos de la comarca. En cuanto la luna logró colarse con todo su esplendor dentro de la cocina iluminando la totalidad de las cosas que había dentro, incluyendo a mi hermano, la escena fue dantesca, inverosímil, sorprendente, bestial, armagedónica e inolvidable. El único personaje que permaneció inmutable, y con cierta sonrisilla de refocilo, fue la lechuza, que hasta ese momento no se había divertido nada desde hacía tres días. El resultado fue que Janet, Olivia y Alison Dick, la bruja más vieja del país, también se quedaron sin niño para el Rito de Iniciación Núbil.

Antes de marcharse por el hueco de la chimenea, Evaristo se permitió destrozar de forma irrecuperable la cocina, el resto de la casa, y cobertizos adyacentes.

*

Al día siguiente, bajaba yo del monte de haber estado hablando con mi amigo el cabrero Rufus, cuando vi a las hermanas pajarito que salían de su casa con aspecto de no haber pasado muy buena noche. Me pareció bastante extraño el nuevo color de pelo que se había puesto Flora aunque tuve que reconocer que el blanco le favorecía mucho. Ellas ni me saludaron. Yo creo que estaban sufriendo mucho por algo y que ese sufrimiento les proporcionaba una fuerza irresistible, pues dentro de su expresión de profundo disgusto se percibía el brillo de la determinación. En esta ocasión decidí no perderlas de

vista.

*

Las hermanas Pajarito eran conscientes de su terrible situación. Wanda las había pagado por adelantado y en esos momentos no tenían al bebé, ni vivo ni muerto, y eso la enfurecería muchísimo. Wanda, pertenecía al grupo de brujas que se tomaban muy mal que algo saliera contra su voluntad, y si tenía alguien a quién echar la culpa, lo reprendía con una mirada que helaba la sangre. Literalmente. A continuación el interfecto se convertía en sandía.

—El Gran Aquelarre es el día 12, teniendo en cuenta que estamos a 9, aún nos quedan tres días para conseguir un nuevo niño —Flora trataba de ser positiva—. Es muy sencillo, ¿no te parece? —forzó una sonrisa que decidió mantenerla todo el tiempo que pudiera para ver si era verdad que una actitud positiva puede modificar el destino.

—Ya lo creo, no hay nada de lo que preocuparse —ironizó Fina—. Por cierto, ¿por qué no evitas sonreír de esa forma? das un poco de pena.

—¿En serio? Pues a mí me gusta, me da ánimos.

En ese momento pasó mi madre que iba con un capazo lleno de plastas de vaca para echarlas en el laurel.

—Buenos días vecina —saludó Flora de lo más cortés—. Tienes muy buena cara.

—Muchas gracias, tú también —mintió mi madre—. Bueno, quizá sin esa sonrisa tal vez estuvieras mejor, claro que con ese nuevo color de pelo tampoco queda tan mal.

—¿Te has fijado? es de lo más fashion, ¿no crees?

—Me lo has quitado de la boca. Bueno os dejo —mi madre cambiaba de tema de conversación con agilidad de barbero— que tengo que abonar el laurel y después le voy a dar la teta a Evaristo.

—¿Le vas a dar la teta a Evaristo, tu hijo? —preguntaron en sincronizada coreografía las pajarito.

—Claro que le voy a dar la teta a Evaristo, mi hijo, no se la voy a dar a Evaristo mi suegro, ¿no os parece? Además lleva cuatro años muerto.

—Qué tontería, por supuesto, lo que pasa es que pensábamos que le dabas

otras cosas, no sé...

—Acaba de cumplir casi un mes, qué queréis que le dé para comer, ¿berzas con chorizo?

—Ja, ja, no, claro,... —Flora trataba sin ningún éxito aparentar que la conversación se desarrollaba dentro de los términos habituales de naturalidad — ¿y qué tal está? el niño, quiero decir.

—¿No os habéis enterado? se escapó hace tres días de casa, pero ya ha vuelto. Esa sonrisa Flora, te está cambiando —mi madre, además de ser una maestra en pasar de un tema de conversación a otro, de la misma forma dominaba el cambio de tono en acotaciones que hacía dentro de sus monólogos —. Llegó esta madrugada y él solito se metió en su cuna a dormir. Me pregunto qué habrá estado haciendo toda la noche por ahí,...en fin, estos hijos, en cuanto crecen un poquito no dejan de dar disgustos. Os dejo que tengo tajo.

Una vez que se hubo marchado mi madre, a las pajarito sólo les faltó dar un salto y chocar las manos en el aire. Habían pasado de verse convertidas en calabacín o algo peor, a notar el sabor dulce del éxito con sólo sacar la lengua. Rápidamente tramaron un plan para volver a secuestrar a mi hermano que lo llevaron a cabo esa misma noche, ante mis vigilantes ojos. Lo hicieron de la misma forma que la vez anterior, entrando por la ventana a la habitación de mis padres y volviendo a salir por el mismo sitio con el monstruo debajo del brazo. Yo no di la alarma, pues como ya he dicho, por lo que a mí concernía se lo podían quedar para siempre, pero eso no era óbice para que no estuviera interesado en ver a qué se debía todo este trasiego de niño para arriba, niño para abajo, que tengo al niño, que dejo de tenerlo,... en fin, que me picaba el gusanillo por saber a qué se debía todo este lío. Y también tenía mis planes, claro.

*

—¡Mi higo se ha vuelto a escapar de casa! ¿Os lo podéis creer? ¡La tercera vez en un mes!

—¡Tabernero, cómo van esas pintas que te pedimos hace veinte segundos, vienen o qué!

*

Yo no perdía de vista a las pajarito ni un solo momento del día. Bueno, en realidad, lo que no perdía de vista era su casa pues desde que volvieron a secuestrar a Evaristo no salieron de ella hasta que por fin, pasados tres días, vi que salían vestidas con sus mejores galas y con un fardo bajo el brazo, que evidentemente contenía a mi hermano. Olía a distancia. Con paso presuroso enfilaron por el viejo camino del chorrillo, llamado así, por lo caudaloso del río que discurría en paralelo por uno de sus lados, y rápidamente se internaron en el bosque. Las seguí por sitios en los que no había estado en mi vida, por desfiladeros, cañadas, hoces,... fue un repaso por todos los accidentes geográficos posibles que me dejó exhausto en los primeros diez kilómetros, pero que una fuerza de voluntad impropia para mi edad me mantuvo con las energías suficientes para seguir tras ellas por aquellos lugares ominosos. Finalmente, con mis piernas azotadas por miles de arbustos, algunos de ellos urticantes, y la fatiga oprimiendo mis pulmones, llegamos a un calvero al fondo de un valle en el que ya había reunidas unas veinte personas, brujas todas, vestidas de forma bastante estrafalaria, aunque estoy convencido de que ellas pensaban para sus adentros que iban de lo más elegantes. Habían formado un círculo perfecto y, de forma destacada, estaba la Gran Bruja Maestre Comendadora de Hechizos bajo un enorme sombrero puntiagudo y lustroso. Llevaba una ridícula máscara de barro y retamas, para mi gusto bastante mal hecha, tan grande que no se le distinguían ni brazos ni piernas ni nada. Era pura máscara. Cuando llegaron las hermanas pajarito fueron directamente al círculo y se pusieron en un hueco que había claramente reservado para ellas. Yo me oculté detrás de una roca rarísima que parecía una mesa de granito y que sin duda era el escondite perfecto, pues podía ver y oír todo lo que pasaba sin ser descubierto. De repente me llevé un gran sobresalto cuando de forma inesperada se puso a mi lado una lechuza desplumada de mirada aviesa que me resultaba de lo más familiar. Me tranquilizó el hecho de que me mirara con gesto de complicidad, si eso es posible en una lechuza con piel de pollo. Al poco tiempo la máscara levantó los brazos para acallar los típicos comentarios de la gente que se vuelve a encontrar después de haber pasado una buena temporada sin verse, y con solemne autoridad empezó a hablar con una voz de pito que no le pegaba nada:

—Brujas y hechiceras de todos los confines del valle, y de más allá de las montañas heladas —un silencio que se podía apartar con las manos siguió a estas primeras palabras—. Una vez más estamos convocadas por el poder de la noche para poner a prueba nuestras más siniestras habilidades en el arte de la taumaturgia, la nigromancia y demás conocimientos arcanos que no voy a enumerar pues no estoy de humor, para ver quien es la más poderosa y temible de todas las brujas presentes.

Un ligero revuelo se levantó entre las participantes mirándose unas a otras como galgos antes de empezar la carrera.

—Este año, como todos los anteriores, a parte de ver quién prepara la mejor sopa de alas de murciélago y chorradas por el estilo, la gran expectación está centrada en el Rito de Iniciación Núbil —en este momento todas las brujas se removieron inquietas en sus asientos murmurando entre ellas vete a saber qué—. Espero que como novedad sobre años anteriores en esta ocasión haya alguna de vosotras capaz, no ya de hacerlo mejor que sus competidoras, sino simplemente capaz de hacerlo —aquí fijó su mirada sobre el grupo donde estaban sentadas las hermanas pajarito—. Porque a muchas de nosotras nos gusta mucho presumir, y luego nada de nada, ¿verdad Wanda, Janet y compañía?

Hay momentos en que la intuición ayudada por ligerísimos indicios juega un papel muy importante en tu forma de interpretar la realidad que te rodea. Sin darte cuenta llegas a unas conclusiones que una vez que las haces pasar por el tamiz de la razón, siguen siendo perfectamente válidas y encajan dentro de la lógica más aplastante. Para mí, éste fue uno de esos momentos de iluminación reveladora. Inmediatamente me di cuenta del papel que jugaban las hermanas Pajarito en toda la farsa, pero sobre todo percibí que el papel protagonista corría a cargo del monstruo. Mi hermano Evaristo iba a formar parte de ese rito que decía la máscara. Miré a la lechuza y de la forma en que me devolvió la mirada, supe que ella pensaba exactamente igual que yo, lo cual es muy meritorio por mi parte, y de estar en lo cierto, más aún por la suya.

—Así pues —la máscara hizo un pequeño gallo con la voz de lo más ridículo—, ¿alguna de vosotras es lo suficientemente bruja para participar en

el Rito de Iniciación Núbil, o pasamos directamente al concurso de tartas y ese tipo de sandeces con las que nos amuermamos cada año?

Tal como me imaginaba, las hermanas pajarito y Wanda se levantaron orgullosas de sus asientos y ante las miradas de admiración y envidia de todas las presentes se dirigieron hacia el centro del círculo.

—Gran Bruja Maestre Comendadora de Hechizos, compañeras asistentes al Gran Aquelarre Interprovincial —Wanda hablaba con pompa y solemnidad sabedora de que era el foco de la admiración y envidia, sobre todo envidia, de todas las participantes, y en particular de Janet—. Mis dos colaboradoras, y sobre todo yo, Wanda de Ojoseco, estamos en condiciones, por conocimientos, entrega y amor a nuestra profesión, de practicar el Rito de Iniciación Núbil, por primera vez en la historia de la brujería de nuestro gran país para mayor gloria de nuestra hermandad y para que sirva de ejemplo a futuras brujas que ya tienen en quién fijarse para alcanzar cualquier meta que se propongan —Wanda hizo una pausa en su perorata que aprovechó para lanzar una mirada de suficiencia a Janet que estaba de un preocupante color verde bilis—. Ya sé que todas os alegráis por nuestro inminente éxito, pues aunque el mérito sea exclusivamente mío, y algo de estas dos, supone un nuevo logro en la práctica de nuestro arte que a todas nos beneficia, pues de todas...

—Por el amor de Lucifer, Wanda —interrumpió la máscara para satisfacción de todas las asistentes—, deja la retórica autocomplaciente para cuando hayas terminado la prueba. Pasemos a la ara de los sacrificios, a ver si la estrenamos de una vez, maldita sea.

Dicho esto, todas las brujas se levantaron del círculo y en disciplinada formación se pusieron en marcha, con la máscara en cabeza para dirigirse, oh cielos, hacia donde estábamos la lechuza y yo. No había escapatoria posible, así que me arrebuje todo lo que pude detrás de la roca. La comitiva de brujas se detuvo a unos tres metros por el otro lado, de forma que no podían verme, pero si afinaban el oído suficientemente podrían oír cómo mi corazón trataba de salirse de su sitio. Afortunadamente iban murmurando extrañas salmodias que ocultaban el batucqueo cardiaco que casi hacía mover la roca.

—Manu, manis, manere volutum ergo pifia tania —decía Wanda.

—Ya, ya, venga —apremió la máscara, que por lo que se ve no era tan

ritualista.

A continuación pude oír que se acercaba una de las hermanas pajarito hasta la roca y se tendía cuan larga era sobre ella.

—¿Que Flora es virgen? —preguntó alguien con cierto pitorreo.

Después, Wanda desenvolvió a Evaristo y lo puso sobre la pajarito, y aquí vino lo bueno. La máscara al ver a mi hermano clamó como una posesa con un tono de voz que para nada era la ridícula vocecilla de antes. Se ve que había impostado una voz de pito para ocultar su potente vozarrón con el que podría poner en espantada a una manada de búfalos.

—¡Pero qué carajo hace aquí mi nieto!

Wanda casi se cae del susto ante el bramido que aún vibraba por todo el valle.

—¿Este crío tan pestilente es tu,... su nieto, oh Gran Bruja Maestre...?

—¡Si, maldita sea, ese niño cagado es mi nieto y nadie va a degollarlo, especie de Circe con cara de mono!

—Pero,... ¿y el Rito de Iniciación Núbil?

—A la mierda con el Rito de Iniciación Núbil. Me llevo al crío y tú estás despedida de nuestra organización, privilegio que hago extensible a esas dos pajarracas, que sois más feas que una lechuza desplumada.

Mi compañera de escondite no recibió de muy buen agrado este último comentario y protestó con unos estridentes graznidos que nos delató a los dos. Todas se asomaron a ver qué era aquello y de repente me convertí en el ser más observado por un tropel de brujas, bastante sorprendidas hasta ese momento, pero mucho más ahora.

—¿Y eso?

—¡Por todos los diablos! ¡Ese es mi otro nieto!

—¿Pero esto qué es, un aquelarre o la visita a la abuela?

Mi abuela Dora fulminó con la mirada a la autora del comentario, la despidió también de la organización, y sin hacerme el menor caso cogió a Evaristo y se marchó con él en volandas todo lo dignamente que le permitía la máscara que aún llevaba, seguida por la lechuza que por fin parecía algo más contenta. Yo la seguí a cierta distancia pensando que aunque mi hermanito me había robado mi puesto y que no me apetecía nada compartir las atenciones de

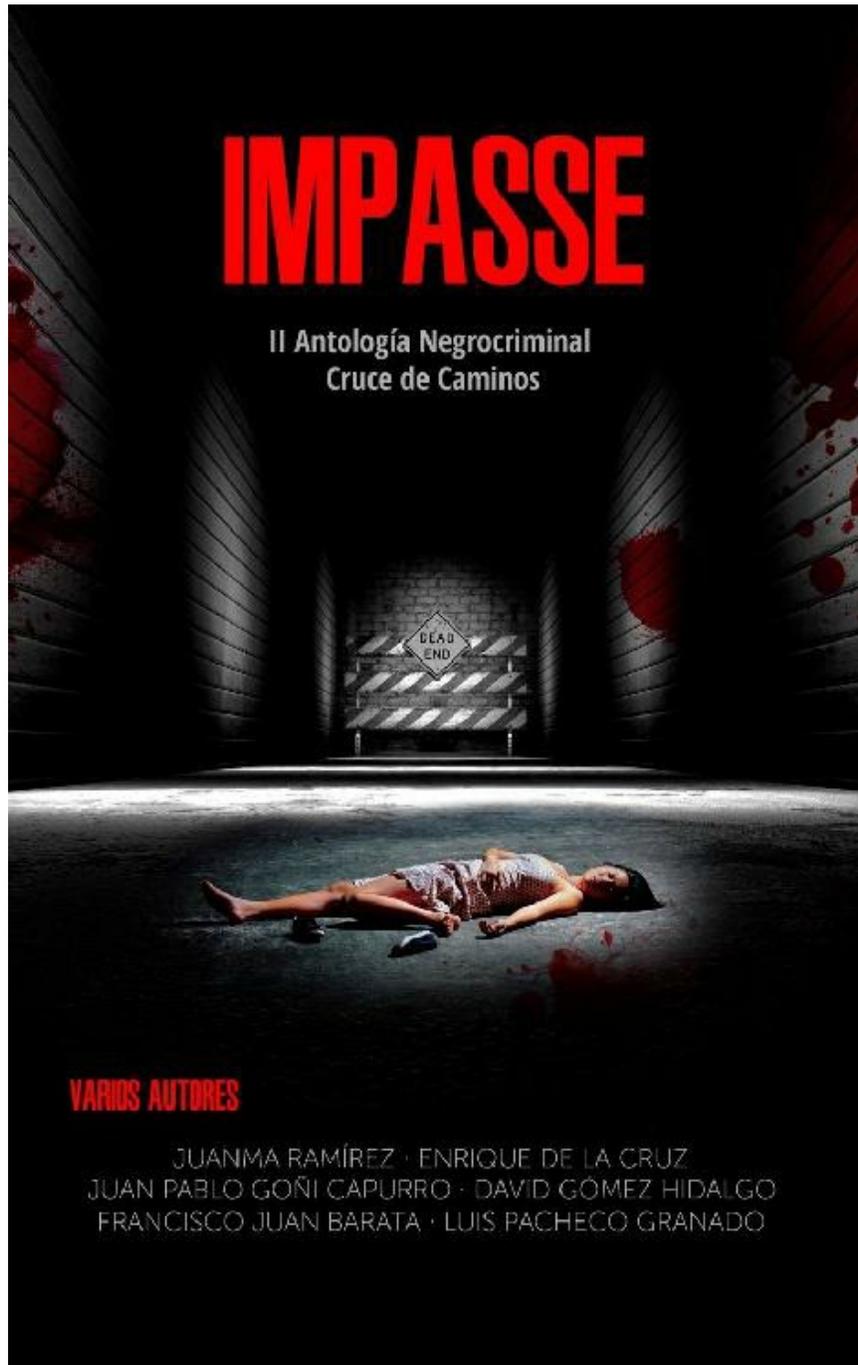
tía Flavia y del resto de la familia con él, tampoco se merecía lo que habían estado a punto de hacerle.

Además, yo tenía mis propios planes para deshacerme del intruso. Ya estaba todo hablado: mi amigo el cabrero Rufus necesitaba un buen perro lobo para guardar su rebaño y pronto iba a tener el mejor cachorro. Exactamente dentro de 24 días.

ANTOLOGÍAS CRUCE DE CAMINOS

IMPASSE

II Antología Negrocriminal
Cruce de Caminos



VARIOS AUTORES

JUANMA RAMÍREZ · ENRIQUE DE LA CRUZ
JUAN PABLO GOÑI CAPURRO · DAVID GÓMEZ HIDALGO
FRANCISCO JUAN BARATA · LUIS PACHECO GRANADO

Impasse: II Antología Negrocriminal Cruce de Caminos

En ella encontraréis seis relatos negrocriminales que tocan diferentes subgéneros, siete formas diferentes de ver el noir: tugurios de los años sesenta; superstición en los bajos fondos de La Habana; fusión de la fantasía y el negrocriminal; el noir nuestro de cada día y la locura; el procedimiento también tiene su lugar.

Seis autores, mezcla de veteranía, consagración y noveles: Juan Pablo Goñi Capurro, Juanma Ramírez, Enrique de la Cruz, Francisco Juan Barata, Luis Pacheco Granado y David Gómez Hidalgo.

Impasse se podría definir como callejón sin salida, o como un problema que no progresa o al que no se le encuentra solución. Y es que en la mayoría de los relatos de esta antología los protagonistas deberán, en un momento u otro, decidir, avanzar, desbloquear ese impasse para seguir con sus vidas.

[HAZTE CON ELLA](#)

EUGÉNESIS

I ANTOLOGÍA CIENCIA FICCIÓN
CRUCE DE CAMINOS



VARIOS AUTORES

CARTER DAMON
ALICIA DEL ROSARIO
TONY JIM
JOSE VICENTE MAÑAS
LUIS MAZZARELLO
JORDI ROCANDIO CLUA
MAR ROJO

Eugénesis: I Antología de Ciencia—Ficción Cruce de Caminos

Eugénesis es una colección de ocho relatos englobados dentro de la ciencia—ficción y lo fantástico.

Los autores que participan son Carter Damon, Alicia del Rosario, Mar Rojo, Jordi Rocandio, Luis Mazzarello, Tony Jim y José Vicente Mañas Montalbo.

Entre los relatos encontraréis distopías, un homenaje a Isaac Asimov, robots, viajes en el tiempo, ciencia ficción mezclado con terror y también ciencia—ficción mezclada con humor, una combinación muy atrayente y en muchos casos con un punto de reflexión.

[HAZTE CON ELLA](#)

Prólogo de Susana Hernández

SIN RELACIÓN aparente

J.D. Martín
Javier Martos
Jaime Oscar Casas
Susana Martín Gijón
Mari Carmen Sinti
Ziortza Moya
Noelia Santarén
Gabriel Hidalgo
Francisco Antonio Sanz

Contenido Extra: Josep Camps

Antología Primer Premio Cruce de Caminos Negrocriminal



SIN RELACIÓN APARENTE: I Antología Negrocriminal Cruce de Caminos

Sin relación aparente es la antología resultante del I Premio Cruce de Caminos Negrocriminal de relato corto organizado desde el blog literario Cruce de Caminos que administra David Gómez Hidalgo.

El Premio Cruce de Caminos Negrocriminal tiene una razón de ser: dar un pequeño empujón a la creación de relatos negrocriminales muy menospreciados en años pasados y que poco a poco se van haciendo un hueco en las bibliotecas de los lectores.

Con ello, David Gómez Hidalgo, un apasionado de la novela negra y de los relatos cortos, ha fusionado sus dos pasiones y viendo la respuesta que ha tenido el premio le augura varios años más de vida.

J D Martín fue el ganador de dicho premio con el relato que da título a la antología, pero también encontraréis en ella ocho relatos más, los finalistas entre los cuales los relatos de Javier Martos o Susana Martín Gijón como escritores más conocidos, pero también los de Óscar Casas, Mari Carmen García, Ziortza Moya, Noelia Santarén, Gabriel Hidalgo o el debutante Francisco Antonio Sanz consiguiendo una amalgama de situación y escenarios muy del agrado del lector negrocriminal.

Y como broche de oro, Sin relación aparente contiene material extra, dos relatos de Josep Camps y si conocido Tiki Mercado y un genial prólogo de Susana Hernández.

[HAZTE CON ELLA](#)

I Premi Cruce de Caminos Negrecriminal

UN MAL SON

Núria Martínez
Ricard Sayeras
Joana Ferrá
Dora Muñoz

Pròleg de "Abrir un libro"

Contingut extra: Cristina García Ferry i David Gómez Hidalgo

UN MALSON: I Antologia Negrecriminal Cruce de Caminos en català

Un malson conté el relat guanyador de Núria Martínez i els finalistes del I Premi Cruce de Caminos Negrecriminal de relat curt. A més, conté extres de Cristina García Ferry i en David Gómez Hidalgo.

El I Premi Cruce de Caminos Negrecriminal està organitzat des del bloc Cruce de Caminos que administra David Gómez Hidalgo, un apassionat de la novel.la negra, i intenta donar una petita embranzida a la creació de relat curt negrecriminal molt menystingut en els últims anys.

[HAZTE CON ELLA](#)

LA TIENDA DE CRUCE DE CAMINOS

Te invito a que te pases por la tienda de Cruce de Caminos en la que podréis encontrar otras publicaciones afines a la que acabas de leer, alguna de ella en descarga gratuita.

[AQUÍ ENCONTRARÉIS LA TIENDA](#)

Datos de seguimiento, contacto o información

Blog: www.crucesdecaminos.blogspot.com.es

Correo de contacto: crucesdecaminos22@hotmail.es

Twitter: <http://twitter.com/@2davidgomez>

Facebook: <https://www.facebook.com/david.gomez.1291>

Instagram: <https://www.instagram.com/2davidgomez/>

Lista de correo: [Aquí](#)